

se

León Arsenal

Bandera Negra



Lectulandia

1837, España vive su cuarto año de la guerra civil llamada más tarde Primera Guerra Carlista. El capitán Juan Miralles, antiguo corsario y revolucionario, ha regresado a la Península para luchar por los liberales. Con su buque, el Bien Parecida, recorre las costas de Castellón combatiendo a los contrabandistas de armas y a los piratas carlistas que atacan a las naves de cabotaje. Con él navega su sobrina Mercedes, pues no encuentra mejor forma de protegerla de sus enemigos. Y a su barco llega el teniente de la Milicia Nacional, Jerónimo González, para interesarse por unas obras religiosas que, en su día, el hermano del capitán salvó de las tropas napoleónicas. Pero las piezas no están en poder del capitán Miralles y recuperarlas no va a ser tan sencillo.

Lectulandia

León Arsenal

Bandera negra

ePub r1.0

Titivillus 05.12.2017

Título original: *Bandera negra*
León Arsenal, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Blanca Diego Fernández,
que sabe apreciar el arte y ama la mar.*

Nota previa

Una novela ambientada en el siglo XIX requiere, ante todo, cuidado. Disponemos de una cantidad enorme de documentación y eso es a la vez una ventaja y un riesgo. A mayor conocimiento, mayor posibilidad de pasar por alto un dato y equivocarse. Sobre todo si la novela se inspira en un episodio histórico muy ignorado por el público como es el de la guerra corsaria que se libró en las costas de Castellón y Tarragona durante los últimos años de la Primera Guerra Carlista.

Lo segundo que precisa es conocimiento del terreno. En una obra situada en época romana, asumes que han cambiado el clima, la flora y hasta la orografía. Pero si tu novela se desarrolla en la provincia de Castellón y en el XIX, más vale que te sitúes para escribirla. Si viajas por el interior de esa provincia, descubres parajes agrestes, llenos de vegetación, que no han cambiado gran cosa y te es más fácil ponerte en el lugar de los viajeros que transitaron por allí hace doscientos años.

Tienes que ir a San Mateo para ponerte en la piel de los sitiadores carlistas. Entender cómo verían, desde los cerros, el núcleo urbano amurallado y la iglesia con ese campanario enorme que es como una torre fortaleza y que, de hecho, sirvió de refugio a los defensores liberales.

Tienes que pasar por Cuevas de Vinromá para apreciar que es población antigua. Pasar y no solo documentarte o visualizar la geografía en el Google Maps. Así es, como puedes suponer, sin mucho riesgo, que ya era así hace doscientos años.

Son dos ejemplos. Para una novela de este tipo, merece la pena recorrer la tierra.

De igual manera, por mucho que hayan urbanizado. Tienes que acercarte a la costa, a ver y sentir los parajes por los que viajaron los protagonistas de tu obra. Así puedes imaginar qué pudieron sentir mientras navegaban a la altura del asedio de Benicarló, y cerciorarte de que divisaban a lo lejos la mole de Peñíscola y, en la enfilación adecuada, la cúpula azul de la iglesia de Benicarló.

Lo tercero que exige una novela como esta es elección. ¿Usar topónimos y nombres propios en español o en valenciano? Mi elección ha sido la primera cuando aparecen en el texto narrativo, pero cuando los mencionan los personajes están en valenciano. Ese cambio sirve para dar sabor, para sumergir al lector más en la historia. Es un recurso narrativo y, por tanto, lo empleo. Al fin y al cabo, lo que tenemos que hacer los novelistas es eso: narrar, contar historias.

Y, para ayudar a la historia, he introducido un artificio. Como soy consciente de que esa Primera Guerra Carlista, sus hechos de armas y sus protagonistas se han borrado en buena medida de la memoria colectiva, incluyo al final del libro una cronología de los principales sucesos de la guerra, en las fechas en las que se desarrolla *Bandera negra*. Espero que pueda ayudar a los lectores que deseen recurrir a ella.

En la mar, cerca de Ascocebre, 1790

Los jabeques fueron barcos de tres palos y velas latinas, originarios del Mediterráneo. Eran naves rápidas y muy marineras, de dimensiones diversas. Las más grandes podían llevar hasta treinta cañones y más de trescientos tripulantes. Corsarios de las más diversas naciones, entre ellos los españoles, emplearon jabeques desde el siglo XVII hasta comienzos del XIX.

Estos buques desempeñaron un papel de primer orden en las guerras navales que sostuvo España a lo largo de esos siglos contra rivales tan fuertes como los berberiscos o los ingleses. Atacando a las embarcaciones mercantes contrarias o dando apoyo a la armada propia, los jabeques corsarios españoles llegaron a ser claves y, sin ellos, no se entiende cómo España pudo sostener su poderío marítimo frente a una multitud de enemigos que, todos juntos, gozaban de una superioridad abrumadora.

A primera mañana un jabeque español se trabó en batalla con dos berberiscos, cerca de Alcocebre. Lo presenciaron varios botes de pesca y una barca valenciana, cargada de arroz y habichuelas. Y si para ellos la lucha resultó tremenda, mucho más lo fue para sus protagonistas.

El español era el corsario *Venturoso*, del capitán Damián Carbonell, que venía persiguiendo a los berberiscos, tras una incursión de estos cerca de Peñíscola. Carbonell estaba esa noche fondeado en Vinaroz y, al oír los cañonazos de aviso, desde las torres vigía, zarpó sin dilación en busca de pelea. Pudo alcanzarlos porque los berberiscos habían enviado a una partida tierra adentro, lo que les demoró lo bastante.

Los testigos contaron que los tres barcos navegaban a todo trapo, con las enormes velas triangulares hinchadas de viento, a tanta velocidad que las proas saltaban. Las cubiertas hervían de hombres y, desde lejos, podían distinguir los mosquetes, así como el centelleo de las bocas de los cañones, listos a disparar.

Los berberiscos iban próximos a la costa y el *Venturoso* algo más mar adentro, impidiéndoles así apartarse de tierra. Gracias al ángulo, los españoles cambiaban tiros de mosquete con el más grande de los enemigos. Una vez dispararon el cañón de proa, más para alertar a buques amigos próximos que con la esperanza de acertar al otro, dada la distancia y a esa velocidad.

De golpe, los fugitivos cambiaron de estrategia. Viraron para hacer frente al español. Algún testigo afirmó más tarde haber visto cómo, desde el grande, hacían señales al otro para la maniobra. Enseguida comenzaron a dispararse cañonazos.

Los berberiscos eran más numerosos, en hombres y piezas. Su jabeque mayor era similar al *Venturoso* y el pequeño dispondría de veinte cañones y cien hombres. Iban huyendo porque su negocio era el saqueo, no porque temieran combatir. Y porque esa vez tenían órdenes de evitar enfrentamientos y de alejarse cuanto antes de las costas españolas.

Pero aquel día intervino el azar que lo gobierna todo. Un disparo de mosquete, de los que cruzaban en la persecución, alcanzó al hijo de Baba Bey, capitán del jabeque mayor. El chico estaba a su lado, en el puente, y al verlo caer muerto perdió la cabeza. Olvidó las órdenes, las costumbres y cualquier prudencia. Mandó virar para tomar venganza contra aquel corsario que había matado a su hijo mayor.

Y así, los tres buques se trabaron en batalla, cerca de la costa.

Juan Miralles y Francisco Subirats estaban a bordo del *Venturoso* aquel día de humo y estruendo. No eran más que dos pajes de doce años y fue su primer combate. El que no se olvida. El que dejó huella en ellos y marcó su vida en los años por venir.

La batalla fue encarnizada por las ganas de revancha de todos. Si los berberiscos querían vengar al hijo de Baba Bey, los del *Venturoso* también tenían cuentas que ajustar, porque las familias de casi todos habían sufrido con los ataques berberiscos. Había allí muchas deudas pendientes.

Corrían los pajes por cubierta, demasiado atareados para sentir miedo, llevando

cargas de pólvora a los cañones de cubierta. Zigzagueaban entre marineros, artilleros y tiradores. Lagrimeando por el humo, medio sordos por los estampidos, atufados por los olores a pólvora, brea y cuerpos sudados.

Los jabeques se cruzaban cañoneándose, para luego virar y volver a atacarse. A veces pasaban tan cerca que los chicos podían distinguir rostros y oían los gritos. Aquel día entendieron por qué los de los jabeques se jactaban de que esos «eran barcos para hombres de verdad».

Naves de mástiles inclinados y velas enormes que peleaban como avispas. A distancias más cortas que los grandes navíos de línea. Se disparaban con cañones y mosquetes, se arrojaban frascos de fuego si llegaban lo bastante cerca y, no era raro que entrasen al abordaje, al arma blanca. Allí no era como en los navíos de línea. Allí se mataban viéndose las caras.

El capitán Carbonell estaba junto al timón, voceando órdenes. Navegó en su día con el gran don Antonio Barceló, el más grande de todos los corsarios españoles. No se cansaba de narrar las aventuras que vivió bajo su mando y todos sabían que, pese a sus años, aún soñaba con emular sus hazañas.

Ese día tuvo ocasión. Contra dos jabeques llenos de moros aguerridos, airados, que les disparaban con todo lo que tenían. Y bien que supo aprovechar esa oportunidad que le brindaba la suerte.

Miralles y Subirats, ambos de tierra adentro, novatos en la mar y en la guerra, no se enteraron ni de la mitad. Corrían entre humo, gritos y estampidos. Descalzos, sorteando hombres y obstáculos, tratando de no pisar los charcos de sangre. Los heridos de bala, metralla o astillas, se quitaban de en medio como podían, mientras el cirujano y los criados se multiplicaban taponando, haciendo torniquetes y retirando caídos.

Porque tuvieron no pocas bajas en aquella jornada.

Los chicos tampoco salieron indemnes. Subirats se cayó dos veces y los golpetazos le redolieron días. Y una astilla larga, arrancada de la borda por una bala de cañón, se le clavó en el hombro izquierdo a Miralles. Tuvieron que sajarle, dolió horrores y le dejó cicatriz de por vida. Una que lució siempre ufano. Su primera herida de guerra.

Como ufanos estuvieron siempre ambos de aquel combate, en el que vencieron tras lucha larga. Tan larga que dio tiempo a que llegase, de Alcocebre, una nave guardapesca en su ayuda. Esa sin cañones, pero llena de hombres con mosquetes. Aunque su refuerzo no fue necesario.

No porque, en una de las ocasiones en las que viraron, el capitán Carbonell mandó pasar entre ambos enemigos. Eso era meterse en fuego cruzado, pero los hombres obedecieron sin rechistar. Y así conocieron los pajes el pequeño infierno.

Desde la guardapesca, que llegaba a toda vela, así como desde los pesqueros y la barca, veían a los tres jabeques envueltos en humo de disparos, con las velas rasgadas y entre tronar de cañones. En la cubierta del *Venturoso* los tripulantes corrían de una a

otra banda, para disparar de forma alterna sus piezas. Zumbaban las balas. Apeataba a pólvora, a sangre, a serrín.

A Carbonell, una bala le arrancó una oreja. Se mantuvo junto al timón, vociferando órdenes con el rostro ensangrentado. Ahí aprendieron Miralles y Subirats que el furor puede ser tan contagioso como el miedo. Porque la tripulación se había convertido en una turba de demonios harapientos y tiznados que cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, tosiendo y lagrimando entre el humo negro.

Un tiro afortunado derribó el palo mayor del berberisco pequeño. El mástil cayó sobre cubierta, dañó el trinquete y dejó la nave escorada e indefensa. Casi al tiempo, una granada mató a Baba Bey y a su timonel, en el jabeque grande. Ambos sucesos sembraron el pánico entre los berberiscos.

Como ya llevaban castigo sobrado —el *Venturoso* llevaba también lo suyo— los del grande quisieron huir. No fue buena idea, puesto que ya no contaban con el apoyo del pequeño. El barco español, virando para disparar, le causó un destrozo enorme con bala, palanqueta y metralla.

Con la arboladura dañada, con muchas bajas y con sus mandos muertos, los del jabeque mayor se rindieron antes de que llegase la guardapesca. Aunque los de esta fueron de ayuda para hacerse cargo del jabeque menor, que se rindió enseguida. Algo que Carbonell supo recompensar más tarde.

Pudo, pues obtuvo buena presa. Dos jabeques con sus cañones. Y encontraron una carga intrigante: un arcón, en el camarote de Baba Bey. Tuvieron que forzar las cerraduras, pues las llaves no aparecían. Ya alguno lo imaginó lleno de oro pero, para su chasco, no contenía más que papeles, escritos en latín y español.

Carbonell supo por los prisioneros detalles de la incursión y de ese cofre. No tanto como le habría gustado, porque los que sabían toda la historia habían muerto en el combate.

Los piratas venían de Trípoli, por lo que la tregua de España con Argel y Túnez no había sido violada. El difunto Baba Bey era un renegado, nacido con otro nombre en Alicante y alguien le había pagado para la incursión. El pagador —su identidad se la llevó el muerto a la tumba— le dio oro e instrucciones precisas. Desembarcar una partida entre Peñíscola y Benicarló, de noche, para atacar una masía sita a menos de una legua de la costa.

La partida mató al dueño de la masía, Leandro Rebled, así como a los criados que quisieron defender al amo o no acertaron a huir. Saquearon la casa y se apoderaron de esos documentos que tenía Rebled en su gabinete y que eran el objetivo de la incursión.

Dos renegados de la zona, que navegaban con berberiscos, fueron los que guiaron a la partida. A esos los ahorcaron al poco. Del expolio de los documentos se ocupó un turco viejo que también había muerto en la batalla. Solo él o Baba Bey podrían haber revelado quién pagó esa expedición pirata.

Aquello era todo muy raro y quedarse con la intriga le dolió a Carbonell casi tanto

como la oreja perdida. No era hombre instruido, pero sí de mente inquieta. Se guardó los papeles, ya que el muerto no tenía herederos directos. Y, en los años siguientes, cuando se lo permitían sus andanzas corsarias, dedicó tiempo y esfuerzos a ese misterio con el que se topó de forma tan inesperada, una mañana de pólvora en la mar.

Ribera norte del Ebro frente a Flix, Cataluña, 1837

... y para aumentar lo horrible de esta situación, el brigadier D. Agustín Nogueras hizo fusilar en Tortosa, en 16 de febrero (1836), a la desventurada María Griñó, madre de Cabrera. Esta ejecución levantó en el mundo civilizado un grito de profunda indignación. España daba un triste ejemplo de la ferocidad de las pasiones políticas, tanto más horribles cuando proceden de la autoridad... Cabrera, en el despecho de su sentimiento, cometió igual crimen mandando fusilar a cuatro señoras que retenía prisioneras. La lucha entraba en el periodo del delirio; los carlistas se multiplicaban, las batallas eran frecuentes, los pueblos sufrían, España era un vasto campamento dividido en dos bandos, la situación del erario era angustiosa y el horizonte político no dejaba ver una luz.

Vicente Boix, *Crónica de la provincia de Valencia*, 1867.

Andrés Boix, sentado al sol, retrataba con mano rápida el paisaje. No tardó en acercarse Clark, llevado por la curiosidad y también como excusa para salir de la sombra. Notó Boix eso último y no pudo evitar una mirada amable de soslayo. Clark se jactó a primera hora de aguantar el frío, pero ahora bien que buscaba el sol, pues el aire era gélido y la humedad del río se metía en los huesos.

Protegido con su abrigo de esclavinas y su chistera, señaló con su pipa al otro lado del Ebro, al esqueleto de castillo.

—¿Merece la pena visitar las ruinas?

Boix, envuelto en su capa, aplicó algunos trazos, antes de alzar la mirada para responder.

—Sí. Es un castillo medieval. O lo que queda de él. Resultó casi destruido durante la Guerra de Sucesión.

Clark —largo, flaco y de ojos claros— nunca había oído hablar de la «Guerra de Sucesión». Sacó el catalejo del abrigo para observar, con la pipa entre los dientes.

—Hermosas ruinas.

Lanzó una ojeada a la acuarela de Boix.

—Tiene usted buena mano con la pintura. Sacará un buen cuadro de ese castillo. Este tipo de pinturas están de moda en Londres.

Supuso Boix que se refería a los cuadros de castillos italianos y de ruinas grecolatinas que los pintores románticos habían popularizado en el norte de Europa.

—Aquí, ahora, pintar esas cosas tiene sus riesgos.

—¿Por la caída de piedras?

—Pintar edificios, castillos o iglesias... es mejor hacerlo avisando y con permiso. Con la guerra la gente se ha vuelto suspicaz y, si ven a un forastero sacando retrato de un lugar con valor militar, lo mismo le toman por espía. Y, hoy en día, cuesta poco fusilar.

Clark sonrió, catalejo en mano. Señaló a un pajarillo azul posado en una mata.

—¿Qué ave es esa?

—Un martín pescador de la zona. *Blauet* lo llaman por aquí.

Como al conjuro de su nombre, el ave echó a volar, justo en dirección al castillo. Boix la señaló con su pincel.

—Ya ve. A los pájaros no los detiene ni la guerra.

—Son almas inquietas. Su calma es efímera. Les pasa lo que a mí, que nunca me quedo mucho en el mismo lugar.

»Y, hablando de calma, ¿cómo estará la cosa por aquí?

—Convulsa. Por estas comarcas no hay grandes contingentes de tropas. Por tanto, tampoco mucho combate. Pero tampoco paz. Los carlistas son mayoría en muchos pueblos de ribera, pero no tienen suficientes armas como para intentar dominar el territorio.

—¿Podremos pasar al otro lado del río?

—Claro. Lo que me preocupa es lo que haya más allá.

—¿No lleva usted salvoconductos y cartas de recomendación?

El otro apartó los pinceles para levantarse. Se quitó el sombrero de copa alta y alas vueltas para, con él en la mano, contemplar las aguas chispeantes.

—Un salvoconducto no protege de los bandoleros, ni de ser asesinado por una partida. Pero esté tranquilo. Si yo no creyese que puedo volver vivo de este viaje, no me habría puesto en camino.

Clark chupó con vigor, para que la pipa tirase.

—Le creo. No me lo tome a mal, pero no parece usted un aventurero.

—Lo soy, de los de lámpara y sillón. Prefiero leer aventuras ajenas. Eso me permite vivir cien vidas, gracias a lo que dejaron escrito otros.

—¿Y por qué hace este viaje, en mitad de una guerra?

—Justo por eso: porque llevamos ya cinco años de guerra. Todos pensaban que iba a ser cuestión de semanas. Los carlistas creían que el país entero se alzaría por su causa. Y en Madrid pensaban que esto era una revuelta de cuatro zarrapastrosos. Y ya ve.

»Debo atender negocios de familia en el sur de Cataluña, el Bajo Aragón, El Maestrazgo... Lo hemos ido dejando, esperando que la guerra acabase. Pero la guerra no acaba y ya no se puede dejar más.

—¿Y por qué usted?

—Porque soy yo el que no tiene mujer ni hijos.

Llegaba una lancha grande, remontando la corriente a remo, tripulada por cinco barqueros de aspecto curtido. Se cubrían las cabezas con pañuelos y portaban trabucos y fusiles. No enarbolaban bandera alguna en la embarcación.

—¿Esa es nuestra barca?

Echó Boix una ojeada a donde aguardaban varios lugareños, así como su criado con los mulos. Los primeros se estaban incorporando sin prisas para echarse a la espalda talegas y serones, señal de que pensaban pasar en esa nave.

—Supongo.

—¿Supone? ¿Es que no hay servicio regular?

—En épocas normales, sí. Ahora...

Volvió a valorar el aspecto duro de los barqueros. Se acercaban a la orilla alertas como el que teme una emboscada.

—Esta debe ser otra barca. La que cruza normalmente la habrán requisado los carlistas o los cristinos, si es que no la ha escondido el dueño. Dicen que ambos bandos están reuniendo todas las barcas que pueden.

—Eso es señal de que los dos esperan pasar muchas tropas de un lado al otro del río.

—En efecto.

Arribaba ya la barca a un punto propicio al embarque. Uno de los barqueros saltó para amarrar y luego tendieron una pasarela de tablones. Los paisanos estaban ya allí y alguno echó una mano. Boix hizo seña a su criado, para que acercase allí los mulos.

—Una cosa, Sr. Clark. Esos de la barca podrían ser carlistas. Hay barcas rebeldes desde Ribarroja al Delta, pasando hombres y pertrechos, y hostigando a los cristinos.

»Los de por aquí son recelosos y la guerra les ha vuelto duros. Recuerde lo que le comenté antes: no es bueno mostrar un interés excesivo por según qué cosas.

—Me contendré. Y no haré preguntas que puedan parecer sospechosas.

—Y yo se lo agradeceré. Queremos cruzar el río, no acabar en el fondo con una piedra al cuello.

En la mar, a la altura de Vinaroz

Jabeques y faluchos son dos miembros de la gran familia de los laúdes. Ha habido laúdes durante siglos, de muy diversos tamaños, todos con sus proas y popas sobresalientes, y sus mástiles inclinados. En los más grandes, el trinquete se inclina adelante y el de mesana atrás, estando el mayor recto.

Los faluchos eran más pequeños. Prestaron servicio como guardacostas y corsarios en las últimas décadas del XVIII y las primeras del XIX. Su dotación podía llegar a los 50 hombres y solían contar con algún cañón.

Primer día de Jerónimo a bordo y ya tenían acción. Habían interceptado a un laúd menorquín en alta mar. Uno que venía de Mahón con productos napolitanos, toscanos e ingleses, al Grao de Castellón. Y avistarlos tan lejos de ruta fue lo que hizo recelar a los del falucho *Bien Parecida*.

A bordo eran todos perros viejos. Se las sabían todas. ¿Qué hacían esos menorquines tan al norte? O el patrón era un torpe o algo se traía entre manos.

Y torpe no parecía. Nervioso, sí. Se le notaba, porque le habían hecho pasar al falucho mientras registraban su laúd. Jerónimo le observaba, pues no tenía nada que hacer excepto no estorbar a los marineros. Hombres estos desarrapados, descalzos, greñudos, con las cabezas cubiertas de pañuelos. Muchos empuñaban tercerolas. Sin apuntar a nadie, pero con los dedos cerca de los gatillos.

El que sí apuntaba era el cañón de a ocho del centro del barco, enfilado a la cubierta del laúd y cargado con metralla. El cabo artillero tenía la mano sobre la llave de fuego, listo para disparar. Ese cabo era muy joven, de rasgos tan finos que resultaban casi femeninos. Pero observaba con ojos como piedras oscuras a los menorquines, que a su vez aguardaban muy quietos.

Un par de marineros habían pasado al mercante, a revisar la carga. Era este una nave garbosa, de dos mástiles más bauprés. Con el palo mayor inclinado a proa y el de mesana a popa. Un pariente menor de su propio falucho...

Uno de los que inspeccionaban dio una voz, alertando de que había encontrado algo. Primero fue ropa y luego tabaco de contrabando. Y después una docena de fusiles. Jerónimo los identificó enseguida. Anticuados Tower de chispa. Reliquias de las guerras napoleónicas que los ingleses seguían vendiendo a quien quisiera comprarlos.

El patrón del *Bien Parecida*, Juan Miralles, no había mudado de expresión cuando encontraron el contrabando. Pero, al ver las armas, mandó que las pasaran al falucho. Después, con la mano, reclamó al patrón del laúd. Llegó el hombre temblando.

Y es que Miralles intimidaba. Grande, recio, entrado en años. Con barbas blancas y descalzo, más parecía un pirata que un capitán de la milicia nacional de Castellón. Guerrera azul marino con dragonas doradas, pantalones colorados remangados, tocado con un gorro frigio negro y con un sable colgando.

Quizá portaba el sable para intimidar. Y tal vez por eso enarbolaba sus banderas. A popa una gran nacional, roja y gualda, con la divisa *Libertas et Felicitas* bordada en la franja amarilla central. Y, en lo alto del palo mayor, un gallardete ancho y muy largo, rematado en dos puntas, con el primer cuarto blanco y los otros tres negros, con una cruz roja bordada justo en la unión de ambos colores. Una enseña extraña, por la que ya era famoso ese falucho, y que hacía correr muchas especulaciones sobre su origen y por qué la usaba Miralles.

—Mire usted: lo del tabaco y la ropa se lo podría pasar. Son tiempos difíciles, hay que llevar el pan a casa y nosotros no somos guardacostas. Pero, lo de los fusiles, no. Bien escondidos los traían y seguro que para los de la Reina no son.

—No sé para quiénes son, patrón. Se lo juro. Yo solo los transporto.

—Ya. ¿Y de dónde los ha sacado?

El menorquín removi6 los pies. Miralles resopl6.

—Créame, hombre: es mal momento para hacerse el mudo.

—De un bergantín napolitano.

—¿Su nombre?

—El *María Assunta*.

—¿Y a quién debía entregarlos?

—Tenía que estar esta noche en los Alfaques. Pero no sé a quién —se demudó al ver la mirada que le echó el otro—. Por mis hijos, patrón: ya se me acercaría un bote de pesca a por los fusiles. Ese era el trato.

Miralles sacó un cigarro de la guerrera.

—Según sus papeles, se llama usted Ponsetí.

—Sí, patrón.

—¿Pariente de don Joan Ponsetí, de Mahón? El que hizo el curso contra los franceses.

—Es tío mío.

Miralles encendió el cigarro con calma.

—¿Tiene usted familia?

—Mujer y cinco chicos.

—Nada menos... Bueno, mire. Navegué con su tío, así que le voy a dejar marchar por esta vez. Pero me va a dar palabra de no volver a pasar armas a los facciosos. Y de correr la voz de que Joan Miralles vigila estas aguas con el *Bien Parecida*. A los próximos que pille con armas de matute, los voy a colgar.

Al pobre diablo se le abrió el cielo. Miralles lanzó una bocanada que la brisa marina dispersó.

—No soy de matar a la ligera. Tampoco de arruinar a la gente. Así que, por esta vez, le voy a requisar la carga, pero le voy a dejar el barco.

El patrón del laúd, como ya veía salva la vida, torció el gesto. Miralles le apuntó con el cigarro.

—¿Qué le pasa, hombre? ¿Prefiere que lleve la nave presa a Castellón?

—No, patrón, no. Le quedo muy agradecido.

—Pues ahora, a trasbordar la carga a esta nave. Los míos les van a ayudar. Y a usted le vamos a tomar declaración. Hágase un favor: que no le falle la memoria al responder.

Fumó.

—¿Vive aún su señor tío? ¿Sí? Pues, cuando vuelva a Mahón, salúdele de parte de Joan Miralles, *Bocapeix*, que estuvo con él en el *Neptuno*, contra los de Napoleón. Se acordará.

Y, con esas, se desentendió de él. Le tomó declaración el cabo artillero, que al parecer sabía escribir. Eso llevó a Jerónimo a reparar en sus manos. Eran largas y

finas, tan de mujer como sus rasgos.

Calpe, Bajo Aragón

En la década de 1820 los inmigrantes estadounidenses comenzaron a entrar en gran número en Texas. En los tiempos previos a la independencia de México el territorio había sufrido los ataques de los filibusteros estadounidenses, siempre rechazados con apuros por las escasas tropas españolas presentes en aquella lejana frontera. Pero ahora lo hicieron invitados por el gobierno mexicano, que quería asegurar aquellas tierras frente a las incursiones indias.

En los años 30 los colonos estadounidenses eran ya mayoría en Texas y en 1835 se rebelaron. Su intención primera era separarse de México para unirse a Estados Unidos, pero, por una serie de razones políticas, este último país rechazó su intento de anexión. Así que a los texanos no les quedó otro remedio que proclamar en 1836 una república independiente bastante fantasmal que llegó incluso a emitir su propia moneda (que nadie quería al cabo de unos años) y que se mantuvo mal que bien unos cuantos años hasta que los vientos políticos cambiaron y Estados Unidos aceptó a Texas en la Unión.

Muchos españoles asumían que George Andrew Clark era inglés y él no se molestaba en corregirlos. Sin embargo, nació en Kentucky y hablaba buen español gracias a sus correrías por el norte de la antigua Nueva España, ahora parte de México.

Hasta ese viaje, todo lo que sabía de España era por los libros de viajes. Y ya estaba descubriendo que su utilidad era limitada, pues solían incidir en el pintoresquismo, a costa de la exactitud. Eso sí, no exageraban en relación con todo lo que afirmaban de que las posadas españolas eran tan cochambrosas como incómodas.

Esta noche estaba de suerte, pues disponía de cuarto propio y no en posada, sino en la casa de un burgués de Calpe. Con cama y no jergón, con brasero, jofaina y mesa. Por fin podía escribir algo, a la luz de un quinqué, y tenía mucho que contar.

Por ejemplo, sobre su compañero de viaje que, hasta hacía pocos días, era un desconocido. Clark se unió a su viaje gracias al cónsul en Barcelona y, jornada a jornada, iban conociéndose.

Andrés Boix era un empresario textil de Sabadell. Clark lo describiría en sus cartas como calmado, erudito y artista. El último hombre que cruzaría campos de batalla por propia voluntad. Pero su familia tenía pequeñas propiedades dispersas por Cataluña, Aragón y el reino de Valencia, y tenía que visitarlas. Nada grande en ningún lugar. Eso lo iba comprobando el americano. Olivos aquí, viñas allá. En Caspe, por ejemplo, tenían unas parcelas de olivos y cerezos. Fincas demasiado pequeñas y dispersas como para explotarlas de forma directa, por lo que las tenían arrendadas a agricultores locales.

Boix se lo explicó un día mientras cabalgaban por los caminos helados del Bajo Aragón.

«Por separado, son poca cosa. Juntas, forman un patrimonio que no se puede desdeñar, aunque la ganancia se reparta entre muchos parientes, como es el caso. Las estoy recorriendo para poner algo de orden. Llevamos años sin atenderlas por culpa de esta guerra. Hay que echar cuentas con los arrendatarios y ver en qué estado se hallan. Es lo que toca. Si de por mí fuese, estaría a mis negocios en Sabadell o en tertulia en Barcelona».

Supuso Clark que serían tertulias literarias o científicas. No imaginaba a ese hombre metido en cenáculos políticos. Claro que tampoco lo habría imaginado cabalgando por caminos en guerra. Aunque, por otra parte, como trotamundos y lector que era, Clark podía recordar a docenas de aventureros aún más improbables que ese.

Además, ese periplo prosaico tenía su cara romántica. Aparte de arreglar arriendos, Boix pretendía encontrarse con un capitán corsario que tenía en su poder diversas reliquias religiosas. Entre ellas, una que perteneció a su familia. Y ese era un tema que interesaba al americano más que los olivos, los almendros o los naranjos.

En una caseta al sur de Peñíscola

La milicia nacional fue un cuerpo armado de extracción ciudadana que estuvo presente en la vida política española durante buena parte del siglo XIX. Se creó durante la Guerra de la Independencia, a partir de distintas milicias armadas que surgieron de manera espontánea. Fernando VII, tras la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, la sustituyó por los voluntarios realistas.

Luego de su muerte, se creó en 1834 la milicia urbana, que se circunscribía a las respectivas poblaciones. En 1836 se reinstauró la milicia nacional, como forma de reforzar al ejército cristino, que se veía en apuros serios frente a los carlistas.

Esa noche y para su sonrojo, Jerónimo González descubrió que, si el cabo artillero tenía rasgos y manos de mujer era por la más sencilla de las razones: porque era una mujer. En su descargo, digamos que no cayó en la cuenta antes porque eso era lo último que pensaba encontrar en una nave corsaria al servicio de la milicia nacional de Castellón de la Plana.

Una mujer vestida de hombre, sirviendo en un cañón de ocho. ¿Quién lo iba a imaginar? Aunque eso no impidió que se sintiera avergonzado.

Al ocaso, el *Bien Parecida* fondeó en una caleta recóndita. Una maniobra que Jerónimo descubriría habitual. Esos hombres —muchos de ellos pescadores y mercantes de la zona— aprovechaban su conocimiento de la costa para pernoctar en tierra, en lugares seguros. Algo que los hacía imprevisibles, pues no había espías de puerto que pudieran alertar de sus idas y venidas. Y permitía preparar algo mejor que comistrajos de mar en fogón.

El lugar estaba bien elegido. Al sur de Peñíscola, pues esos parajes eran de sierra agreste y boscosa, donde era difícil acceder al mar desde tierra, lo que reducía mucho la posibilidad de ataque por sorpresa de enemigos durante el sueño.

Habían hecho cinco grandes paellas y, ahora, los hombres conversaban, jugaban a las damas —el patrón tenía prohibidos dados, tabas y naipes—, fumaban junto a fogatas alimentadas con ramas de pino. Algunos se entretenían cantando, acompañados de bandurrias, guitarras, palos y hasta alpargatas. El capitán Miralles se sentaba aparte, envuelto en una capa, pues la noche era fría. Y, al resplandor de un fanal que colgaba de una antena clavada en las arenas, el marinero joven del cañón le leía un libro.

Fue al oír su voz cuando Jerónimo cayó en la cuenta de que era una mujer. Rasgos, manos, gestos, voz: todo encajó. El marinero joven era en realidad una mujer a la que el calzón y el blusón disimulaban las formas. Tan morena como los demás tripulantes y con el cabello oscuro en moño marinero y cubierto de pañuelo de colores. Pero, ahora que se fijaba, ese talle y esas caderas solo podían ser femeninos.

Miralles la escuchaba envuelto en su capa, con los ojos puestos en el rielar de estrellas en la mar. Fumaba. La chica, sentada en una roca, bajo el fanal, leía un libro grueso. Se notaba que estaba acostumbrada a leer en alto. Jerónimo se acercó entre las sombras, curioso. No llamó la atención, pues otros tripulantes escuchaban también.

La Odisea. La *Odisea*, sin duda. Tardó también en darse cuenta porque esa lectura —lo mismo que a la lectora— no era algo que hubiera esperado encontrar esa noche allí.

Se quedó al borde de la luz, escuchando entre el rumor de olas y el canto de ribera que llegaba desde otro corro. Arrullado por aquella vieja historia de héroes que buscaban la ruta de vuelta a casa, cruzando un mar lleno de monstruos, hechiceras y peligros.

Cuando su mente volvió, la velada remataba. Ya aprendería que el capitán

Miralles era estricto también en eso: nada de trasnochar, que al día siguiente los hombres estaban torpes de poco sueño y mucho vino. Por eso zanjó la lectura, para dar ejemplo y a regañadientes.

Advirtió la presencia de Jerónimo entre las sombras temblonas de la fogata, pues, hasta entonces, había estado perdido en las aventuras de Ulises en el país de los lotófagos. Le reclamó con un gesto del cigarro.

—Siéntese conmigo, teniente. ¿Una copita?

Lo invitaba a la piedra que, hacía instantes, ocupaba la mujer vestida de marinero. Y le mostraba una botella de cristal tallado. Jerónimo aceptó por no desairar.

—No se había dado cuenta de que era mujer, ¿eh?

Lo dijo con el cigarro en una mano y una copa en la otra. Jerónimo carraspeó. Suerte que no había más luces que la de la fogata y la del fanal. Bebió. Tosió.

—¿Demasiado fuerte para usted?

—No. Pero creí que era jerez o vino dulce, y se me ha ido por otro lado.

—Es ron cubano, hombre. Me traje un buen cargamento cuando me volví de América a luchar contra los facciosos. Es bueno, ¿eh?

—¡Y recio!

—¿Quién quiere licores flojos? Es como querer amores tibios.

Bebió a su vez.

—¿Sabe? No deja de asombrarme lo que tarda la gente en darse cuenta de que Mercedes es una mujer.

Mercedes. Así que así se llamaba el «marinero» del cañón.

—Uno no espera encontrarse una mujer vestida de hombre, en un barco corsario. Y, como no lo espera, no lo ve.

—Mejor. Si Mercedes puede engañar a los hombres, también engañará a la Suerte.

Eso desconcertó a Jerónimo. Ya sabría más tarde que lo de vestir de hombre, aparte de por comodidad, era para engañar a la Mala Suerte. Los de ese barco eran de los que creían que la presencia de mujeres a bordo llamaba a la desgracia. Y esa era su forma de engañarla. Pero en aquel momento él no podía saberlo y el capitán no se lo aclaró.

—Se preguntará qué hace una mujer así en mi barco.

—Acierta usted.

—Es mi sobrina Mercedes. Y está a bordo porque no queda otro remedio. Un falucho no es lugar ni vida para una joven. Menos para una como ella, a la que mi hermano Onofre dio educación y modales. Pero, en tierra, no está segura. Y yo no tengo mejor forma de protegerla que tenerla conmigo, a bordo.

—¿Sirviendo en un cañón y expuesta a las balas?

—Expuesta a las balas estaría igual a popa. Y, en cuanto al cañón, lo quiso ella.

—¿Y usted se lo consiente?

—Así se sabe útil y ya verá usted que tiene mano de artillero.

Miralles apuró su copa, antes de incorporarse. Jerónimo le imitó. Echaron a andar por el borde de la playa, al resplandor de las fogatas.

—La presencia de Mercedes a bordo y el asunto por el cual le han enviado a usted desde Madrid están relacionados. Hace casi dos años, una partida carlista atacó la masada de mi hermano Onofre, en Les Coves de Vinromá. Es una buena masada: olivos, viñas, almendros...

Fumó, envuelto en su capa. La brasa le alumbró el rostro.

—Yo en el corso y él en la agricultura. Y a él le alcanzó la muerte antes. Ya ve cómo son las cosas. La partida de los hermanos Subirats les mató a él, a su mujer, a los dos chicos y a unos cuantos criados. Toda la familia que yo tenía en este mundo muerta en un solo día.

Caminaron unos pasos en silencio, antes de que Jerónimo se animase a preguntar.

—¿No ha dicho que Mercedes es su sobrina?

—Siempre la he llamado así, pero no era hija carnal de Onofre. Es de una prima nuestra. Toda su familia murió de cólera y Onofre la recogió con cinco años. Le dimos buena educación e hicimos que se codease con gente de posición. Estaba casada con un burgués de Morella, al que los carlistas fusilaron hará unos tres años. Esta guerra no se ha portado bien con mi familia, no.

Volvió a fumar.

—Es mi familia. Considero a Mercedes sobrina mía y no consiento que se le falte al respeto, ni siquiera con la mirada.

—Por supuesto, capitán.

—Como le he dicho, es una mujer cultivada. En este barco echa en falta mucho de lo que tenía en tierra. Me preguntaba si usted, que es hombre instruido, no podría darle algo de esas conversaciones que mantienen ustedes, las personas de cultura.

—Con sumo gusto.

—Se lo agradeceré. Hablando de otra cosa: ¿Levantó acta de todo lo que ha ocurrido hoy?

—Por supuesto. Puede leerla, si así lo desea.

—No será necesario. Pero quiero pedirle un favor. Mañana, atracaremos en Benicasim. Le voy a pedir que no entregue el acta al comandante de la milicia nacional de allí. Espere a que volvamos a Castellón y yo mismo se la daré a Ballester.

José Ballester era el comandante de la milicia nacional en la ciudad. Un viejo conocido de Miralles.

—Y yo le voy a pedir una razón.

—Porque cursarán el informe y el comandante militar tomará medidas. Informará a sus superiores de que hemos requisado fusiles con destino a los carlistas. Mandarán aviso a Menorca, detendrán a toda la tripulación y puede que los fusilen.

—Es lo que se merecen. Por menos de eso, han ejecutado a muchos.

—Son una docena de fusiles de los tiempos de Napoleón. Cacharros.

—Todavía disparan, ¿no?

—Yo he navegado con gente de Menorca y sé cómo las están pasando. Usted es joven, no es hombre de mar, y no lo comprende. Los de las islas, sobre todo los menorquines, vivían mucho del corso. Ahora que estamos en paz con los berberiscos, los franceses y los ingleses, las están pasando canutas.

»Ese patrón idiota ha tratado de pasar un puñado de fusiles anticuados para ganarse un poco de dinero. Por cuatro perras, pueden acabar fusilados. Su tripulación no sé, él seguro. ¿Le parece eso razonable?

—No sé mucho de la guerra. Pero, por lo poco que he visto, me parece que de razonable no tiene nada.

—Pero por algo somos hombres. Porque nosotros sí que podemos ser razonables. ¿No cree? Les hemos dado un buen susto a esos menorquines. Les hemos quitado la carga, que ya no es castigo pequeño. Les queda el barco. Así que, si trabajan duro y tienen suerte, saldrán adelante. Y ese patrón es sobrino de uno con el que hice el corso contra los franceses. Guardo muy buen recuerdo de él.

»Lo que le propongo es que lo entreguemos todo en El Grau de Castelló. Ya hablaré yo con Ballester y con el comandante militar. Tengo amistad con los dos. Lo arreglaremos, para que esto no vaya a mayores.

—Y si, más adelante, ¿capturamos otro alijo de armas?

—Ya están advertidos. Y yo no perdono dos veces.

—De acuerdo entonces. Yo le entrego el acta y me lavo las manos. Usted ya se la dará a quien crea más conveniente.

—Me parece un arreglo perfecto, teniente. Creo que vamos a llevarnos bien. Ya me dará el acta mañana. Es tarde. Voy a distribuir a los escuchas.

—¿Teme algo?

—Aquí estamos escondidos y seguros. Pero no sería imposible que algunos contrabandistas tratasen de darnos un susto. Acompañeme y después, si le parece, nos sentamos un rato. Antes de ir a dormir, me gustaría darle algunos datos y explicarle por qué, de momento, no va a poder realizar el inventario por el que le han mandado desde Madrid.

—Como guste.

—Oiga, una curiosidad. Tiene usted un acento raro. ¿De dónde es?

—Francés. Me crie en Francia y algo de acento me queda.

—Vaya —le observó fumando, con el rostro iluminado de rojo—. Seguro que usted también tiene un par de historias que contar. Pero esta noche me toca a mí.

*Extracto de un informe confidencial de Jerónimo
González, teniente de la milicia nacional de
Madrid, con destinatario desconocido*

... la historia del tesorillo del capitán Miralles comienza en 1780 con D. Leandro Rebled, ilustrado aragonés que residía en Peñíscola. Este caballero, miembro de la Sociedad Valenciana de Amigos del País, se animó a elaborar un inventario de joyas sacras en el norte del reino de Valencia. Luego, varió su idea original para centrarse en piezas y reliquias legendarias. De esas sobran en el reino de Valencia, porque me permito recordar que, en la catedral valenciana guardan lo que dicen que es el Santo Grial, en competencia con la catedral de León, que presume de lo mismo.

Rebled redactó un catálogo notable. Algunas de las piezas procedían de Tierra Santa, según su leyenda. Para saber más ellas, viajó en 1785 a Jerusalén y Constantinopla, donde fue bien atendido por los funcionarios del Sultán. Pero sus historias debieron despertar la codicia de alguien.

A eso atribuye el capitán Miralles que dos buques berberiscos atacasen la costa de Peñíscola en 1790. Los piratas asaltaron la finca de Rebled, le asesinaron y robaron sus documentos, pero fueron interceptados por un corsario español, D. Damián Carbonell, que se apoderó de los papeles.

En 1800, un barco pirata inglés atacó El Grao de Castellón. Los piratas desembarcaron en dos lanchas, pero los pescadores del Grao les plantaron cara. Acudieron dos cañoneras desde Burriana y los piratas, para cubrir su huida, incendiaron las barracas de los pescadores. Tanto en este incidente como en el de los berberiscos, fueron apresados renegados españoles que ayudaban y guiaban a los piratas, lo que da que pensar.

Ese año el capitán Carbonell vivía en El Grao, retirado, y siempre sospechó que el desembarco tuvo algo que ver con los papeles de Rebled. En 1804, ya enfermo, entregó la relación a Juan Miralles, que navegó durante años con él y le profesaba gran afecto. Él se la dio a su hermano Onofre.

Onofre era labrador y comerciante. Prosperó gracias a esfuerzos y talento, y también a que durante años Juan invirtió en sus negocios buena parte de las ganancias que obtenía con el corso. Onofre aprendió a leer y a escribir tarde, pero perseveró y llegó a ser un hombre de gran cultura. Como el capitán Carbonell, se interesó por las reliquias del catálogo de Rebled. Visitó templos y capillas para ver en persona las alhajas, e hizo algunas correcciones a las notas. Nunca dio signo de querer apoderarse de nada.

Todo cambió en 1808. Onofre mantuvo buenas relaciones con las autoridades, pero se unió en secreto a las guerrillas. Al frente de una partida, comenzó a poner a salvo reliquias que figuraban en el catálogo. Muchas las obtuvo con la colaboración de los propios custodios o propietarios y, de hecho, al final de la guerra devolvió las que le pidieron. En una ocasión no dudó en asaltar un convoy francés que iba a sacar varias de esas reliquias de España. Ese fue el origen del tesorillo.

Expulsados los franceses, Onofre conservó las reliquias que ya no tenían dueño claro. Lo hizo por antipatía o desconfianza hacia los gobiernos que se sucedieron tras la guerra. Por eso algunos lo acusan de ladrón y de haberse apropiado de

bienes sagrados con la excusa de protegerlos.

Al rebelarse los carlistas, escondió el tesorillo. Algo recelaba. En 1835 una partida irregular asaltó su masía y mató a todos sus habitantes. Esa partida estaba dirigida por los hermanos Pedro y Manuel Subirats, de Segorbe. Sabían de la existencia del tesorillo gracias a un tercer hermano, Francisco. Este último, pese a ser de tierra adentro, lo mismo que el capitán Miralles, se empleó desde niño en barcos. Navegó también con el capitán Carbonell y fue, en su día, muy amigo de Juan Miralles. Conocía la existencia del tesorillo y fue él quien informó de ello a sus hermanos. Aunque Juan Miralles cree que, en realidad, fue tan solo que le oyeron hablar de ello.

Cuando todo ocurrió, Juan Miralles estaba en las Américas. Se había marchado allí años atrás, tras verse mezclado en una conjura contra el absolutismo. Hacía el curso al servicio de una u otra de las nuevas repúblicas porque, como él mismo dice, guerras entre ellas no faltan.

Regresó a España al saber lo ocurrido. Organizó una partida y no descansó hasta dar con los Subirats, a los que ajustició de manera sumaria. Más tarde se unió a la milicia nacional de Castellón de la Plana, con el grado de capitán, y armó un falucho, el Bien Parecida, que tiene patente de corso. Su tripulación está formada en parte por nacionales y en parte por marineros a sueldo. Con ese barco da apoyo y transporte a los nuestros, y ha prestado excelentes servicios.

Onofre no dejó escrito en ningún lado dónde ocultó el tesorillo. Pero sí había confiado a varios amigos cartas para su hermano, con información ambigua. Son recados que solo él puede entender: alusiones a cuestiones y vivencias que compartieron los dos, y gracias a las que llegará en breve al tesorillo. O eso afirma.

En cuanto a su insistencia en que, al abrir el tesorillo, esté presente un oficial de la milicia nacional de Madrid, no tiene mayor misterio. El motivo son esas maledicencias acerca de las intenciones de Onofre y él mismo. Los acusan de ladrones, de haber saqueado lugares sagrados, y el capitán quiere cortar eso de raíz.

Pretende recuperar el tesorillo y enviar cada pieza a su lugar de origen o, en su defecto, entregarlas a las autoridades civiles o eclesiásticas. Y que cada cual se preocupe de su custodia y conservación. Desea que quede claro que él no se va a quedar con nada y por eso nos ha exigido la presencia de un oficial externo que actúe como notario y de fe de lo encontrado.

Cantavieja. Maestrazgo aragonés

La independencia de las repúblicas hispanoamericanas supuso un problema para el comercio entre todas las naciones implicadas. Existía una situación de guerra entre España y los países nacidos de sus antiguos virreinos americanos, y la primera no reconocía a los segundos. Pero todos querían seguir haciendo negocios y eso tenía que encauzarse de alguna forma. Fueron los estadounidenses los que más se aprovecharon de ese estado de cosas y, durante años, hicieron pingües beneficios actuando de intermediarios.

Los españoles habían ayudado a la independencia estadounidense y, desde el último cuarto del siglo XVIII, había firmas comerciales y consulados norteamericanos con sede en distintos puertos españoles, desde Cádiz a Barcelona. Por tanto, no les resultó difícil gestionar todo ese tráfico comercial que España y sus antiguas colonias no podían hacer de forma directa. Sin embargo, a partir de la década de los 30, las relaciones comenzaron a normalizarse y los estadounidenses fueron perdiendo ese nicho de mercado, por lo que tuvieron que buscar otros nuevos en España.

Bajaban a tres prisioneros para fusilarlos. A culatazos, senda abajo. Con sangre en las camisas, el que la tenía, que dos iban casi desnudos y uno desnudo del todo.

Los que los llevaban a la muerte tenían aspecto temible. Los carlistas solían tenerlo. Tras semanas de viaje por tierras en guerra, Clark se había cruzado con contingentes de todas clases: liberales y carlistas, regulares e irregulares. Y, de lejos, los carlistas eran los de aires más bizarros y peligrosos.

Fuera de España muchos veían ese conflicto dinástico como una guerra romántica. El choque de viejas tradiciones y valores con los principios ilustrados. Pero, sobre el terreno, aquello era tan solo una carnicería. Eso sí, las tropas carlistas eran tan pintorescas como las describían los periódicos. Y, de cerca, daban mucho más miedo.

No es que los cristinos pareciesen almas de la caridad. No lo eran. Pero aquellos carlistas, con sus uniformes vistosos y boinas de gran vuelo, con sus banderas de vírgenes y santos, impresionaban sobremanera a un extranjero, más si era protestante.

Banderas que ahora ondeaban sobre los puntos altos de Cantavieja, acompañando a la rojigualda nacional. Y también a esa enseña negra con calavera, huesos cruzados, sable y espiga blancos que era la de las tropas del general Cabrera.

El americano cargaba su pipa con los ojos puestos en aquellos lienzos flameantes. De ahí pasó a valorar la fortaleza natural de la población, protegida por barrancos. Se admiró de que los carlistas se hubieran apoderado de ella esa misma mañana, con un golpe de mano, ya que un asedio les habría costado meses.

Pero ya los soldados empujaban a los prisioneros contra la pared rocosa. El pelotón lucía uniformes variopintos: chaquetas azules, verdes, pantalones rojos, blancos, y boinas blancas, rojas, azules. Hasta un sombrero de copa alta y alas vueltas. Un cura rezaba a un lado. El oficial, de boina roja y sable curvo, ordenó fuego.

La descarga sobresaltó a Boix, aunque estaba mirando. También a Clark, pese a que había visto tirotear, ahorcar y quemar a muchos hombres. Pero nunca se acostumbraría al espectáculo de la muerte de hombres indefensos. Y lo peor no había llegado.

Sin dar tiempo a que se disipase la humareda de los disparos, se adelantaron los soldados con la bayoneta calada. Siendo ocho para disparar contra tres, era inevitable que los últimos siguieran vivos. Los dos viajeros tuvieron que presenciar cómo los remataban a bayonetazos. Incluso participó el oficial con su sable. Acuchillaban a bulto y los gritos eran atroces. Luego acudió el cura, a dar la bendición a los caídos.

—¿Por qué los matan así?

—Para ahorrar munición.

—¿Y por qué casi desnudos?

—Porque los sorprendieron durmiendo, al alba.

—Podían haberlos dejado vestirse.

—No les sobra la ropa. Y lo que menos, guerreras de paño azul o buenas botas.

Boix respondía con sosiego, aunque se le veía disgustado. Se quitó el sombrero —alto y de alas vueltas, parecido al de algunos carlistas, porque era el sombrero tradicional en esas tierras— para secarse la frente. Tenía información del asalto, porque su criado había tenido el coraje de entrar en el pueblo a averiguar qué ocurría.

Llegaban ya paisanos con borriquillos, para llevarse a los muertos. Seguro que no bajaban por propia voluntad.

—No está bien desnudar a los hombres para matarlos.

—No está bien matar a los hombres así. Estén vestidos o desnudos.

—Estoy de acuerdo. ¿Es que aquí no se respetan las leyes de la guerra?

—Estas son las leyes de esta guerra. Una pelea de lobos...

No llegó a acabar. Se interrumpió al ver que ya bajaban a otros tres para fusilarlos.

—¿Los van a matar a todos?

—A los oficiales y a los sargentos capturados. Hay otros atrincherados y ahora están negociando la rendición.

Desde luego, el criado se había informado a fondo en Cantavieja. Aquel lugar era muy disputado. Pasó a control cristino el año pasado, tras un asedio largo y duro. Ya que era punto estratégico, habían dejado una guarnición de más de dos centenares de soldados, así como toda la artillería que usaron para la conquista.

Por desgracia, no se ocuparon de dejar a un mando a la altura de la misión. Por eso, los carlistas acababan de reconquistar Cantavieja.

—¿Cree usted que nos retendrán aquí?

—No creo. Tal vez perdamos el día de hoy. Pero podremos seguir camino sin problema. Más me preocupa lo que nos espera en el reino de Valencia, porque las divisiones del ejército de Cabrera han invadido Castellón y Valencia. Todo eso se ha convertido en un enorme campo de batalla.

—¿Y volver al norte, a Cataluña?

—Peor. Dicen que los carlistas del frente del norte están a punto de invadir el Alto Aragón para atacar Cataluña. Esperan levantar allí a miles de partidarios.

»Si volvemos hacia el norte, tal vez nos metamos en un avispero peor. Yo voy a seguir y, si la cosa se pone muy fea, intentaré llegar al Grao de Castellón y tomar un barco para Barcelona.

—¿Estaremos más seguros en Barcelona?

—Si los carlistas pretenden conquistar Barcelona, más vale que hagan acopio de cañones. Ahí los están esperando. Y tengo que ir a Castellón, a resolver un asunto con un capitán corsario. Ya le comenté.

—Sí. Me gustaría conocer la historia con todo detalle.

—No se apure. Queda camino. Tiempo tendremos de charlar. Lo que me incomoda es que usted se haya fiado de mí y ahora se vea en estos apuros.

—¡Qué tontería! Somos hombres, no niños. Yo conocía los riesgos. Y espero

sacar buen provecho de este viaje, descuide...

Le interrumpieron los disparos. Acababan de fusilar al segundo trío y, en instantes, se repitió el epílogo de bayonetazos a moribundos, entre gritos y lamentos.

—¿Dice usted que esos pobres se alojaban en casas particulares del pueblo?

—Eso le han contado a mi criado.

—En ese caso, si tenemos que pasar la noche aquí, no nos costará encontrar alojamientos. Habrá albergue de sobra.

Boix le echó una mirada casi de disgusto, como si no apreciase ese rasgo de humor negro.

—Pues entremos en el pueblo. Busquemos habitación. Mejor que no sigamos aquí. A ver si, cuando acaben de ejecutar a los cristinos, se quedan con sed de sangre y nos pasan por las armas también a nosotros.

El Grao de Castellón

La educación es campo de batalla político en España, al menos desde la segunda mitad del XVIII. El Plan de Instrucción Pública del Duque de Rivas, de 1836, fue un triunfo de los liberales moderados y la derrota de los ideales igualitarios. Con él se abandonaron objetivos como la educación universal y se relegó a las mujeres a escuelas propias, con materias muy limitadas.

Tal vez fuese un avance, comparado con lo que había con el absolutismo, pero supuso un retroceso brutal respecto a lo que habían defendido los herederos del espíritu ilustrado de las Cortes de Cádiz.

¿Cómo no se iban a hacer lenguas los chismosos del Grao al ver pasar a aquella pareja? La sobrina del capitán Miralles —esa que navegaba en su falucho vestida de hombre— y el teniente de la milicia nacional llegado desde Madrid. Los seguían con los ojos mientras deambulaban por los arenales, surcados de regatos de desagüe, llamados El Grao de Castellón, entre barcas varadas, mercancías en pilas y redes tendidas.

Ella de luto riguroso por sus parientes muertos, peinada en bandós, con la raya en medio, y un chal grueso sobre los hombros. Él de uniforme de pantalones blancos, guerrera azul y morrión con pompón.

Se fijaban los mirones en cómo giraba ella su sombrilla y en sus gestos de abanico. Y en los ademanes de él, en cómo se dirigía a ella y en cómo se pasaba el dedo por el bigote. Y, sobre todo, se hacían cábalas sobre qué discutían, a veces con vehemencia.

—Puedo conseguirle libros de matemáticas. Encantado.

—Pues cualquiera pensaría lo contrario, por la cara que ha puesto.

—Me he sorprendido. Eso es todo. ¿Para qué quiere usted libros de matemáticas? El giro brusco de la sombrilla podría delatar impaciencia.

—De matemáticas y de otras ciencias, Jerónimo. Para leerlos. No se me ocurre ningún otro motivo por el que nadie querría un libro. A usted le sorprende porque no tendría problemas si quisiera estudiar ciencias. Ya me gustaría verlo en mi lugar.

Él se atusó los bigotes, que se estaba dejando mostachos. Aunque avanzaba la primavera, el día distaba de ser tibio y, con la humedad, echaba de menos su abrigo. Si había prescindido de él era por algo que le aconsejó el capitán Miralles:

«Sepa estar, teniente. Es importante. En la mar, hay que andar sueltos, para moverse bien y luchar sin trabas, si es preciso. A bordo, no necesita de galones ni charreteras. Pero, en tierra, haga ver a todos quién es usted».

Desde luego, Mercedes seguía el consejo de su tío. Porque, si navegando gastaba ropas sobadas de varón, y se recogía el pelo como un marinero, en tierra vestía y se movía como dama hecha a los salones de la mejor sociedad. Y, en calidad de tal, ahora golpeteaba con el abanico contra la varilla de la sombrilla, para indicar un punto de irritación.

Jerónimo quiso arreglarlo y lo empeoró.

—No la entiendo, Mercedes. Las leyes han cambiado. Las mujeres pueden estudiar.

—Si llama usted estudiar a aprender a leer, escribir, echar cuentas, coser y tocar el piano...

Mercedes había recibido una instrucción mucho más exquisita y completa, desde luego. Jerónimo conversaba con ella sobre literatura, arte e historia. Ahora descubría que también se interesaba por las ciencias. Y ya había constatado que los cenáculos políticos no le eran ajenos. Por sus comentarios, había que ser muy corto para no adivinar que esa mujer era liberal exaltada. Al parecer, todos en su familia lo eran,

aunque cada uno a su manera.

Eso último explicaría por qué Mercedes había recibido una educación tan amplia. Materias que, si bien no estaban prohibidas a las mujeres, no estaba bien visto que se les impartieran. Pero los Miralles, con dinero ganado con el corso y la agricultura, se ocuparon de que asistiera a los salones privados de ciertos preceptores.

—Mi intención no era molestarle. Deme usted la lista de los libros que desee y pediré a mis amigos de Madrid que me los manden. Con mucho gusto.

Eso la apaciguó. Y ella por su parte no dejaba de darle vueltas en la cabeza a ese teniente de la milicia. Hijo de liberal, que fue también oficial de la milicia nacional de Madrid y exiliado tras la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis. La familia solo regresó de Francia tras la muerte del infame Fernando VII.

Jerónimo se había enrolado en la milicia nacional apenas esta se reimplantó, en el 35, para luchar contra un carlismo que parecía hacerse cada vez más fuerte. Pero, pese a sus antecedentes familiares, creía ella advertir en él una tibieza ideológica —o desapego— que la disgustaba.

Puede que por eso, en el ardor del momento, le espetase:

—Vamos a ver, Jerónimo. ¿Está usted con los moderantistas o con los radicales?

Él volvió el rostro hacia ella, asombrado por la brusquedad de la pregunta.

—Yo estoy con los patriotas, Mercedes.

—¿Y eso qué significa?

—Que mi bando es el de los que piensan que, o dejamos de lado ciertas diferencias hasta que todo esto acabe, o conseguiremos que los carlistas venzan y vuelva el Absolutismo.

—Eso está muy bien. El problema es que en ese argumento se amparan los de siempre para que, al final, no cambie nada.

Reprimió él las ganas de quitarse el morrión para pasarse los dedos por el cabello. ¿Cuántas veces habría tenido esa misma discusión en los cafés de Madrid?

—Tiene razón, en parte. Pero, si ganamos la guerra, podremos ir mejorando. Si don Carlos ocupa el trono, volveremos al siglo XVIII, con Santo Oficio incluido. Estoy de acuerdo en que los moderados no juegan a menudo limpio. Pero sigo pensando que es mejor dejar de lado ciertas diferencias.

Cerca de Morella

En 1823 el gobernador militar de Castellón, el liberal Antonio Fernández de Bazán, envió a sus soldados a saquear iglesias de Morella y sus tropas se apoderaron por la fuerza de diversas joyas religiosas que se custodiaban en esos templos.

Actos así fueron una de las mechas que encendieron la Primera Guerra Carlista. Las autoridades liberales procedieron con mucha torpeza en el asunto de la iglesia católica española, por decirlo con suavidad. Bien es verdad que se enfrentaban a una institución de inmensa riqueza y ascendiente enorme sobre parte de la población, dispuesta a no perder ni un ápice de sus prebendas. Pero los errores de los liberarles hicieron que muchos creyentes católicos se sintieran amenazados en su fe y dieron la excusa perfecta para que los ultramontanos llamasen a las armas a favor del pretendiente Carlos, con la excusa de la defensa de la religión.

Día feo, nublado y ventoso. Clark había puesto su mulo a la par del de Boix, queriendo comentar más sobre aquel tesoro. El tesorillo, o *tresoret*, del capitán Miralles, lo llamaban.

—Sé mucho, por más de un motivo. El capitán Miralles escribió a mi familia para avisarnos de que, en el *tresoret*, había una reliquia que nos ha pertenecido durante generaciones. Yo le puse en contacto con Don Joaquín Bastús, que es un gran sabio: el hombre idóneo para informarle sobre algunas piezas que podrían proceder de Tierra Santa.

Se volvió en la silla, con los picos de la capa aleteando, para ojear a su criado. Caminaba este detrás, con las riendas del mulo de equipajes en una mano y un trabuco formidable en la otra.

—¿La alhaja de su familia es una de esas?

—¡Qué va! Es más modesta. Una cruz que fue de San Pascual Bailón. Ya sé que ese nombre no le sonará, pero es un santo muy venerado en Castellón.

—Será valiosa.

—San Pascual era franciscano. La cruz es de madera, pero con el tiempo la forraron en plata y le pusieron pedrería. Pero su valor es sobre todo sentimental, al menos para mi familia. Por eso he de ir a Castellón, a recuperarla.

—¿Y cómo llegó a manos del capitán?

—Se la entregó hace años un tío mío a su hermano Onofre, porque temía que se la robasen.

—¿Y por qué no acudió su tío a las autoridades?

—Porque era a las autoridades a las que temía. Hace años, hubo abusos y expolios. Mi tío Plutarco pensó que podían requisarle la cruz con cualquier excusa y se la confió a Onofre Miralles. Y lo hizo con tanto secreto que, hasta que el capitán no nos escribió, no sabíamos qué había sido de ella.

»Si mi tío se la dio fue porque sabía que Onofre se dedicó a salvar joyas religiosas de la rapacidad de los franceses, durante la Guerra de la Independencia. Así se formó el tesorillo. Mi tío estaba en el secreto. Por eso recurrió a él.

—Dice usted «salvar». Pero no devolvió las alhajas, al acabar la guerra.

—Desde 1808, este país no ha conocido la paz. Onofre era liberal y ni se le pasó por la cabeza entregar el tesorillo a los absolutistas. Tampoco a las autoridades del Trienio, porque no se fiaba de ellas. Ni tampoco de los ministros de la regente doña Cristina, según parece.

»Hace dos años, una partida carlista asaltó la masía de Onofre. Lo mataron a él y a toda su familia, pero no pudieron conseguir el *tresoret*. Su hermano, el capitán, que estaba en el curso en América, volvió para vengarse. Mató a los dos cabecillas de la partida, los hermanos Subirats. Los tiró por un barranco; a ellos y a otros siete de su banda.

—¿Y ahora él tiene el *tresoret*?

—No. Pero Onofre le dejó información suficiente como para llegar hasta él. Eso

decía en sus cartas. Y él no piensa como su hermano: quiere devolver todas las piezas a quien corresponda y lo antes posible.

—¿Por qué?

—Para callar a los que acusan a su hermano de ladrón. Lo dicen a sus espaldas, claro. Así dejará claro que Onofre era un hombre de honor y no robó nada. Además, cree que el tesorillo da mala suerte.

Sonrió al ver la expresión del americano. O lo que le dejaron ver de ella las solapas del abrigo y la chistera calada.

—No ponga esa cara, hombre. Joan Miralles es supersticioso, como todos los marinos. Y, cuando se conoce la historia del *tesoret* de su hermano, ganas dan de pensar que es cierto: que trae mala suerte a los que entran en contacto con él.

—¿Me contará esa historia y la de las piezas de Tierra Santa?

—Con gusto. Pero no ahora. Mire ahí delante. Lanceros carlistas. Será mejor que pensemos en ellos y no el tesorillo ahora. ¡Coll! Tráigame usted la carpeta de los salvoconductos.

El Grao de Castellón

Como es costumbre en las guerras civiles españolas, en la Primera Guerra Carlista había en realidad varios bandos, agrupados en dos para masacrarse. Por eso, a veces era más fácil acabar fusilado por los aliados que muerto en batalla por el enemigo.

Los liberales se dividían en moderados y exaltados. Y los carlistas en apostólicos y moderados. Las luchas internas entre ellos explican muchos de los traspies y errores de ambos bandos durante esa guerra.

La pareja se salvó de una discusión áspera —pues Mercedes se encendía rápido con ciertos temas— porque llegaron junto a Miralles, que supervisaba el embarque de pertrechos con destino a Benicarló.

Que Castellón no tuviera puerto y sí aquel arenal llamado El Grao, a casi una legua de la ciudad, le parecía a Jerónimo un problema grave. Es cierto que, entre medias, había marjales y arrozales. Y, como nadie se quejaba y él no era marino, se guardaba su opinión. Además, aquello era un hervidero humano que encandilaba con su tumulto y actividad.

Pescadores, mercantes, armadores, estibadores, transeúntes, se cruzaban por las pasarelas y las arenas, entre las barcas varadas y aparejos para sacarlas del agua, redes tendidas, cajas de pescado, toneles, saquerío... Había además trajín aquel día. Llegaban naves con munición desde Valencia. Partían otras con abastos para Burriana, Peñíscola y Benicarló, que sufrían ataques carlistas.

Y pululaba por allí soldadesca inquietante. Veteranos de uniformes pardos, con morriones de pompón negro, bigotazos y cicatrices. Cazadores de la Legión Portuguesa, recién arribados. Mercenarios, de los más aguerridos del ejército liberal.

Su comandante mismo estaba en El Grao, supervisando embarques y atento a que sus hombres no se desmandasen, porque los habitantes del Grao tampoco eran de los que aguantaban mucho. Cayetano Borso di Camminati en persona. Y estaba en charla con el capitán Miralles. También estaba allí Ferrer, al que llamaban *Furtabous*. Un veterano de rostro chupado y pies descalzos, patrón de una barca de *mitjana* y viejo compinche de Miralles.

A Miralles se le veía enojado. Y es que estaba enojado, al punto de que saludó a su sobrina y al teniente con un bufido. Mientras el brigadier Borso besaba la mano de la primera, él agitó su cigarro ante las narices del segundo.

—Cantavieja ha caído. ¡Qué desastre! Hemos perdido una plaza fuerte y estratégica. Los facciosos se han apoderado de toda la artillería que había allí. ¡Artillería! Justo lo que no tenían. Si ya sin cañones nos tienen en apuros, con cañones...

Rumores corrían ya de eso por El Grao, pero Jerónimo puso cara de enterarse ahora.

—Pero ¿no había buena guarnición en Cantavieja?

—Casi 300 hombres, nada menos.

—Y, ¿cómo ha podido caer, si tenían de todo?

—Por la estupidez de los que mandan.

Fumó el capitán con rabia, al punto de que se atragantó. Aprovechó el brigadier para meter baza, pues no era hombre al que gustase quedar relegado en nada.

—Alguien puso al mando a un teniente inexperto. No supo organizar la defensa ni la vigilancia. Por eso hemos perdido Cantavieja, teniente.

—¿A quién se le ocurre? —masculló Miralles.

—Ya ve usted cómo hacen algunos las cosas, don Juan.

Ambos asintieron casi solemnes, como si compartieran conocimientos arcanos. No dejó de reparar Jerónimo en que el brigadier lo trataba de *don*, en tanto que a él lo llamaba *teniente*. Eso indicaba respeto o interés. Más bien lo segundo. Al fin y al cabo, el *Bien Parecida* hacía transporte de tropas y material. Convenía estar a bien con el patrón de la nave. Como al hilo de eso, Borso cambió de tema.

—¿Llevará usted a algunos de mis cazadores a Benicarló?

—Eso creo.

—Mejor. No me gusta El Grao. Esto está expuesto y, además, los trabajos van siempre lentos. Algún día harán un puerto aquí.

Miralles le miró con un ojo guiñado.

—Dios no lo quiera.

—¿Por qué dice eso? Habría mucho más movimiento.

—Llevo toda la vida en la mar y he estado en muchos lugares. Nunca he conocido puerto bueno. Están todos llenos de mala gente. Aquí se conoce todo el mundo y se echan una mano si hace falta. Así está bien para todos.

—Lo que usted quiera. Pero algún día harán aquí un puerto.

—Espero no vivir para verlo.

—Y yo no morir aquí por su falta. Le repito que esto está expuesto, sin murallas ni fortificaciones.

—Tenemos marjales y pinares. Y sabemos defendernos. Que aquí es fácil entrar ya lo pensaron unos piratas ingleses que nos atacaron... —Se volvió a su compadre—. Fue en el 1800. ¿No, *Furtabous*?

—Eso es.

—Por Dios. Tenía yo veintitrés años entonces.

El brigadier Borso intervino, antes de que el otro comenzase a divagar.

—¿Los ingleses atacaron esto?

—Sí, señor. Unos piratas, con un místico^[1] grande y muy tripulado. Pero les plantamos cara. ¿Eh, *Furtabous*?

—Ya te digo.

—Cuenta. ¿Qué pasó exactamente?

—Que el místico se presentó de improviso. Desembarcaron dos lanchas llenas de hombres. Pero los del Grao les hicimos frente y se lio una bien gorda. Fue un gran día, ¿verdad, Ferrer?

—Lo sería para ti. A mí me quemaron la barraca.

—¡Toma! A ti y a todos los demás. Aquellos canallas, al ver que la cosa se les ponía fea, provocaron un incendio para cubrirse la retirada. Yo también perdí mi barraca, porque entonces vivía aquí. Y no me quejo.

—Tú eres tú y yo soy yo.

—Cierto. Pero recuerdo con cariño aquel día. Fue la última vez que vi pelear al capitán Carbonell. Cojo como estaba, salió con sus pistolas a enfrentarse a los ingleses. Era un diablo, don Damiá Carbonell.

Jerónimo cambió una mirada con Borso. El primero ya conocía la historia y el segundo no tenía paciencia para las remembranzas. Así que se inclinó hacia delante.

—¿Cómo acabó la cosa?

—En que acudieron dos cañoneras desde Burriana y los ingleses reembarcaron por los pelos. Ya ve: nos llegó ayuda antes por mar que desde Castellón. Y la enseñanza que yo saco es que uno tiene que saber defenderse con lo que tiene. Y tiene también que estar preparado para cualquier susto. Por eso me parece que fue un disparate confiar el mando de Cantavieja a un teniente inexperto.

—Si yo le doy la razón. Pero ese nombramiento no estuvo en mis manos.

—Lo sé. Pero sus consecuencias nos van a afectar a todos. La cosa se nos está poniendo fea. Los carlistas están bajando desde Aragón y Cataluña, y suben de vuelta desde Valencia. Nos atacan por todos lados...

Fumó.

—O hacemos algo o acabarán por echarnos al mar.

San Mateo

Llevados a Cantavieja (los nacionales de Burriana) padecieron horribles tormentos y, sacados al barranco de Villafranca, fueron fusilados de manera repugnante por orden de Cabrera.

Entre estos iba el capitán don Joaquín Monfort y su padre decrepito. Obligados a marchar más apriesa de lo que podía este anciano, suplicó el hijo que lo montasen en una caballería y los bárbaros aparentaron complacerle. Trajeron la acémila, le cruzaron tendido en el aparejo y atándole una soga al cuello, le estiraron por las cinchas hasta cogerle los pies y formar un arco. Furioso el hijo al ver la inhumanidad con la que trataban a su padre, les pidió que lo fusilaran, y con una complacencia horrible lo desataron, lo bajaron al suelo y lo fusilaron. Indignado más con la vista del cadáver de su padre, pidió también la muerte y se la dieron; pero más lenta aún y feroz. Atáronle al cuello la misma soga que a su padre, le suspendieron de una roca y desde enfrente se entretuvieron mucho en tirarle fusilazos hasta que murió. Los demás y otros nacionales de Silla, hasta cuarenta, fueron mortificados a bayonetazos y arrojados a una sima, dentro de la que se oyeron gemidos dos días después.

*Antonio Piralá, Historia de la guerra civil
y de los partidos liberal y carlista, 1869.*

La columna del carlista Forcadell asediaba San Mateo y, si no había caído ya, era por la falta de artillería a la que aludió el capitán Miralles. De hecho, a pesar de la conquista de Cantavieja, Cabrera solo le había podido enviar una pieza de poco calibre.

Y sus artilleros, aunque lograron abrir brecha en las murallas, lo hicieron en un punto por el que era imposible un asalto. Porque ese era el segundo factor que explicaba la resistencia de San Mateo: sus murallas. El tercero era la tenacidad de los defensores.

Sabían estos que, en Cantavieja, los carlistas fusilaron al teniente Fajardo y al resto de oficiales, aunque se rindieron bajo promesa de vida. Así que, para ellos, era aguantar o morir. Y para los carlistas era vital tomar la plaza, clave en las comunicaciones de la provincia. Por eso atacaban sin tregua ni éxito, porque los defensores eran suficientes para acudir a todos los puntos en peligro.

Así estaba la situación cuando Boix y Clark llegaron a las inmediaciones de San Mateo. El viaje sinuoso le había servido al americano para hacerse una composición estratégica de la guerra. En Cataluña los carlistas formaban banderías, en las que cada zona estaba controlada por un cabecilla que recelaba de los demás, como si fueran señores feudales. Los Maestrazgos eran laberintos en los que las divisiones carlistas y cristinas hacían marchas y contramarchas, librando batallas y emboscadas. Y la Plana, hacia la que se dirigían, era una llanura encerrada entre las tierras altas de los Maestrazgos y el mar. Allí la guerra se libraba como una partida de ajedrez en la que los contendientes pugnaban por ocupar casillas claves, para controlar o amenazar a otras casillas. Y San Mateo era una de esas casillas clave.

Cuando los viajeros llegaron a la vista del lugar, los cazadores carlistas hostigaban las defensas, tiroteando desde muchos lados. No como preludeo a un asalto y sí para mantener en vilo a los defensores. Para cansarlos. Clark, veterano de muchas aventuras, no pudo por menos que encandilarse ante la fortaleza obvia del lugar, así como por el paisaje de montes circundantes, cubiertos de bosque verde oscuro, que servían de escondrijo a los sitiadores.

En cuanto a Boix, tras exhibir sus cartas, no tuvo problemas para instalarse en una ladera a pintar, lo bastante lejos como para no correr el riesgo de balas perdidas. Estaba ahí, pintando una acuarela de la población, con su iglesia y esa torre enorme y fuerte, que más parecía fortificación que construcción religiosa, cuando llegó Antonio Pitarch.

Pitarch era un carlista que, pese a su uniforme, parecía cualquier cosa menos guerrero feroz. Y es que no lo era. Era el teniente músico del estado mayor de Cabrera. Fue compañero de seminario de Ramón Cabrera, gozaba de la confianza de este y era hombre de cultura y no de armas.

Llegó con la escolta de dos ordenanzas de Cabrera, de chaquetas rojas y pantalones y boinas azules, que indicaban la confianza y el aprecio del general hacia el músico. Y trató con cordialidad al pintor. Más tras observar la acuarela en la que

estaba enfrascado.

—Es un placer saludarle, don Andreu. Mutuos amigos me han escrito de manera muy favorable sobre usted. Me piden que le ayude en lo que pueda necesitar. Cuente usted conmigo, en la medida de mis posibilidades.

Contempló la acuarela a medio hacer. La población de colores claros y pardos, resaltando entre el fondo de montes de verde oscuro.

—Es usted un artista notable. Desde luego, es un honor que alguien como usted esté retratando algunas de nuestras más nobles poblaciones. ¿Podría preguntarle si tiene algún motivo para ello?

—Los orígenes de mi familia están en la provincia de Castellón. Acompañé a mi padre en tiempos de paz a visitar las mismas fincas que ahora —señaló con el pincel a la gran torre de la iglesia—. Esos son los paisajes de mi niñez, don Antoni. Quiero retratarlos para tenerlos conmigo y por si, Dios no lo quiera, esta guerra los daña...

Como para darle la razón, le interrumpió un estampido distante de cañón. Pitarch abrió los brazos.

—Su empeño es loable. Cómo me gustaría poder conversar largo y tendido con usted, D. Andreu. Lástima que me pille tan ocupado. No en el asedio, desde luego. Estoy tratando de ayudar a que Sant Mateu se rinda sin más lucha y con los menores daños posibles.

Sonrió casi como un niño.

—Como ve, ambos estamos tratando de preservar Sant Mateu, cada uno a su manera.

Asintió Boix, pues sabía que su anfitrión había nacido allí.

—¿Cree que se rendirán?

—Con ayuda de Dios, eso espero. Los defensores no son tantos y hay notables de la ciudad que tratan de convencerles. Si lo hacen, salvarán la vida y evitarán a Sant Mateu los abusos propios de las conquistas.

Boix pensó que la rendición no había salvado a los oficiales liberales de Cantavieja. Por el camino, había oído que, en San Mateo, había milicianos nacionales y soldados de infantería del regimiento de Ceuta. No serían muchos pero sí suficientes como para defender la plaza. Saltaba a la vista.

Y el general Oraá estaba en Castellón con más de 5000 soldados, a punto de marchar para romper ese asedio, y también el de Benicarló, que sufría el ataque de la columna de Miralles *el Serrador*. Así que, tal vez, la situación no era tan favorable para los carlistas como daba a entender Pitarch.

Este último seguía admirando la acuarela. Habló sin levantar la cabeza.

—Tengo que marcharme, por desgracia. Dígame usted qué le trae por aquí, además de retratar nuestras poblaciones, y veré si puedo ayudarle en algo.

—Vengo desde Sabadell, pasando por el Bajo Aragón y el Maestrazgo Aragonés. He venido visitando parcelas que mi familia tiene dispersas por esas regiones. Y tengo que parar en Castelló para interesarme por una reliquia religiosa que fue de mi

familia.

El exseminarista levantó con viveza la cabeza. Le miró con ojos extraños.

—Me alegro de que sea usted tan sincero, don Andreu. Me alegro mucho.

—¿Por qué, don Antoni?

—Porque acaba de salvarse de ser fusilado de manera sumaria. Sí, fusilado. No importa las cartas de recomendación y ese salvoconducto del general Cabañero que trae. Sepa que todo esto me desagrada, pero no soy yo quien decide.

Boix se acarició la patilla izquierda con el dorso de la mano.

—Pues a mí me alegra saber que he salvado la vida, por lo menos esta vez. Si no es mucha curiosidad, ¿por qué me habrían de fusilar?

—Por la cuestión de las reliquias. Si lo hubiera ocultado... Pero, no. Ya lo sabrá con detalle. ¿Tenía pensado hacer noche por aquí?

—Mi intención era visitar unos almendrales que tenemos en arriendo. Y sí, iba a buscar posada en las inmediaciones.

—Entonces, considérese invitado a cenar esta noche con el general Forcadell. Yo también estaré presente. Cuando remate sus negocios en el campo, pregunte por mí. Iremos juntos.

En la costa de Castellón, cerca de Vinaroz

El condestable era el artillero de más rango en los buques mercantes. Era quien dirigía el fuego de la pieza de mayor calibre, en caso de que hubiera varias, y también estaba a cargo de todo lo relacionado con los cañones, la pólvora y la munición.

Las escampavías, por su parte, eran embarcaciones ligeras que iban por delante de otra más grande, o de una flotilla. Por tanto, no eran un tipo de nave concreto, sino buques que iban por delante de las demás, haciendo labores de exploración y avanzada, y cerciorándose, como su nombre indica, de que la ruta estaba expedita.

C repitaba la fogata, se hacía tarde y el capitán había comenzado a filosofar, entregado a sus recuerdos.

—Allá, a finales del 31, aprendí por fin la lección. ¿Y cuál es la lección? Que uno cree que, los que mandan, saben lo que hacen y, por eso, obedece sin pensar y hasta les confía la vida. Eso es un gran error.

Repantingado en su silla de tijera, sacó de la guerrera azul uno de sus cigarros. A su alrededor, sentados o de pie, formaban corro los tripulantes de la *Bien Parecida* y la *San Blas y San Cristóbal*, la barca de su compadre *Furtabous*. Escuchaban reverentes y fue inevitable que uno joven picase en el cebo que había tirado el capitán, con astucia de narrador avezado.

—¿Qué pasó a finales del 31?

—Qué pasó, qué pasó... —Encendió gruñendo el cigarro—. ¿Será posible? Pero si fue hace ni cinco años. A menudo me pregunto si merece la pena esforzarse por este país en el que a la gente, en el fondo, le da todo igual. Una nación en la que los hombres que dan la vida por ella no reciben más recompensa que el olvido...

Le cortó *Furtabous*.

—Deja de divagar, que pareces un viejo.

—¿Y tú qué prisa tienes, si ya te sabes la historia?

—Pero algunos de estos no y los tienes en ascuas.

Jerónimo cambió una mirada entre divertida y cómplice con Mercedes, porque *Furtabous* era un gruñón y uno de los pocos a los que el capitán Miralles era incapaz de cerrar la boca. No se le escapó ese cruce de ojos a este último, cosa que le enturbió. Pero su compadre le azuzaba:

—Vamos, hombre. ¿O piensas tenernos despiertos toda la noche?

Habían fondeado en una de esas playas recoletas a las que gustaba de acogerse el capitán. Esta noche dos tripulaciones juntas. La del falucho, a pocas brazas de tierra, y los de la barca, varada en las arenas. El capitán procuró centrarse. Resopló.

—Lo del 31, joven, fue el intento de don José María Torrijos para derrocar al infame absolutismo que nos oprimía. ¿Le suena?

El otro asintió. No había caído en la fecha. Pero ¿quién no había oído hablar del glorioso general Torrijos, que se lanzó a una hazaña tan romántica como arriesgada, para acabar fusilado en Málaga?

—¿Estuvo usted con él, capitán? —preguntó alguien.

—Claro que estuve. ¿Cómo me lo iba a perder? Pero, amigos, aunque era una empresa digna de héroes, resultó un disparate. No tenía ni pies ni cabeza. Por eso decía de no fiarse de los que mandan.

»El general Torrijos, que en paz descansa, era un valiente de grandes ideales. Pero, a veces, los ideales engendran fantasmagorías. El general confundía sus deseos con la realidad, cosa que le costó la vida a él y a sus compañeros. En cambio, el infame rey don Fernando jamás tuvo ningún ideal. Quizá por eso murió en su cama.

Contempló a sus oyentes, al resplandor de la fogata.

—Torrijos era un gran hombre, de miras elevadas. Por eso, los agentes fernandinos consiguieron engañarle. Le hicieron creer que en la costa de Málaga le esperaba todo un ejército liberal, presto a sublevarse a su llegada. Así le atraieron a la perdición.

»Su grupo salió en dos barcas valencianas: la *Purísima Concepción* y el *Santo Cristo del Grao*. No se me olvidan los nombres, porque yo iba en la segunda. Salimos de Gibraltar rumbo a Málaga y, en el cabo Calaburras, se nos unió el *Neptuno*, un bergantín que debía escoltarnos. Pero, a la altura de, de...

Titubeó, echó una mirada al condestable de su nave, Bonachera, que justo era malagueño.

—La Cala de Mijas, patrón.

—Eso. A la altura de la Cala de Mijas, el *Neptuno* comenzó a cañonearnos. Suerte que tenían mala puntería. Tuvimos que echarnos a la costa y embarrancar las barcas. Mal lo pasamos ese día. ¿Verdad, *Furtabous*?

—¿Qué dices? Habla por ti, que yo no estuve. Ya confundes los sucesos.

Miralles lo miró confuso, cigarro en mano.

—Es verdad. No estabas. Será como dices: que me hago viejo y me confundo.

—Acaba de contar, hombre.

—Poco más hay. No había liberales dispuestos a levantarse en armas y sí voluntarios realistas y soldados absolutistas, esperándonos. Torrijos todavía podía haberse salvado. Pero el hombre necesitaba creer que todos esos patriotas que le habían prometido existían. Que estaban esperando su llegada, pese a la traición del *Neptuno*. Por eso fue al interior y por eso los fusilaron a todos.

—Y usted, ¿cómo se salvó?

—Porque, aquel día, se me abrieron los ojos. Si ves que el que manda se equivoca, no discutas, no te rebeles. Corre. Huye lo más lejos posible. Algunos de los tripulantes de las barcas no quisimos ir tierra adentro. Nos apartamos de Torrijos por las buenas, dando la cara. Él no nos lo reprochó. Al contrario: nos dio las gracias por los sacrificios hechos por la Patria y por la Libertad, y nos deseó la mejor de las suertes.

»La tuvimos mejor que él. Logramos llegar a Málaga, donde algunos amigos nos escondieron hasta lograr sacarnos en barco. Y así me fui yo a América, por donde anduve más de tres años.

En el asedio de San Mateo

Los Caballeros Comuneros Vengadores de Padilla fueron una sociedad secreta de corte masónico que conoció su apogeo durante el Trienio Liberal (1820-23). Se les podría definir como una masonería a la española. Su estructura era masónica, pero su iconografía era de raigambre hispánica, con grados y legendaria sacada de la historia castellana. Eran de ideología liberal y, al final, se dividieron en moderados y republicanos. De corte romántico, sentían un gusto acusado por el pasado mítico, las reliquias, las armaduras, los escudos y los pendones.

Los comuneros tuvieron mucho peso durante el Trienio Liberal y, de hecho, fueron ellos los que pararon el golpe de estado del 7 de julio de 1822, por el que la Guardia Real trató de reinstaurar el absolutismo. Usaban en su iconografía pendones de Castilla que, siendo rojos, con el tiempo se volvían morados, por la oxidación. Por eso ellos ondeaban pendones morados. Al estar considerados como los primeros republicanistas españoles, con el tiempo, esa fue la razón para poner una banda morada en la bandera española, durante la II República.

Boix, al recordar la facilidad con que se fusilaba, optó por no andar con rodeos.
—No tengo todos los datos. Pero, hasta donde sé, los hermanos Miralles no son unos ladrones. La intención de Onofre Miralles no era el lucro y sí protegerlas.

El general Forcadell asintió para dar a entender que le parecía plausible. Pero la dama presente en la cena no tenía la misma opinión.

—¿Y por qué no entregó todo al gobierno de su majestad don Fernando, cuando acabó la guerra?

Boix la observó cauteloso, dudoso de qué debía responder. Era mujer de algo más de cuarenta años y belleza impresionante. Cabellos castaños, ojos verdosos. Ademanos regios. Vestida con guerrera azul, llena de entorchados, alamares y condecoraciones, sobre vestido blanco.

Por suerte, intervino el músico, Antonio Pitarch.

—Verá, doña Josefina: los Miralles son liberales. Estuvieron en más de una conjura contra el rey don Fernando y, ahora mismo, Juan Miralles lucha contra nuestra causa, enrolado en la milicia nacional de Castellón de la Plana.

Doña Josefina. Así se la presentaron a Boix cuando acudió a cenar, sin más detalles. Por el respeto que allí le mostraban, debía ser importante. Y, por su guerrera, sería una de esas *generalas* que andaban moviendo voluntades y consiguiendo recursos para «la causa». Cosa que no asombraba a Boix, que llegó a ver a la esposa de Bernelle, antiguo comandante de la Legión Extranjera Francesa, cabalgar junto a las tropas de su esposo, vestida de torero.

El quinto comensal era un caballero alto, atlético, con acento de ultramar y modales exquisitos que, al revés que los demás presentes, no parecía intimidado por doña Josefina. Se lo presentaron como Miguel Allende.

Reunión curiosa: una dama vestida de generala, un teniente músico, un americano misterioso, un empresario del textil catalán y el general Forcadell. Este último no tenía aires marciales, pese a su uniforme. Como muchos jefes carlistas, era de orígenes humildes y ajenos al ejército. Hijo de labradores acomodados, sus modales eran más de campesino cachazudo que de general de carrera.

Forcadell: Don Andreu. La historia del *tresoret* ha corrido. Ha llegado hasta la corte de don Carlos, en Navarra, y ha logrado despertar su interés.

Boix: ¿Por qué?

Forcadell: Supongo que por la naturaleza de ese tesorillo. No estamos hablando de una olla de monedas de oro enterrada en un olivar, sino de alhajas y reliquias religiosas. Don Miguel, aquí presente, ha oído algunas historias bastante fantásticas al respecto, en la corte de don Carlos.

El aludido asintió. Se secó con parsimonia los labios, como para darse tiempo a pensar. Eso permitió a Boix valorar de nuevo el lugar donde cenaban. La tienda de un general en campaña. Carpa de lonas y cueros sobre postes. Sillas de tijera, mesas que eran tableros encima de caballetes, pero cubiertas de manteles de hilo. Vajilla modesta y menú a base de los mismos productos que comían los soldados: patatas,

arroz, hortalizas y algo de cerdo. Más no había y, en los ejércitos del general Cabrera, se valoraba la austeridad de los mandos.

Allende: Es cierto que corrían por la corte de don Carlos rumores tan sugerentes como disparatados. Pero, si usted ha tenido ocasión de saber qué piezas forman ese tesoro, podrá despejar algunas dudas.

Boix: Muchas de esas piezas son alhajas y reliquias que estaban en iglesias, ermitas y en capillas privadas. Todas juntas, forman una cantidad importante de oro y plata...

Josefina: Lo que importa es que son joyas santas, algunas con reliquias de santos. No su valor económico.

Boix: Por supuesto, señora. Decía todo eso porque, al parecer, hay algunas piezas de más antigüedad que, de creer a quienes las tuvieron en su día, proceden de Tierra Santa.

Forcadell hizo gesto a los asistentes militares para que rellenasen las copas. Desde luego, aquel hombre de aspecto apacible y modales casi melifluos, parecía cualquier cosa menos el espadón levantisco que era.

Boix: Los hermanos Miralles disponían de una relación de alhajas sagradas del norte del reino de Valencia, redactada por un erudito del pasado siglo. Gracias a ella, Onofre Miralles supo el contenido de un envío que los napoleónicos sacaron de los depósitos del Santo Oficio de Castellón. Él y su partida asaltaron el convoy, y rescataron esas piezas que, de otra forma, se habrían marchado a Francia.

»Eso es buen ejemplo de la dificultad que luego se le presentó. ¿A quién debería entregar el capitán Miralles esas piezas? El Santo Oficio ya no existe y dudo que alguien como él viese con simpatía esa institución...

Josefina: Si ganamos esta guerra, don Carlos restablecerá el Santo Oficio.

Boix, de haberse atrevido, habría replicado que lo dudaba mucho. Por fortuna, intervino D. Miguel Allende, fuese para centrar o por evitar situaciones enojosas.

Allende: ¿Podría hablarnos de esas piezas tan valiosas?

Boix: Con sumo gusto. El capitán Miralles entró en contacto con don Joaquim Bastús, que es un experto en estos temas. Y él compartió ese conocimiento conmigo.

»Lo que los napoleónicos pretendían llevarse de España eran una serie de objetos diversos que la Santa Inquisición incautó en el siglo pasado a una falsa orden militar. La orden de Sant Mateu se hacían llamar y estaba formada por gente bien del reino de Valencia. Hombres de buena familia, pero no con el linaje suficiente como para ingresar en las órdenes verdaderas.

»En este reino de Valencia la orden militar más prestigiosa ha sido siempre la de Montesa. Se creó en el siglo XIV para hacerse cargo de los bienes de los templarios, disueltos por el papa, y no tardaron también en absorber a la orden de San Jorge de Alfama, que era una pequeña...

Decía todo eso a beneficio Miguel Allende, ya que era americano. Pero el destinatario agitó una mano con amabilidad.

Allende: Tengo antepasados españoles de alcurnia. Algunos fueron miembros respetados de varias órdenes militares.

Boix: En tal caso no necesito explicarle nada. La orden de Sant Mateu, para prestigiarse, presumía de custodiar reliquias templarias. Según la relación que nos hizo llegar el capitán Miralles son, y hablo de memoria: un estandarte de la orden de San Jorge y otra bandera templaria, un baucan que, según la leyenda, habrían ondeado los templarios de Ascó contra las huestes de la familia Entenza, de Mora de Ebro, en el siglo XIII, en una guerra feudal por el control del paso en barca del río...

Pitarch: ¿Es esa la bandera que enarbola Miralles en su falucho?

Boix: No lo tengo claro. En teoría, el tesorrillo no está todavía en su poder. Pero sí puedo decirle que su barco se llama la *Bien Parecida* porque don Joaquín Bastús le informó de que ese era otro de los nombres que se daba al estandarte templario, cuyo nombre más común era el de *baucan*.

»El que enarbola Miralles es curioso. Los baucanes solían ser cortados, mitad negros y mitad blancos. Este es un cuarto blanco y tres cuartos negros...

Josefina: ¿Y hay también un pomo de espada?

Boix: Sí, pero ese no es de templarios. Supongo que estamos hablando de uno que se supone que fue del rey Pere II el Católico y que tiene en su interior una astilla de la Vera Cruz.

No se le pasaron por alto las miradas que sus comensales cambiaron entre ellos. Se congratuló de nuevo por hablar sin tapujos.

Boix: Según las confesiones del falso maestro de Sant Mateu a los inquisidores, ese pomo se lo regalaron los caballeros de San Jorge de Alfama al rey don Pere, ya que fue él quien creó su orden. La astilla la habría traído un caballero de la orden de Montegaudio, que estuvo en la Tercera Cruzada y la salvó de los sarracenos en la batalla de los Cuernos de Hattin.

Allende: Usted es un erudito. ¿Lo cree posible?

Boix: Hubo caballeros españoles en la defensa final del reino de Jerusalén. Un contingente de la orden aragonesa de Montegaudio participó en esa batalla. Murieron hasta el último hombre. Desde un punto de vista histórico, no es imposible.

»Pero, si lo que me pregunta es si esa reliquia es auténtica, yo no pondría la mano en el fuego por ello.

Pitarch: ¿Quién querría falsificar algo así?

Boix: Mire, don Antonio. La falsificación ha sido una industria próspera en España desde los Reyes Católicos, por lo menos. Durante siglos, se han falsificado reliquias y documentos sobre genealogías. A mi entender, que esas piezas estuvieran en poder de los arribistas de la falsa orden de Sant Mateu, nos debe hacer sospechar.

Forcadell: Dudar es de sabios, don Andreu. Pero a veces no lo es el escarbar demasiado.

El anfitrión se había pronunciado con amabilidad. Pero eso era algún tipo de advertencia.

Boix: Reflexionaba en voz alta. Eso es todo.

Josefina: Espere. ¿No hay ninguna pieza antigua más en esa relación que les hizo llegar el capitán Miralles?

Boix: Unas cuantas. Un candelabro judío que, según los de Sant Mateu, sería aquel famoso Menorá, el que fabricó el arquitecto Hiram para el sabio rey Salomón...

Josefina: ¿Y por qué no lo había mencionado hasta ahora?

Boix: Porque no me han dado tiempo. En cuanto salió el tema del pomo, ya no hubo lugar para más conversación.

Miguel: Tiene usted razón. No se enoje. ¿Sabe por qué todo acabó en manos del Santo Oficio?

Boix: Hubo una denuncia en 1765. Los de Sant Mateu se atribuían títulos y abolengo del que carecían. Pero el Santo Oficio no actuó por la picaresca, sino porque temían que esa falsa orden fuese un nido de francmasones. Creo que sus sospechas nacieron del asunto del candelabro. Ya saben que los francmasones dicen ser herederos de los arquitectos del Templo de Salomón.

Josefina: ¿Tiene usted alguna relación con masones?

Boix: No, que yo sepa.

Josefina: Pues parece saber bastante sobre ellos.

Boix: Dicen que el saber no ocupa lugar.

Josefina: También dicen que querer saber demasiado pone en peligro al alma.

Boix: Tiene razón. Saber puede ser peligroso a veces. E ignorar lo es casi siempre. Pero, en mi caso, lo que a mí me interesa es recuperar una reliquia familiar. Una cruz que fue de san Pascual Bailón, que ha confortado en sus últimas horas a muchos de mis parientes.

Forcadell: Un empeño loable, sin duda. Le agradezco que nos haya ilustrado sobre este asunto, don Andreu, y siento no haberle podido ofrecer mejor cena, pero estamos en guerra.

Se dirigió a todos en general.

—¿Un vino dulce? ¿Un poco de licor?

Costa de Castellón, cerca de Vinaroz

La paella nació al parecer durante el siglo XVIII, en Valencia. Su nombre proviene del latín patella y no tardó en ganar fama no solo en la costa de Levante o toda España, sino a lo largo de Europa entera.

Una de las teorías sobre su origen sostiene que estuvo, más que en una evolución culinaria, en la iniciativa de los herreros valencianos, que buscaban una forma de abrir nuevos mercados. De ser cierto ese origen, desde luego que triunfaron de lleno con esos recipientes de metal, de poco fondo, en los que preparar el arroz. En cuanto al plato en sí, por los testimonios que nos han llegado, no tenía en su origen una receta concreta. Podemos suponer que, como en tantos platos españoles, al arroz se le acompañaba en cada ocasión con lo que hubiese a mano.

Esa noche los hombres no estaban para irse a dormir pronto. Tampoco los patronos se empeñaron en ello. Para mantener la disciplina, hay que saber relajarla de vez en cuando. Y por eso las fogatas ardían, alimentadas con ramas de pino, y los hombres fumaban y charlaban en corros. Habían hecho una paella de pescado y ahora, como de habitual, varios de ellos estaban cantando acompañados de guitarras, guitarros e instrumentos improvisados: palos, cucharas, alpargatas.

Al capitán Miralles siempre le gustaron los cantos de ribera. Cuando era más joven participaba, con voz mejor y menos cascada. Ahora gustaba de oírlos. Escuchar esas mismas canciones que ya se cantaban cuando no era más que un crío que empezaba en la mar. Pero esa vez su atención no estaba en eso, ni en vigilar que nadie bebiese de más.

Porque esta noche, lejos del resto, a la luz de un fanal colgado de la rama de un pino, era Jerónimo el que leía esa noche un libro a Mercedes. Lo hacía despacio, pero a ella no le importaba. El libro estaba en francés y tenía que traducir lo que leía. Tenía entre manos la versión francesa de las *Mil y una noches*, uno de sus mayores tesoros.

Tanto y tan bien le había hablado a ella de ese libro, que quiso escuchar un fragmento de sus labios, ya que no sabía francés y no existía traducción española.

Escuchaba encandilada. Y el capitán espiaba apurado a esos dos, sentado en la penumbra, envuelto en humo de cigarro. Tan absorto estaba que, cuando *Furtabous* se sentó a su lado, con una bota de vino en la mano, casi dio un brinco.

—¡Deja de espiar como las viejas! No sé por qué te disgusta que esos dos se junten, con la buena pareja que hacen.

—No sabes, porque eres un burro. De ahí no van a salir más que disgustos.

—Eso dices siempre que las cosas no marchan como tú quieres.

Señaló con la bota a la pareja, sin disimulos, quizá porque ya había bebido lo suyo. Pero aquellos, el uno absorto en leer y la otra ocupada en oír, no se dieron cuenta.

—Va para tres años que los facciosos fusilaron al marido de Mercedes y dos que mataron a la familia de tu hermano. Se ha topado con un hombre joven y con inquietudes parecidas a las tuyas. Míralo, *Bocapeix*: es bien plantado, tiene cultura y está viajado. Ha pasado lo que tenía que pasar.

—Hablas como las chicharras. Conozco a esa clase de hombres. Ese no ha venido desde Madrid porque le haya tocado en suerte. A ese le ha mandado gente de arriba. Está bien relacionado, quiere hacer carrera política y ha venido como confidente de alguien importante. Es de familia de políticos y está a buenas con exaltados y con moderados...

—¿Has bebido? Te enredas con fantasías y, además, no sé qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando.

—Mira. Es teniente de la milicia nacional, lo que indica que se lleva bien con los exaltados. Y si lo han enviado aquí para levantar acta es que no está a mal con esos malditos moderados que mandan ahora. Lo dicho: ese es un político.

»Mercedes está con los exaltados. Si ese hombre quiere hacer carrera en el gobierno de Madrid, no veo que pueda llevar buena relación con Mercedes. Antes o después, eso chocaría con sus intereses. Mercedes no es de las que se muerdan la lengua y le haría quedar mal a él delante de gente a la que necesita.

Le quitó la bota para echarse un buen trago, antes de seguir.

—Mira, *Furtabous*. Ya sabes lo que ahora está de moda entre los de buena sociedad: la tontería del Romanticismo. Amores excesivos, pasiones desatadas, gestos exagerados, desdichas, morir de desamor... Es una especie de plaga entre la gente bien, maldita sea. Mira ese Larra que se pegó un tiro en Madrid, hará un par de meses, porque su amante, que era una mujer casada, le dijo que no iban a seguir con su relación.

—Hombre, *Bocapeix*. No creo yo que el teniente González sea de esos.

—Era un ejemplo, condenado. Lo que quiero decir es que esos dos son capaces de tirarse al agua de noche, sin mirar si cubre o si hay piedras. Sin pensar en las consecuencias, sin pensar en el mañana...

—Eso no es por culpa del Romanticismo. Eso es porque son jóvenes, están vivos y hay guerra. Mañana o pasado, uno de los dos puede estar muerto, así que beben la vida rápido. Que tú también fuiste joven, besugo, aunque ya veo que se te ha olvidado.

Recuperó su bota.

—Si tanto te preocupa el tema y te empeñas en hacer de padre de Mercedes, que ya es mayorcita, haz lo que siempre se ha hecho y deja de envenenarte la sangre. Habla con el teniente cuando tengas oportunidad. Háblale por las buenas y a las claras. Como los hombres, cara a cara. Pregúntale cuáles son sus intenciones y se te acabará el tormento.

En el asedio de San Mateo

Hasta bien entrado el siglo XIX los cañones no se clasificaban según su calibre, sino por el peso de los proyectiles que lanzaban. Y ese peso se cuantificaba en libras. La libra castellana equivalía a 460 gramos, por lo que un cañón de a ocho lanzaba proyectiles de menos de cuatro kilos.

Por otra parte, había munición de diversas clases. La bala era un proyectil macizo. La granada era hueca, rellena de pólvora y con mecha que encendía el propio disparo del proyectil. Había balas encadenadas y también palanquetas, que eran artefactos mortíferos formados por dos balas unidas por una barra y que volaban girando y destrozando todo a su paso. Asimismo estaba la metralla, que se cargaba en saquillos, y las frascas de fuego, que eran recipientes de líquido inflamable que se lanzaban a mano, como cócteles molotov, para incendiar las naves enemigas.

Boix no tardó en marcharse, con la excusa de seguir camino al rayar el alba. El teniente músico y Allende le imitaron pronto, intuyendo que el general Forcadell y la dama tenían asuntos que discutir. El primero despidió a los asistentes para quedarse a solas con ella. Se acercó a una caja, en busca de un cigarro. Se había levantado viento y las lonas de la tienda traqueteaban.

—General, ordene fusilar a ese Boix y a sus acompañantes.

—Deme usted una razón.

—Porque más vale prevenir que curar.

Forcadell encendió el cigarro. La miró de reojo entre el humo.

—Si matásemos por si acaso, no dejaríamos un alma de aquí a Murcia.

—Podría ser un espía.

—Tiene un taller textil en Sabadell. Lo hemos comprobado. Y está viajando por aquí para arreglar cuentas con los arrendatarios de las fincas de su familia.

—¿Y el estadounidense?

—Es agente de varias empresas de su país que quieren abrir mercado en España. El negocio de los Estados Unidos con nuestro país está controlado por un puñado de casas comerciales radicadas en Cádiz, Málaga, Alicante, Valencia... Las empresas para las que trabaja ese Clark quieren romper su oligopolio. Le han enviado de ojeador, como un general manda exploradores por delante de sus tropas. No hay nada raro en eso.

Como vio que la otra iba a responder, se le anticipó.

—Comprendo su interés por las alhajas religiosas, señora. Pero comprenda usted que yo tengo que centrarme en otras cosas. Este asedio se está complicando.

—¿Por qué?

—Porque no logramos entrar y el tiempo se acaba. San Mateo aguanta y, en cualquier momento, nos llegará noticia de que Oraá viene con todas sus tropas. Cuando eso ocurra, tendremos que levantar el asedio y marcharnos con el rabo entre las piernas.

—¿Aceptaría mi ayuda?

—Y la del Diablo, si me la brindase. ¿Qué se le ocurre?

—Yo nací en Ceuta, cosa que no sabrá. Mi padre y mi abuelo eran oficiales del regimiento de Irlanda. Crecí entre soldados y conservé buenas relaciones.

—Y...

—Ha querido Dios que uno de los oficiales del regimiento de Ceuta, de los que están dentro de San Mateo, sea de una familia amiga de la mía. Si usted me da permiso, puedo intentar algo.

—¿Qué necesita?

—Que alguien entregue una nota mía a ese oficial, en San Mateo.

—Eso está hecho. Tenemos amigos dentro.

—Entonces, no tardará usted en cenar en San Mateo.

A bordo del Bien Parecida

San Mateo cayó el 1 de mayo por la traición del teniente Cordero, que estaba al mando de los soldados del regimiento de Ceuta. Fue él quien convenció a estos para que desertasen, lo que obligó a los 38 defensores restantes a refugiarse en la torre fuerte. Luego, estos se rindieron bajo promesa de vida y fueron llevados prisioneros a la Cenia, pueblo catalán en la frontera con el reino de Valencia.

— ¡L o dicho! A este paso, los carlistas acabarán por echarnos al mar. El capitán Miralles despoticaba, deambulando por la cubierta de su falucho. Destocado, descalzo, con los pantalones remangados y la guerrera azul desabrochada. Con las barbas alborotadas por la brisa y el sable colgando de tahalí. La tripulación le seguía con la mirada, tratando de adivinar qué había encendido su cólera.

Estalló al leer una nota que le entregaron desde una barca que venía con abastos para Benicarló. Algo en lo que también ellos se ocupaban esos días: en transportar municiones y pólvora, así como auxiliares de la milicia nacional de Castellón y cazadores de la Legión Portuguesa.

De todo eso y más necesitaban en Benicarló, pues sufrían el embiste de un millar de carlistas que disponían hasta de un cañón. De poco calibre, pero cañón. Una de las piezas capturadas en Cantavieja, cumpliendo los pronósticos de Miralles.

Jerónimo estaba en el centro del buque, próximo al cañón de ocho. Descalzo también, pues era lo más práctico en la mar. Y, para sus adentros, tenía que dar razón al patrón, porque la situación militar en la costa se había vuelto crítica.

Tan crítica que esa vez, tras desembarcar pertrechos, Miralles decidió no regresar al Grao. El *Bien Parecida* se mantuvo al paio durante la noche, a pocas millas de la costa, para volver al alba, a ayudar en la defensa. Ayuda que consistía en navegar próximos a tierra, con velas y banderas desplegadas, para intimidar a los carlistas que hostigaban las defensas portuarias.

En esas estaban cuando llegó la barca del Grao, con un mensaje para Miralles. Carta de Antonio Buil, comandante general de Castellón. Y no debía ser baladí, vista la cólera del patrón.

Algo se movía en tierra, porque tronaba con más frecuencia el cañón y retumbaban descargas de fusilería. Miralles debió adivinar por qué, ya que se giró maldiciendo, con las barbas ondeando.

— ¡Serán cabrones! ¡Andan crecidos, pero vamos a bajarles los humos! ¡Aprestad cañones! ¡Repartid fusiles!

Se adelantó Bonachera, el condestable.

— Con el mayor de los respetos, patrón. ¿Qué pasa?

— Sant Mateu ha caído. Eso es lo que pasa. Por eso están tan felices esos santurrones con boina. Por eso andan gastando pólvora como en festejo, los desgraciados.

Los hombres se quedaron helados. Mercedes, junto al cañón de ocho, se animó a preguntar.

— ¿Cómo ha sido, tío?

— ¡A traición! Así ha sido —blandió la carta—. Casi toda la infantería desertó y los que quedaron no eran suficientes para defender la plaza.

— ¿Y qué fue de ellos? —Se interesó alguien.

— No sé. Pero no quisiera estar en su piel. Si se empeñaron en defender, habrán

muerto. Y, si se han rendido, veremos si no acaban como los de Cantavieja.

Arreciaban las salvas de fusil en tierra e incluso, desde un punto próximo a la costa, lanzaron un cohete. Con ira renovada, el capitán echó mano a su catalejo para otear.

Aquello era algo más que celebración espontánea. Los carlistas pretendían acobardar a los defensores de Benicarló. Y, de paso, envalentonarse ellos porque, animados por la noticia, atacaban por distintos lugares, obligando a los defensores a multiplicarse.

Jerónimo podía ver líneas de guerreras azules, con boinas blancas o rojas, que avanzaban con gran clamor, entre ondear de banderas, unas rojigualdas y otras blancas con vírgenes y santos bordados. Y también con esa negra de la calavera, fémures, sable y espiga blancos.

Era un ataque a gran escala y así lo entendió el patrón.

—¡A las armas, hombres! ¿Qué se habrán creído esos? ¡Vamos a enseñarles que no todo el monte es orégano! ¡Simó, al timón!

Mientras vociferaba, los responsables repartían munición.

—¡Cañón de proa, granada y dos sacos de metralla, que los facciosos quieren fiesta! ¡Cañón de ocho, otros dos de metralla!

Jerónimo ya tenía su fusil cargado. Bien distinto de las reliquias confiscadas en el laúd de Mahón. De pistón, fabricado por Zuloaga en Eibar, regalo de sus amigos cuando se enroló en la milicia nacional. Pero ya había descubierto que era un arma demasiado larga para un buque, con tanta jarcia y tanto obstáculo.

A falta de instrucciones, fue a situarse cerca del cañón de ocho. Echó una ojeada atrás y a babor. Allí, en la distancia, estaba la masa rocosa de Peñíscola, entrando en el mar. Luego, no pudo evitar que los ojos se le fueran a Mercedes quien, como siempre que a bordo, vestía como un pescador y se recogía el pelo con moño y pañuelo colorido. Ella, notando esa mirada, le observaba a su vez de soslayo.

Y el patrón los vigilaba a su vez, intranquilo. Quizá esos dos creían que lo escondían muy bien, pero hasta el más lerdo de la tripulación se daba cuenta de cómo se miraban, y de cómo les cambiaba la actitud al estar uno cerca del otro.

Resignado, Miralles se decía que ese era el precio a pagar por haber educado tan bien a la chica, gracias a lo cual ahora alimentaba unas inquietudes que no podía saciar a bordo. Lo que hacía que se viese atraída por ese teniente de la milicia, por no hablar de que este, además de culto, era joven y bien plantado.

Él, a su vez, descubrió que tampoco disimulaba tan bien. Porque Simón, el timonel, rezongó por lo bajo:

—Eh, patrón. Que ahora estamos a otras guerras.

—¿Qué dices tú, pies negros? ¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—En mis asuntos me meto. Digo yo que asunto mío es seguir vivo y que el barco continúe a flote. ¿Qué ordenas?

Miralles le apuñaló con la mirada, pero tuvo que callarse, porque el otro llevaba

razón.

—¿Tenemos sonda suficiente para acercarnos ceñidos a la playa?

—Tenemos.

—Pues caña a babor. Demos pólvora a esos amigos, para ayudarles con la fiesta.

Simón giró la rueda para acercarse de amura. Los artilleros ya habían dispuesto las piezas apuntando a babor, en tanto que los tiradores se repartían por ambas bandas, para no escorar al falucho.

Navegaban con buen viento, mejor suerte y la peor de las intenciones. Lo primero porque tenían el viento de aleta. Lo segundo porque se acercaban a la costa sin que los carlistas, atentos a avanzar entre griterío, tiros y ondear de banderas bendecidas, se dieran cuenta de la maniobra. Y lo tercero porque justo eso pretendía el patrón: pillarles por la espalda, desprevenidos.

A Jerónimo, fusil en mano, le resultaba increíble que los sitiadores siguieran su avance sin advertir que una nave de velas enormes desplegadas se les echaba encima. Pero esos solo tenían ojos para su objetivo. Así pudieron llegar a poco más de un cable de distancia de la orilla, antes de que alguien diese voz de alarma.

Entre Peñíscola y Benicarló media una playa de leguas de longitud. Y, más allá de las arenas, había terrenos salvajes de palmeras, pitas y matorral espeso. Por allí se acercaban las líneas carlistas, decididos a apoderarse de la salida de los sitiados al mar. Y allí les esperaban unos cuantos nacionales de Castellón de la Plana y de la sedentaria de Benicarló, dispuestos a defender su única puerta al exterior.

El timonel avisó de que no podían acercarse más sin embarrancar. El patrón se adelantó un paso para vocear:

—¡Fuego proa! ¡Luego, timón a estribor!

El condestable disparó el cañón de proa. Granada y metralla, como mandó el patrón. Un cañonazo que dio de lleno en las líneas que avanzaban contra las defensas del puerto. Y que hizo que el falucho se encabritara como un potro, con guiñada y escora a estribor, por el retroceso del disparo.

No bien adrizó la nave, el timonel metió a esa banda, al tiempo que los marineros se aplicaban a las grandes velas. A otra voz del patrón, Mercedes disparó la pieza de ocho, lanzando una segunda lluvia de metralla contra la costa. A eso lo acompañaron con una descarga de fusiles. Jerónimo, como todos, tiró a bulto. Ya había descubierto que las condiciones en la mar no son las de tierra. Apuntar era una quimera.

Esa mitad de tiradores se fue a estribor, en tanto que la otra mitad tomaba relevo para una segunda descarga que fue ya contra enemigos desordenados. Los carlistas se habían detenido y sus líneas se rompían. Algunos disparaban contra el barco y otros contra las defensas costeras, desde donde les contestaban. Silbaban las balas en cubierta de la *Bien Parecida*, mientras los artilleros recargaban. Metralla, había mandado el patrón, que era lo que más daño podía hacer.

Jerónimo volvió a babor para disparar, sabiendo que sus tiros pretendían sobre todo desorganizar al enemigo. Entre los estampidos y el humo, tuvo tiempo de echar

una ojeada rápida a Mercedes. Allí estaba, parapetada tras su cañón, observando con esos ojos duros que se le ponían cuando había acción. Era de esas mujeres que le toman afición a los cañones.

Cañones que no volvieron a disparar. El avance de los carlistas estaba roto y estos se retiraban, llevándose sus caídos y sin dejar de ondear banderas ni de disparar, ahora también contra el barco que tanto daño acababa de hacerles.

Tiros perdidos, pues ellos los iban dejando por proa. Entraban en la enfilación del Benicarló. Desde los parapetos, hechos de tierra, escombros y cestones, les vitoreaban y agitaban banderas.

Jerónimo bajó el fusil que no había llegado a cargar. Observó el ondear de banderas y el agitar de morriones en saludo. Pasó los ojos más allá, a la cúpula azul y al gran campanario de la iglesia de San Bartolomé, resplandecientes a esa hora de sol.

Se pasó la mano por el rostro para limpiarse las salpicaduras de agua de mar. Vio los dedos rojos. Eso era sangre, no agua. Alguna astilla o esquirla le había herido en la frente.

Ver la sangre en su mano, y sentir ojos y nariz escocidos por el humo de pólvora, le hicieron caer en la cuenta de que acababa de participar en el primer combate, digno de tal nombre, desde que se uniera a la milicia nacional.

Guevas de Vinromá

Este niño, llamado Francisco Martín, hijo de un carlista, fue preso en represalias, y comprendido en el sorteo le tocó el número fatal. Todos se interesaron por él en el pueblo de Fuente el Fresno, e inútilmente, y el 4 de julio de 1840, fue conducido al suplicio, llevándolo de la mano un soldado de los que formaban el piquete para fusilarlo. Triscaba como inocente corderillo la tierna criatura, creyendo le llevaban a jugar o a paseo, y decía:

—Me compraréis unas naranjas y tostones, y no me haréis pupa, ¿no soldaditos? ¿Ni a mi padre ni madre tampoco?...

Lloraba el militar que le conducía, los que formaban el cuadro no podían contener la emoción y el piquete que había de hacer la descarga temblaba a la vista de tan inocente e inhumano sacrificio. Afectados todos, y sin quererse desprender el niño de su lado, que a todos hablaba y con todos quería jugar, enternecido el mismo jefe, echó a rodar una naranja y tostones, corrió aquel ángel a coger el cebo de su muerte y le hicieron una descarga cayendo a tierra a impulso de las balas que traspasaron su vientre, saliendo de aquellas cruentas heridas parte de las tripas y entrañas. Los espectadores horrorizados las vieron sostener con sus inocentes manos al niño que exclamó:

—No matar, no hacerme pupa...

Y se dirigía hacia los soldados que obedeciendo los nuevos mandatos amenazantes del jefe que dirigía el piquete, volvieron a descargar temblando las mortíferas armas y al fin le remataron.

*Antonio Pirala, Historia de la guerra civil
y de los partidos liberal y carlista.*

— **M**i intención es seguir al sur hacia Alicante, donde tenemos algunas parcelas. Y, de paso, visitar a un conocido al que hace tiempo que no veo.

—Entonces, nos separaremos unos días. Yo no tengo nada que hacer en Valencia ni Alicante. Ahí, hay casas comerciales estadounidenses desde hace mucho, muy fuertes. Ahí no hay quien entre, al menos de momento.

Boix asentía, atento sobre todo a la acuarela, en la que retrataba el repertorio humano que pululaba a las puertas del mesón. Clark, a su vez, repasaba con infinito cuidado las pinturas que su compañero de viaje había hecho antes, encantado por lo recoleto de la población en la que ahora paraban. Escalinatas, callejas, balcones y portales adornados con cerámicas en las que predominaba el azul.

—Como a usted le venga mejor. Podemos fijar un lugar y una fecha para volver a vernos, si es que quiere que sigamos juntos. No me queda tanto que visitar y, a lo mejor, es prudente no acercarse a mí.

—¿Por qué dice eso?

—Porque tengo la sensación de que el asunto del *tresoret* del capitán Miralles tiene mar de fondo. Y eso me salpica a mí... que es lo que me faltaba.

Conversaban en la explanada de un mesón, en las afueras de Cuevas de Vinromá. Un espacio abierto que hacía las veces de patio y estacionamiento de carros. Había fuera mesas rústicas, ahora atestadas de arrieros, viajeros y soldados, todos disfrutando de vasos de vino y del sol. Algo que permitía a Boix pintar una acuarela llena de colorido humano.

Los soldados eran cristinos, lo que a Boix le daba seguridad. Era un hombre tan calmado que podía pasar por lento. Pero su cerebro no tenía nada de tardo y, en aquella cena en la tienda del general Forcadell, la otra noche, se percató de que su vida pendía de un hilo.

Aunque no dio muestras de ello, enseguida supuso quién podía ser esa tal doña Josefina. Vestida de generala, hermosa como el sol y de modales autoritarios. ¿Quién si no iba a ser? Y ese conocimiento le desazonaba. Así que, al día siguiente y muy a primera hora, salieron hacia el sur. Para su alivio, se encontraron con que, en Cuevas de Vinromá, estaba ya una avanzada de tropas del general Oraá, que acudía con miles de soldados en auxilio de San Mateo y Benicarló.

Clark se puso en pie, más que nada para estirar las piernas. Sonreía.

—De todas formas, espero reunirme con usted a su vuelta. Si hay riesgos, los correré. Esa historia del tesorillo es demasiado buena. Estoy pensando en escribir un libro de viajes a partir de todas estas experiencias.

Echó una ojeada a la acuarela.

—Hablando riesgos, recuerdo lo que me dijo el día que cruzamos el Ebro. ¿Le parece prudente retratar soldados? Alguien podría pensar que los está pintando por sus uniformes, para pasar luego información a los carlistas sobre las unidades de vanguardia de este ejército.

—Tiene razón. Por eso he pedido permiso a los oficiales al mando, antes de sentarme a pintar.

—Es usted un hombre precavido. Eso, ya de por sí, sería motivo suficiente para desear seguir viajando con usted.

La Genia, Cataluña

Josefina de Comerford nació en Ceuta en 1894. Se crio en esa ciudad y en Tarifa, entre militares. Se exilió en Dublín tras la invasión napoleónica, visitó Viena, capital ideológica del absolutismo, y vivió algún tiempo en Roma.

En 1820 volvió a España. Organizó una partida ultraabsolutista en Cataluña, junto a un guerrillero llamado el Trapense. Llegaron a crear una «regencia» con capital en la Seo de Urgel, hasta que fueron expulsados de allí por el general Mina. Luego estuvo en la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, que acabó con el Trienio Liberal.

Más tarde, participó en la rebelión de los malcontents, que se alzaron contra las concesiones hechas por Fernando VII. Este mandó fusilar a los cabecillas y a ella la encerró en un convento sevillano. Tras la muerte del Rey Felón, consiguió ser exclaustrada, en 1833.

Comenzaron a batirse al rayar el alba. Seguían al salir el sol. Al menos, seguía Miguel Allende, el peruano. Para entonces, el campo de duelo era una matanza, lo que hizo menear la cabeza a doña Josefina. No por los muertos ni por la sangre, y sí por el despilfarro de valientes. Mejor estarían en el campo de batalla contra los malditos liberales y no luchando entre ellos por vanidad masculina.

El americano cruzaba ahora aceros con un oficial prusiano. Este era veterano y más cauto que anteriores rivales. Por eso duraba más. Decían de Allende que era un verdadero maestro de esgrima y esa alborada, en ese campo de honor, lo estaba demostrando.

Había ya tres muertos por su acero. Les habían tapado las caras con sus propias boinas. Y a un cuarto le estaban dando los auxilios espirituales bajo un árbol próximo.

El peruano y el prusiano seguían cruzando espadas con prudencia, entre tintineos de aceros y chispazos. Se batían a espada, pero Allende no tuvo problema en medirse con los anteriores a sable. Y, si vencía al prusiano, volvería al sable, ya que aún aguardaban dos rivales más, ambos oficiales lanceros, uno del regimiento de Tortosa y otro de los Voluntarios Valencianos.

Doña Josefina se había criado entre hombres de honor y participó en guerras. Por tanto, más de un duelo había presenciado, y algo sabía de armas y de combates. Se daba perfecta cuenta de que eso podía durar tiempo. Ninguno de los duelistas estaba dispuesto a arriesgar en exceso. Se batían de forma estratégica, cruzando hojas para buscar resquicios. Quizá el peruano era mejor. Pero, justo por eso, sabía que, si se tiraba a fondo, aunque atravesase a su enemigo, podía quedar muerto o malherido.

Sí. Aquello podía alargarse, a no ser que alguien hiciera algo. Y ese alguien fue justo Miguel Allende, que de repente retrocedió dos pasos, sin bajar la guardia.

—Temo, caballero, que nos hemos entretenido demasiado.

Con la punta del arma señaló a la esfera roja del sol que ya se alzaba, alumbrando las copas de los árboles y las cimas de los cerros.

—Ha salido el sol. Esto puede convertirse en una riña de rufianes, bailando para colocar al otro de forma que el sol lo deslumbre. Y sería una pena.

—Nosotros no controlamos al tiempo —aceptó el otro, con español dificultoso.

—El del sol no, pero el nuestro sí. ¿Le parece que aplacemos el duelo? Por supuesto, si los caballeros que están esperando no tienen inconveniente.

Tuvo doña Josefina que apreciar la astucia y en algo se mitigó la animadversión que había cobrado contra Allende. Porque había encontrado la forma de acabar con el duelo sin más derramamiento de sangre.

Él podía hacerlo, puesto que había abatido a cuatro oponentes. Y, desde luego, ni el prusiano ni los lanceros dejaron pasar la ocasión. Los tres, así como los padrinos de todos, convinieron en que, con ese sol, no podrían batirse con limpieza. También doña Josefina se adelantó.

—Señores. Den por acabado el asunto. Ayer, con el calor del momento —y del

vino, pensó— se encendieron los ánimos. Hoy han demostrado todos quiénes son. Les pido que no aplacen el duelo, sino que lo concluyan.

Porque todo aquello venía del día antes. En uno de sus arrebatos, el general Cabrera mandó matar a los oficiales que se rindieron en Cantavieja, y a los que llevaron prisioneros a la Cenia. Y dio orden de no gastar pólvora con ellos.

Fueron sacando a los más de treinta oficiales y sargentos presos, por parejas, a un barranco cercano. Allí los asesinaron al arma blanca. Con bayonetas, con sables, con navajas. Y algunos de los oficiales carlistas, imitando el comportamiento de sus jefes en la matanza de Burjassot, brindaban y bebían, riendo los gritos de los que morían acuchillados.

Estaba presente Miguel Allende. Él no era un mercenario como los de las brigadas extranjeras. Tampoco un romántico llegado en busca de emociones a una tierra para él exótica. Era descendiente de españoles, uno de esos americanos que se consideraban todavía súbditos del rey. Y se había unido a la causa carlista porque pensaba que, bajo sus banderas, se defendían la fe y las tradiciones.

Era más un quijote que un aventurero. Y cuadraba con un hombre de su temple que, cuando un teniente de los Tiradores de Tortosa —el primer muerto en el duelo— le ofreció un vaso, él se negase. Lo hizo afirmando que no sería él quien brindara por la mala muerte de hombres rendidos bajo promesa de vida. Y menos si se les daba un final más propio de reses y, además, mataban a mujeres y niños. Porque, en la matanza al arma blanca, no perdonaron a un niño de doce años, hijo del coronel jefe de Cantavieja. Y fusilaron también a varios civiles, entre ellos a alguna mujer.

Varios oficiales carlistas, ya ebrios, le querían hacer matar allí mismo. Se lo impidieron otros, ya que Allende venía enviado por la corte de don Carlos. Todo acabó en un reto propio de héroes o de bravucones, ya que el peruano aceptó el desafío de siete rivales. No fueron más porque algunos presentes lo impidieron, protestando que no era justo que un hombre acabase batiéndose con veinte.

Asentían ahora también los demás presentes: oficiales carlistas, con sus pellizas y sus boinas de gran vuelo, y también unos cuantos curas, con alusiones a la mano de Dios, que había alargado el duelo para impedir que murieron más hombres buenos.

Allende apoyó la punta de su espada en tierra. Con suma delicadeza, pues era una postura y no que la usase a modo de bastón.

—Por mi parte, no hay inconveniente. Vine a España a ayudar a la causa justa de don Carlos frente a la usurpadora, no a estorbar.

El prusiano asintió en silencio, más porque le costaba expresarse en español que porque fuera hombre de pocas palabras. Una aceptación que alivió sobremanera a doña Josefina. No es que no lamentase la posible pérdida de los demás, sino porque aquel alemán era un ingeniero que valía por cien lanceros. Así que ella misma se adelantó a forzar el final.

—Bien, señores. Zanjado este incidente y salvado el honor, les sugiero que nos pongamos en camino de inmediato. Tenemos asuntos pendientes en la costa.

Onda

En la segunda mitad del siglo XVIII se puso de moda relacionar a los francmasones con los templarios. Surgieron como setas logias masónicas de corte templarista por toda Europa. El fenómeno fue especialmente fuerte en Alemania, donde el propio Federico de Prusia fundó los Caballeros de la Luz, una logia que iba en esa línea.

Pero fueron sujetos como Samuel Rosas, George Johnson o Karl von Hund los que llenaron los estados alemanes de logias templarias, causando furor entre la burguesía emergente. Esa circunstancia hizo que los gobernantes viesan con sumo recelo el movimiento, pues, a pesar de todo lo que de carnavalesco tenía, era muestra ya de la pugna entre la burguesía liberal y los viejos regímenes absolutistas que décadas después convulsionarían Europa.

Tres veces se había entrevistado Clark con el alemán y, cada una, había sentido hacia él más recelos que la anterior. En esta ocasión le resultó detestable. Era uno de esos sujetos a los que hubiera preferido no ver ligados a su causa, aunque debía admitir que, sin él, nunca habría viajado a España.

Había llegado el alemán de Barcelona, en barco hasta El Grao, aunque se reunieron en una venta de las afueras de Onda. Así, Clark usaba la excusa de visitar alfarerías locales. Se presentó primero y, como el tiempo era suave, se sentó al aire libre, a beber vino recio. Su paladar se había acostumbrado al tintorro y el cuerpo le encontraba alegría.

No le pesó la tardanza del otro, pues la venta estaba concurrida. La gente tiene que ganarse la vida, haya guerra o paz, y aquello era un trajín humano. Artesanos con sus cerámicas en serones, a lomos de pollinos. Arrieros con sus acémilas. Chalanes con sus caballerías. Todos se daban cita a las puertas del establecimiento.

Llegó el alemán a lomos de un jamelgo. Alto y chupado, con chistera. Se sentó a su mesa y, sin ceremonia, se sirvió del jarro que encargase Clark. Supuso este que no iba a convidar a un segundo, cuando se acabase este. Razón de más para abreviar la entrevista.

—Las noticias son buenas. El tesoro existe, como ya le indiqué por carta. Y Boix se verá, antes o después, con el hombre que lo tiene, o lo tendrá.

—¿Y el *Menorah*?

Lo dijo echando una mirada turbia alrededor. Esa era una de las cosas que disgustaban a Clark del personaje: que se comportase como un conspirador de obra teatral barata.

—Hay un candelabro judío, en efecto. Se supone que fue traído de Jerusalén por cruzados españoles. Pero Boix tiene dudas. Sospecha que podría ser una falsificación.

Advirtió la contrariedad del otro y se encogió de hombros para sus adentros. Ziegler se hacía llamar el sujeto y decía ser alemán. Clark dudaba de ambos extremos. Pretendía ser también el depositario de secretos templarios legados por Karl von Hund. Resultaba a veces histriónico y a veces inquietante, pero nadie podía negar su erudición. ¿Cómo no iba a fascinar alguien así al viejo Aarón Burr, que siempre sintió debilidad por los personajes estrambóticos?

Y había que admitir que mucho de lo que contaba había ido revelándose cierto. Por ejemplo, lo del candelabro. Ziegler tal vez fuese un farsante, pero su historia era real. Así que Clark apostilló.

—El candelabro existe porque el capitán Miralles lo vio en su día. Fue su hermano Onofre el que lo ocultó, junto con lo demás. En cuanto a Boix, es un erudito. Como cualquier estudioso serio, se pregunta por la autenticidad de las piezas.

Ziegler bebió del vino que no había pagado.

—Que ese Boix teorice lo que le dé la gana. Nosotros tenemos que recuperar el *Menorah*.

«Recuperar». Vaya forma de expresarlo. Era obvio que al alemán ni se le ocurría

dudar de que ese candelabro, incautado por la Inquisición a la orden de Sant Mateu, fuese el legendario *Menorah* del templo de Salomón. Como no dudaba de que la logia que él mismo había fundado en América tenía derecho a custodiar ese objeto sagrado.

—¿Entregará Miralles el *Menorah* a Boix? Eso es clave.

—Boix quiere recobrar una cruz que es patrimonio familiar. Pero se ha comprometido a examinar el candelabro y sí: es posible que se lo lleve a Barcelona, para que lo vea un sabio que vive allí.

—Entonces, mientras usted siga a su lado, podrá recuperarlo.

—No es tan fácil.

—No me diga que no puede encargarse de un fabricante de telas.

—Esa es la cuestión. Yo no me voy a «encargar» de nadie. Quede claro. Boix me ha brindado amistad y ayuda en estas semanas de viaje. Y yo no soy un criminal. No usaré la violencia para conseguir el candelabro, ni permitiré que nadie la use.

Ziegler le miró con ojos de lagarto, por debajo del ala de su chistera. Optó por volver al vino y no discutir.

—Hágalo como crea mejor. Pero hágalo. Recupere el *Menorah*.

Frente al Grao de Castellón

Aarón Burr (1756-1836) llegó a ser vicepresidente de los EEUU, pero su carrera se truncó al matar en duelo a un rival político. Entonces, planeó crear un estado independiente al oeste, a costa de tierras indias y de territorios de la Nueva España. Reclutó un diminuto ejército y contó con la ayuda de personajes tan dudosos como Harman Blennerhassett, millonario irlandés huido de su tierra por casarse con su prima, o el gobernador de Luisiana, Wilkinson, que resultó ser un espía a sueldo de los españoles.

Descubierta la conjura, Burr fue detenido, procesado y absuelto en su propio país. El asunto nunca fue aclarado pero hay pistas que indican que grandes cargos políticos le respaldaban, descontentos de la evolución de los Estados Unidos, muy alejada de la utopía agraria que habían soñado al rebelarse contra Inglaterra.

—Don Jerónimo. ¿De verdad estuvo su padre con don Pablo Iglesias, en la columna que puso a salvo los restos de los héroes?

—Sí, capitán. Y, desde Cádiz, se exilió en Francia. Mi madre y mis hermanos nos reunimos con él después.

—Pues yo estuve con don Pablo en el desembarco de Almería, del 24.

Miralles agitó con suavidad su caña de pescar, antes de añadir en la oscuridad:

—La expedición de los «coloraos», sí. Otro maldito desastre. ¿Eh, *Furtabous*?

—Pero ¿cuántas veces te tengo que decir que a mí no me metas en tus historias?

Esa fue toda su respuesta. Se quedó Jerónimo con las ganas de saber si estuvo en aquella aventura o si el capitán se había vuelto a confundir. Si es que este decía la verdad, claro. De creerle, aquel hombre había participado en todas las intentonas por mar contra el absolutismo, durante la Década Ominosa.

En todo caso en esta ocasión Jerónimo estaba demasiado interesado como para hacer cábalas al respecto.

Se encontraban los tres en un bote, a no mucha distancia de la orilla, pescando a la luz de un farol, a primeras horas de la noche. A Jerónimo no le resultaba entretenido, por más que a los otros dos pareciera apasionarles. Claro que esa pareja tenía más suerte o habilidad que él, y pescaban más.

Y no sabía de peces. En cambio, Miralles y *Furtabous*, examinaban con atención cada pieza pescada, discutían entre ellos en valenciano y, según el acuerdo al que llegasen, la echaban al cesto o la devolvían al mar.

—¿Por qué dice que fue un desastre?

—De entrada porque fracasó. ¿Le parece poco?

—Todas fracasaron, capitán. Por eso Fernando VII gobernó hasta su muerte y yo me crié en Francia.

—En eso tiene razón. Bueno, mire: hubo también traición, como en la expedición de don José María Torrijos. Aunque don Pablo no era tan iluso. Supongo que su señor padre le hablaría mucho de don Pablo.

—Mucho. Pero no sé si sería imparcial. Eran amigos. De hecho, mi padre estuvo con él en la defensa de la Plaza Mayor, el 7 de julio...

—¡Gloriosa fecha! ¿Y cómo es que no estuvo en la expedición de los «coloraos»?

—Pues, porque se organizó en Inglaterra y Gibraltar, y mi padre estaba en Francia. No se enteró a tiempo.

—Tuvo suerte. Eso le salvó de morir fusilado.

Pensó Jerónimo que, a lo mejor, su padre habría preferido morir así y no de la enfermedad que pocos años después le dejó en los huesos e inválido, antes de llevárselo. Pero no dijo nada. Y el capitán ya estaba lanzado con su historia.

—En aquella conjura hubo rivalidades absurdas y traiciones varias, con lo que perdimos el elemento sorpresa. La expedición la montaron antiguos comuneros y los masones, al saberlo, organizaron otra expedición por su cuenta. Esa la mandaba el coronel Valdés y desembarcó con sus hombres en el Campo de Gibraltar. Los

fusilaron a todos, claro, excepto a Valdés. El muy cabrito se escapó en un bote y lo único que consiguió fue alarmar a los absolutistas.

»Cuando nuestra expedición llegó a Almería, gracias a eso y a los avisos de los traidores infiltrados, nos estaban esperando. Los absolutistas habían prendido a los liberales que debían ayudarnos en la ciudad... Pero ya sabe la historia: el desembarco fue un desastre y acabaron todos muertos.

—Usted logró escapar.

—Insisto. Los fusilaron a todos. Yo no *logré escapar* por la sencilla razón de que no estuve en el desembarco. Yo estaba en un falucho que hacía las veces de escampavía para el bergantín en el que iban Iglesias y sus coloraos.

Volvió a dar un toque a la caña de pescar.

—Acabo de recordar que el patrón de la escampavía era Cubells, el *Tormentas*. Menudo personaje, ¿eh, *Furtabous*?

—Ya te digo.

—El tipo, viendo desde el mar que los de Almería no abrían las puertas, sino que disparaban a los nuestros, no tuvo mejor idea que liarse a cañonazos contra la ciudad, pensando que eso podía distraer a los absolutistas. No sirvió de nada y al final todos los coloraos acabaron muertos en la acción o presos y ajusticiados de muy mala manera. Como bien sabe, al pobre don Pablo, sin ir más lejos...

En esas picó uno en la caña de Jerónimo, librándole de que le contasen lo que, en efecto, ya sabía. Sintió el tirón repentino y se dispuso a cobrar el pez. El capitán abandonó su soliloquio para echarle una mano, pero aún se le adelantó *Furtabous*, con las frases que todos los veteranos reservan para los novatos absolutos.

—Tranquilo, don Jerónimo. Aguante, hombre. Hale, pero sin tirones. Sin tirones. Que no se le escape.

—¡Es grande! —Exclamó Miralles, al verlo saltar.

—Creo que es un tallán. Nos va a dar trabajo.

Razón no le faltaba a *Furtabous*, desde luego. Les dio más que trabajo y, de no haber sido por aquellos dos, Jerónimo lo habría perdido. Tras larga lucha, que le resultó mucho más emocionante de lo que habría creído, sacaron entre todo un pez de más de medio metro de longitud. El propio *Furtabous* se encargó de soltar la presa en el fondo del bote, lejos de donde estaban ellos tres.

Jerónimo, curioso, fue a acercar la mano al pez, a la luz del fanal. El capitán le retuvo por la muñeca.

—Quieto, hombre. Que es un tallán. Si uno acerca la mano, puede perder algún dedo. Son unos demonios estos peces. Tienen unos dientes del diablo.

Se puso un cigarro en la boca.

—Y, hablando de perder algún que otro dedo por meter la mano donde no se debe, hay algo que quería preguntarle. ¿Qué intenciones tiene usted con mi sobrina?

Jerónimo carraspeó ante lo brusco de la pregunta.

—Honorables, por supuesto.

—Ya. Eso no me quita el sueño. Usted sabe qué le estoy preguntando.

—Sí, capitán. Pues mire: su sobrina está ahora de luto. Cuando se lo quite, más adelante, entonces supongo que podremos plantearnos algo.

Les cortó *Furtabous*, que se había alejado de esa conversación para él tan ajena como enojosa.

—Voy a devolver el tallán al mar.

Lo dijo porque había sido Jerónimo quien lo pescó. Con un par de paletas, se las arregló para arrojarlo por la borda sin recibir un mordisco. En ese bote solo se quedaban lo que iban a comer o vender y, el resto, de vuelta al mar.

—Es una práctica sabia esta de no pescar lo que uno no va a comer —apuntó el capitán, que esa noche parecía inspirado.

—Capitán. Estamos en guerra. Es absurdo hacer planes en momentos así.

—La naturaleza suele hacer planes por la gente y no suelen ser los que estos creían.

Dejó la caña para encender el cigarro.

—Mire, teniente. Creo que es usted un buen hombre. Si no, hace tiempo que le habría fondeado con una piedra al cuello. Pero parece ciego a la distancia que hay entre Mercedes y usted. Y reconozco que eso me trae de cabeza.

—No sé a qué se refiere.

—A las diferencias sociales, señor.

—¿Qué diferencias? Quizá Mercedes tenga más dinero y propiedades, pero...

—No hablo de eso. Usted es de buena familia. Se ha criado en Francia, en círculos de exiliados que han vuelto y ahora ocupan puestos en el gobierno. En el futuro, usted se moverá en ambientes políticos. Me da que se ha enrolado en la milicia nacional para hacer méritos y alcanzar más rápido ciertos puestos.

»En cambio, Mercedes es de familia de labradores y, por muy buena educación que le hayamos dado...

—Por Dios, capitán. Que mi abuelo era tonelero y mi padre tenía una imprenta. Además, estamos en el siglo XIX.

—Mire. Cuando uno es joven, no presta casi atención a ciertos obstáculos. Los desprecia por insignificantes. Y, con el tiempo, se da cuenta de que son como montañas. Insalvables. Mercedes es una mujer de sangre caliente. Y una liberal exaltada, como dicen ahora.

—Yo no soy moderantista, capitán.

—Usted parece ser de los que prefieren no llevarse demasiado mal con nadie. No lo digo como reproche. Seguro que llega lejos. Y Mercedes, que no es capaz de callarse sus opiniones en público, sería una traba en su futuro.

Cortó aquella conversación *Furtabous*.

—Deja de atosigar al teniente con tus enredos, hombre.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?

—Tú, por ponerte a discutir de esto en un bote del que no puedo irme para no oír.

Hubo un silencio espeso en el que solo se oía el chapoteo del agua contra los costados del bote y los saltos dispersos de los peces. Miralles fumó.

—Tienes razón. Bien. Dicho está ya lo que había que decir.

—Pues vamos a seguir con la pesca, que nos hemos comprometido a dar de comer mañana a quince y, a este paso, vamos a quedar en ridículo.

Finca el Espinar

Pablo Iglesias (1792-1825) participó en la Guerra de la Independencia. Fue luego regidor de Madrid y capitán de la milicia nacional de esta ciudad. Participó en la defensa del 7 de julio de la Plaza Mayor, cuando la Guardia Real de Fernando VII intentó dar un golpe de estado absolutista en 1822. Con la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis de 1823, estuvo en la retirada del gobierno hacia Cádiz y fue el encargado de la custodia de los restos de los héroes del 2 de mayo, que se llevaron consigo para evitar que los franceses los profanaran.

En 1824 capitaneó la Expedición de los Coloraos, llamada así porque llevaban guerreras rojas, de saldo del ejército inglés. A bordo del bergantín Federico, llegaron a las costas de Almería. Fracasaron en su intento de tomar la ciudad y provocar un levantamiento, y todo aquel que no logró escapar fue ejecutado. A Pablo Iglesias lo ajusticiaron en Madrid en 1825, de manera ignominiosa y después de que Fernando VII hubiese asegurado a su madre, que se echó a sus pies a su paso, que no le matarían.

— **H**an sido días terribles. Las columnas carlistas bajaban desde el norte como nubes de langosta, arrasando con todo y matando a quien se pusiera por medio. Un horror, amigo Boix. Doy gracias a Dios porque no aparecieran por aquí.

Asintió el visitante, al tiempo que echaba una mirada apreciativa a su alrededor. Había tenido la suerte de llegar a la finca justo con la floración de los almendros y paseaban entre hileras de árboles blancos, en medio de una verdadera nevada de pétalos. Un espectáculo que no podía sino tocar fibras en su alma de pintor. En cambio, no parecía impresionar al anfitrión, puede que ya acostumbrado. O tal vez demasiado absorto en sus preocupaciones.

—¡Malditas guerras! Solo me faltaría que, después de trabajar como un mulo día y noche, durante dos años, llegase una patulea de bestias y destrozasen todo esto también.

Seguía asintiendo Boix, casi admirado. Llegó esperando encontrar a un José Bonaplata casi acabado. A un hombre que, tras ver arder sus sueños, se habría retirado al campo a pasar en paz el resto de sus años, entretenido en labores agrícolas. Y se había encontrado con un varón pletórico, rebosante de planes. Alguien que hablaba por los codos de nuevos proyectos.

—Todo esto me lo he ganado. Aprendí mi lección con el desastre de Barcelona. Tomé mis precauciones, por si los carlistas aparecían por aquí.

Boix enarcó una ceja. ¿Precauciones? Bonaplata tenía allí guardas armados con tercerolas. Nada que pudiera detener a los regimientos del general Cabrera, eso desde luego. El anfitrión, interpretando el gesto, rompió a reír.

—¿Cree que se me pasó por la cabeza parar a tiros a los carlistas, en caso de que se acercasen? No, hombre. Lo que hice fue dar un buen «donativo» al Fraile Esperanza, que es justo de por aquí, de Liria. Él se habría ocupado de que nadie tocase la finca. Aunque, por fortuna, no ha sido necesario, ya que esto está tomado por los cristinos.

Boix sonrió. Él mismo había tenido que repartir algunas propinas durante su viaje. Y había oído hablar de aquel Fraile Esperanza, un pintoresco jefe carlista de la zona, beato, sin escrúpulos aunque poco sanguinario.

—Lo dicho, amigo. Que aquí no se va a repetir el desastre de Barcelona.

No dejaba de aludir a aquello. Pero ¿quién podía reprocharle que tuviera la espina bien clavada?

Caminaba Andrés Boix por entre los almendros en flor con un hombre al que admiraba. Un visionario. Un pionero. José Bonaplata, el hombre que había introducido en España el primer telar movido a vapor. Y «lo de Barcelona» era que, dos años atrás, una turba había asaltado su telar para destrozar la maquinaria y pegar fuego a las instalaciones. Allí se acabó la aventura. A raíz de eso y de posteriores problemas con algunos socios, Bonaplata abandonó Barcelona y se compró esa finca en Liria.

Pero, de retirado allí, nada. Se había empleado a fondo en sus almendros, olivos y

vides. Aquello era un vergel. Y, con su afición incurable por las invenciones, había desarrollado un molino de aceite con mejoras ideadas por él mismo. Justo venían de que se lo mostrase a Boix, ufano, y lo cierto es que había causado admiración en este.

—Lo veo bien, don Josep.

—Y tan bien, amigo. Aquí tengo todo cuanto pueda desear. Tengo que reconocer que no echo de menos Barcelona, como supongo que tampoco me echarán de menos allí a mí.

—No diga eso. Usted es muy respetado en el gremio.

—¡Hombre! Está bien que a usted no le guste hablar mal de nadie. Pero no adornemos en exceso las cosas. Esos cabrones del textil me hicieron pasar las de Caín.

Boix no replicó. Motivos de rencor le sobraban a Bonaplata. Cuando obtuvo apoyo y dinero del gobierno para montar su telar movido a vapor, los industriales del ramo se lanzaron como lobos contra él. Orquestaron una campaña de desprestigio, pusieron en su contra a la Junta de Comercio de Barcelona y llegaron a acusarlo de montar una empresa falsa. De crear una tapadera para introducir tejidos ingleses haciéndolos pasar por producción propia.

—¿Sabe? Siempre me quedará la duda de si el ataque contra mi taller no fue organizado por algunos de esos caciques.

—¿Tiene alguna prueba de eso?

—Solo la duda. La teoría oficial es que fue cosa de obreros que temían perder sus empleos por la mecanización. Se supone que fue un atentado, fruto de la agitación que vivimos. Por eso me concedieron la indemnización. Así que, mejor dejarlo estar.

—¿Tiene ya el dinero?

—No. Y tardará. Siempre tarda y, con esta guerra... Todo esto —abrió los brazos para abarcar los árboles circundantes— lo he levantado con lo que me quedaba.

»Lo dicho. Aquí estoy bien. Tenía que haber seguido con mi idea inicial de montar el telar en la zona entre Asturias y Galicia. O en Málaga. En Málaga hay buenas fundiciones... Pero en fin. Ya no hay vuelta de hoja.

Resopló para cambiar con brusquedad de tema.

—Pero, dígame, ¿qué pasó con el asunto del *tresoret*? ¿Le dio ya ese corsario lo que tenía que darle?

—No. El capitán Miralles no ha podido llegar todavía hasta él. Pero llegará. Me hubiera gustado contárselo por carta, pero estando la situación así...

—No se preocupe, hombre. ¿Y qué piensa entonces hacer?

—Ya estoy haciendo. Voy a seguir viaje hasta Alicante, donde tengo que visitar algunas fincas. Después, regresaré a Castellón, a ver si ya el capitán puede darme lo mío.

—El viaje hasta Alicante no tiene por qué darle problemas. Cuanto más al sur de Valencia, más tranquila está la cosa. Eso sí, le recomiendo que, la vuelta a Castellón, la haga por mar. Eso me privará de su visita, pero viajará usted con menos

sobresaltos.

Castellón

Durante el siglo XIII la rivalidad entre las localidades de Ascó y Mora de Ebro por el paso en barca del río, y por tanto por los ingresos que eso generaba, llegó al conflicto armado. Ascó era feudo de los Moncada, que tenían además el respaldo de los templarios. Mora pertenecía a la familia Entenza. En 1279 el tribunal real zanjó las disputas dando la razón a los de Ascó. Los Entenza no se conformaron e iniciaron una guerra en la que sus huestes atacaban de forma periódica las tierras de Ascó, para causar cuanto daño les fuera posible.

En 1289 los Entenza acudieron a la guerra del rey de Aragón contra el de Mallorca. Los Moncada y los templarios aprovecharon para tomar venganza y acudieron con 80 caballeros y 4000 peones, a poner sitio a Mora, que resistió de forma enconada durante un mes, hasta que se levantó el asedio. En ese cerco, según los de la orden de Sant Mateu, los templarios ondeaban el baucan que obraba en su poder y cuya copia enarbolaba el capitán Miralles en su falucho.

Concluyó la contradanza. Se deshicieron las parejas de baile y, al resplandor de las luces, cada cual buscó a la que le correspondía para el siguiente. Solo cuando se cercioró de que todos estaban otra vez emparejados, el bastonero indicó a la orquesta que tocara.

Se arrancó esta con un vals. Las parejas comenzaron a girar. Al ser un baile más pegado, algunos aprovechaban para ceñir los cuerpos. Y otros, que en vez de bailar miraban, aprovechaban a su vez para observar y chismorrear. Otros, pero no todos. Al capitán Miralles, por ejemplo, le importaba un comino quién se arrimaba o dejaba de arrimarse.

Se había retirado a un rincón discreto, casi en penumbra. Al ver girar a las parejas, al resplandor de las velas, pensaba en lo mucho que había cambiado el mundo. Si, veinte años atrás, alguien le hubiese dicho que un hombre como él, patrón de falucho e hijo de labradores modestos, sería invitado a un baile de la buena sociedad de Castellón, se habría reído hasta que le doliese la barriga.

Pero ahí estaba. En el baile organizado por Tadeo Salvador, diputado provincial, para celebrar la defensa de Benicarló y las victorias del general Oraá en la Cenia y Rosell, de donde había expulsado a Cabrera, Forcadell y el *Serrador*. Ciertamente era que, apenas se retiraron sus tropas de esos lugares, volvieron los facciosos. Pero todo valía para subir la moral. Y para bailar.

Se veían tantos fracs como uniformes, y muchas de las damas presentes lucían vestidos con influencias de los trajes populares. Uno de los más vistosos era el de Mercedes: lleno de colorido, inspirado en las ropas de las mujeres del campo. A eso añadía un peinado de rodetes laterales y el tocado de plumas rojas. Desde luego, tenía que reconocer el capitán que pocas formas de abandonar el luto podía haber más espectaculares que esa.

Aceptar la invitación a esa velada. Trocar el negro del luto por ese atuendo. Y acudir acompañada de Jerónimo González. Todo lo cual daría de que hablar.

Ahora estaban bailando los dos. Bien que habían elegido. Era el segundo baile seguido y este era un vals. Dos hechos significativos. El vals porque era el baile de salón más apretado que se permitía la gente bien. Y bailar dos bailes seguidos indicaba algo. Tres sería todavía más llamativo y no digamos cuatro, que era el máximo que podía danzar una pareja sin faltar a la etiqueta.

Acabó el vals. Se repitió ese bullicio de abejas, en el que cada cual buscaba a su nueva pareja. Los varones ojeaban sus puños, en los que habían anotado el orden de los bailes. Lo propio hacían las damas con sus carnés de baile. Y el capitán oteaba por la sala con disimulo porque, con el revuelo, había perdido de vista a Mercedes y a Jerónimo.

El bastonero alzó su báculo. La orquesta se lanzó a otro vals. Y, cuando por fin las evoluciones del baile llevaron a Mercedes a la vista del capitán, este comprobó sin sorpresa que seguía bailando con Jerónimo. El tercer baile ya. Y mucho se temió que tampoco cambiarían de pareja al llegar al cuarto.

Los Asfaques

En la Primera Guerra Carlista participaron gran cantidad de voluntarios y mercenarios. Más de los primeros con los carlistas y más de los segundos con los liberales. Con estos últimos estuvieron la Brigada Inglesa, la Legión Portuguesa y la Legión Extranjera Francesa. A ellos había que unir las tropas irregulares reclutadas en Navarra y las Vascongadas para defender las poblaciones de los ataques carlistas. Estos, por su recluta y su paga, se podían considerar también mercenarios y, de hecho, los carlistas los llamaban peseteros, porque cobraban una peseta al día.

Hervía de actividad la playa, a la luz de la luna. Multitud de soldados carlistas se afanaban junto a las embarcaciones varadas. Estaban subiendo los botes más pequeños a carromatos y, con la ayuda de aparejos, arrastraban las naves más grandes hasta el borde de las arenas, para llevárselas de allí sobre rodillos. De esas maneras, a falta de otras mejores, pensaban transportar muchas leguas las barcas, hasta las riberas del Ebro, al norte de Mora.

Facilitaba los trabajos el que esa noche hubiese luna llena sobre las playas de los Alfaques. Y también que estuvieran allí los dueños de las embarcaciones, para echar una mano y dar consejos a la hora de moverlas.

En teoría, los carlistas se estaban apoderando de las barcas por las bravas. En la práctica, sus propietarios estaban conformes. Conformes porque eran afines a la causa y porque el general Cabrera, atento a no buscar enemigos donde no debía, pagaba con generosidad esas requisas. Se montaba esa farsa para evitar a los pescadores y armadores de San Carlos de la Rápita un disgusto serio con las autoridades liberales.

El propio Cabrera estaba en la playa, con su gran boina roja y su pelliza, rodeado de soldados de élite. Su presencia era prueba de la importancia que daba a esa operación en la costa. Estaba contento, pues se había apoderado de casi una veintena de botes y lanchas, tan necesarias para mover tropas de un lado al otro del Ebro. Y también se habían hecho con barcas de *bou*, gracias a los buenos oficios de su padrastró Felipe Calderó, que vivía desterrado en San Carlos desde que los liberales fusilaran en Tortosa a su mujer.

Pero aquellos no eran los únicos réditos de la noche.

Cuando Josefina Comerford llegó, el general Cabrera acababa de marcharse, tras comprobar que todo iba según lo previsto. Aquel hombre incansable debía reunirse con José Miralles, el *Serrador*, en el pueblo de Benasal, y pensaba cabalgar toda la noche. Doña Josefina, a su vez, causó sensación al llegar a la playa rodeada de leales armados hasta los dientes y con uniformes fantasiosos. Los soldados y pescadores no pudieron por menos que detenerse unos instantes, a admirar a aquella dama garbosa que caminaba por las arenas al claro de la luna, con su casaca de general, observando los trabajos.

Iba lanzando miradas inquisitivas a diestra y siniestra. Veía cómo sacaban las embarcaciones, pero todavía más le interesaban las cajas de fusiles y los cañones desmontados que estaban desembarcando en lanchas.

Lo ojos se le fueron al buque que había traído ese tesoro militar. Un místico sardo fondeado a poca distancia de la orilla. Había oído decir que el general Cabrera estaba contento esa noche. No era para menos.

Y ya no pudo seguir observando porque, al darse cuenta de que estaba en la playa, Miguel Allende, el peruano, acudió diligente a besarle las manos. Aborrecía ella a ese hombre, que estaba con los moderados y en contra de los apostólicos. Era una desgracia que don Carlos de Borbón le hubiese encargado el asunto de las reliquias sagradas. Pero debía reconocer que era todo un caballero. Atento, cortes, pagado de

su honor y respetuoso con la etiqueta.

Con él llegaban varios sujetos más, de más baja cuna, pero de valor y lealtad probados. Guerrilleros, curas y también Francisco Subirats.

Subirats, patrón del místico fondeado cerca de la playa, era hermano mayor de esos otros dos Subirats a los que Miralles mató por venganza. Comenzó su carrera naval con este último, en el jabeque del capitán Carbonell, aunque, con los años, abandonó el curso para hacer carrera mercante con los de Tortosa. Como muchos de ahí tomó las armas por don Carlos de Borbón y, si ahora era patrón del místico, era gracias al dinero de afines a la causa. Entre ellos, la propia doña Josefina.

En cuanto a los guerrilleros y los curas, los primeros eran casi todos gente de mar. Los segundos, con sus sotanas, medallas y escapularios, sables y fusiles, y esas grandes boinas rojas o blancas, despertaron una sonrisa en la dama. No por burla, sino porque le recordaron a viejos compañeros de armas, de los tiempos de la regencia de la Seo de Urgel. Curas, frailes y beatos sin ignorantes pero corajudos, animados por una fe de hierro y un arrojo a prueba de balas.

En cuanto salió a discusión el falucho del capitán Miralles, algunos de aquellos religiosos se encendieron de más. «Ladrones, sacrílegos, herejes, cornudos e hijos de puta», barbotaban. Tanto que a Allende, que no estaba acostumbrado a eso, le pareció excesivo al punto de que se encaró con el más encendido.

—Sosiéguese, padre. Está usted en presencia de una dama y esas no son formas para un hombre de Dios.

El otro se revolvió.

—¿Qué dices tú, indio?

—No soy indio, padre. Y usted, aunque sea sacerdote, cuide esa lengua.

Antes de que aquello fuese a más, se adelantó doña Josefina con las manos tendidas. Tan imperiosa que echó atrás a los presentes. Por un instante, se vieron ante la verdadera Josefina de Comerford, la *general*.

—Padres. Los Miralles salvaron alhajas que, de otra forma, habrían acabado en manos de los franceses, fuera de España. ¿No es eso una señal divina?

Dijo eso por desviar la conversación, sobre todo. Lo único que consiguió es que algunos se lanzasen a exclamar que el capitán Miralles era un liberal y un impío. Ella asintió con paciencia. Pero no tenía toda la noche.

—Juan Miralles pagará sus crímenes. Descuiden. Ahora, lo que importa es que es hora de que esas reliquias santas pasen a mejores manos. Por eso ha venido don Miguel desde la corte de nuestro señor don Carlos, en Navarra. Y por eso estoy yo aquí, porque en Roma se interesan también por algunas de las alhajas. Para servir al Rey y al Papa he salido yo de mi retiro de Sevilla.

Señaló al místico fondeado a la luz de la luna.

—Ese barco, el *Toscano*, se ha armado con la ayuda del rey de Córcega y dinero de algunos devotos de los Estados Pontificios, aparte del mío propio. Y le hemos confiado el mando al capitán Subirats.

—Algo de lo que le estoy muy agradecido.

—Sé que sabrá cumplir. Sé también que tiene cuentas de sangre con el capitán Miralles. Y entiendo que su impulso sea, si se le presenta la oportunidad, el de dañar o apresar barcos liberales. Pero todo eso es secundario ahora. Hay que recuperar las alhajas y, bajo ningún concepto, debe poner en peligro su barco por otro motivo.

En la mar

La muerte de María Griño no fue un asesinato jurídico, fue un asesinato con todas las circunstancias agravantes de este crimen, hubo premeditación, sangre fría, crueldad, escándalo: hubo otra circunstancia más agravante todavía... que este reo sea inocente, este reo sea un mártir... No se permitió que hiciera testamento, ni que abrazara a sus hijas, ni que velara su serena frente; y lo que es más atroz y hasta impío, se le negó el sacramento de la Eucaristía. María Griño fue de peor condición que los delincuentes famosos, no hubo para ella justicia en los tribunales, piedad en su hora postrera.

Funesta celebridad adquirió el nombre de esta mujer desventurada: todos los pueblos, todos los partidos, levantaron su voz contra un acto de que no ofrece otro ejemplar la historia de las naciones.

*Crímenes célebres españoles,
editado por Manuel Angelón, 1859.*

La singladura del 20 de mayo estuvo llena de visiones portentosas para Jerónimo, por más que a un hombre de mar le resultasen cotidianas. Esa mañana navegaron hasta más allá de las Columbretes y así conoció aquellas islas chicas y pétreas, nido de innumerables aves. Más tarde, al virar al norte, se cruzaron con otro falucho artillado. Uno de los dos de la milicia nacional de Vinaroz. Y la imagen de ese barco al navegar le dejó extasiado.

Es cierto que llevaba semanas embarcado en la *Bien Parecida*. Pero, hasta ese día, nunca pudo disfrutar de la visión de un falucho llegando casi de proa, a todo trapo. Ayudó a embobarle que el día fuese despejado, porque habían soplado vientos fuertes. Que el cielo y el mar fueran muy azules. El primero salpicado de nubecillas y la segunda con olas coronadas de borreguillos de espuma blancos.

Llegaba el falucho de los de Vinaroz por estribor, por lo que los maniobraron. Y así tuvo Jerónimo la visión de aquel buque de mástiles inclinados, uno a proa y otro a popa, con vergas en ángulo y velas blancas y triangulares enormes, hinchadas de viento.

Venían los de Vinaroz de mar adentro, de dar caza a una nave sospechosa. Así se lo gritó el patrón de la nave a Miralles, al cruce. Estuvieron persiguiendo a un barco que no era más que un punto en la lejanía y que, al avistarles a su vez, escapó a todo trapo. No solo no pudieron darle alcance, sino que ni se acercaron lo suficiente para saber ni qué tipo de nave era.

La tercera visión, habitual para un marino pero llamativa para el teniente, fue el avistamiento de un cetáceo en esas aguas azules alborotadas. Uno parecido a un delfín grande, que nadaba en paralelo a ellos, lo que permitió a Jerónimo observar un tiempo.

El capitán Miralles advirtió su curiosidad. Ya se había fijado en cómo miraba a las Columbretes o al falucho de Vinaroz. Y, como él mismo nació tierra adentro, sintió que volvían a él sensaciones ya olvidadas.

Tenía al teniente justo al lado, pues le había asignado puesto junto al timón. En teoría, era una deferencia a sus galones y a su puntería. Pero sospechaba el interesado que era porque le disgustaba que hiciera ojitos con Mercedes ante toda la tripulación. Ese día el propio Miralles estaba al timón, mientras sus marineros se ocupaban en cepillar cubierta y sanear cabos.

Señaló al cetáceo.

—Una marsopa, teniente. Los de tierra suelen confundirlas con los delfines. Pero los delfines saltan y las marsopas no. Lleva su tiempo aprender las cosas de mar. Y más lleva aprender a ver lo que está ahí.

En efecto: los marineros de la nave avistaban buques y a él tenían que señalárselos. E, incluso así, debía esforzarse para distinguirlos en la línea del horizonte.

—No es tan difícil. Cuestión de práctica. Pero no le dará tiempo a cogerla. Espero resolver el asunto del *tresoret* en breve. Así podrá usted volverse a Madrid.

—No se preocupe. No tengo prisa.

Cambiaron una mirada rápida. Si había segunda intención en las frases de uno u otro, o de los dos, se cuidaron mucho de demostrarlo con retintín en el tono. Así que ambos se quedaron con la duda.

—Tengo que pedirle disculpas por tanta demora. Fui optimista al pensar que entendería rápido las pistas que dejó mi hermano en manos de amigos. Y además, como esta maldita guerra se está complicando, no he podido dedicarle todo el tiempo que debiera.

—Como acabo de comentarle, no tengo prisa. ¿Y qué es eso de que se nos complica la guerra? ¿Todavía más?

—No me diga que no le ha sorprendido ver a los de Vinarós tan lejos de su base.

—Un poco.

—Es porque ahora los facciosos y sus aliados llegan como quieren a la costa. Antes, estaban tierra adentro y por aquí estábamos en eso tranquilos. El gobierno tiene casi toda su flota en el Cantábrico y al Mediterráneo han destinado cuatro barcos, como quien dice, y todos patrullando las costas catalanas.

»Pero los jodidos facciosos han llegado a la costa y acuden barcos de sus aliados extranjeros a proveerlos de armas. Para colmo, uno de esos barcos es el *Toscano*, un místico con bandera de Cerdeña, que tiene de patrón a Francesc Subirats, que fue amigo mío.

Asintió Jerónimo, que ya había oído la historia. En tiempos esos dos fueron uña y carne. Después, la política los distanció. Y ahora había cuentas de sangre entre ellos.

—Hablando de todo un poco, hay algo que quería comentarle. Se habrá dado cuenta de que mis hombres vigilan en todo momento a Mercedes.

Con las manos sobre el timón, sonrió con rudeza al ver la expresión del otro.

—Si piensa que tengo a mis hombres a las faldas de mi sobrina para evitar que ustedes dos hagan lo que no deben, se equivoca. No. No diga nada, hombre. Pero sepa que no es por eso.

»Mercedes es toda la familia que me queda. Y los absolutistas son capaces de matarla porque hace cosas que ellos piensan que no son de mujer. O pueden secuestrarla para obligarme a darles las alhajas sagradas del *tresoret*. Porque ellos quieren algunas piezas. Por eso la hago vigilar. Y es una razón más para deshacerme de esas alhajas en cuanto las recupere. Para espantar a la mala suerte y librar a mi sobrina de peligros.

»Lo del secuestro es más que un temor. Andan por medio apostólicos, que no reparan en nada. Y está en esto un tal *Pocarrialla*, que tiene muy mala fama...

»En fin: al tema. Le voy a pedir que, cuando acompañe a Mercedes, esté alerta. Y que se dejen de chiquilladas. No anden tratando de dar esquinazo a mis hombres. Yo les entiendo a ustedes dos, pero esto es serio. Una vez me dijo que un falucho no es lugar para una mujer. Tiene razón. No lo es. Pero es lo mejor que puedo darle a Mercedes para tenerla protegida.

Castellón

El 17 de mayo de 1837 un gran ejército carlista partió desde Navarra, dirigido por el mismísimo aspirante don Carlos de Borbón. Por eso fue llamada la Expedición Real. El motivo para esa aventura estuvo en el cada vez más estrecho bloqueo liberal, por tierra y mar, a los territorios del norte controlados por los carlistas. Su intención era cambiar la dinámica de la guerra. Pretendían invadir Cataluña y lograr una sublevación carlista a su favor allí. Luego, con las tropas allí reclutadas, a las que se sumarían las del Maestrazgo, marcharían a la conquista de Madrid.

El 24 de mayo, los carlistas de la Expedición Real se enfrentaron en Huesca a las tropas liberales del general Iribarren. La batalla terminó en desastre para estos últimos y el propio Iribarren murió en batalla, de un lanzazo. El 1 de junio, los carlistas volvieron a vencer en Barbastro, esta vez al ejército del general Oraá, que había acudido con todo lo disponible a cerrarles el paso. No lo logró y los carlistas cruzaron el río Cinca por Estada, iniciando así la invasión de Cataluña.

Cuanto más pensaba en el asunto del candelabro, más le parecía a Clark quimera. En los Estados Unidos le resultó creíble esa historia de que uno de los objetos sagrados del Templo de Salomón fue rescatado por templarios españoles y durmió en los almacenes de la Inquisición durante siglos.

Pero, ya en España, las cosas se veían distintas. La historia no era del todo como se la contaron en casa de Aarón Burr, en Staten Island. Aunque los detalles no habrían cambiado nada. Hay euforias contagiosas. Tan embriagadoras como la atmósfera de los fumaderos de opio. Ahora, en Europa, comprendía que, a la vera de Burr y en sus últimos años, se había formado una verdadera corte de los milagros, hecha de soñadores, aventureros y farsantes.

El viejo nunca perdió el fuego y ni la ambición. Jamás olvidó su sueño de crear un estado libre al oeste. Sueño que resucitó con el nacimiento de Texas. Y así fue cómo junto a él se congregó ese círculo de visionarios, prestos a aprovechar la tibieza estadounidense y la debilidad mexicana. Planeando sublevar a suficientes pobladores del oeste —antiguos españoles, indios, colonos anglosajones— y fundar su utopía republicana, libre de las lacras que alejaban cada vez más a los Estados Unidos de la nación por la que muchos lucharon.

El sueño hizo aguas al morir Burr, el año pasado. Esa búsqueda en España era un intento desesperado de reverdecer el proyecto. Afirmaba el alemán que, con ese objeto sagrado, conseguirían el apoyo de gente importante, miembros de sociedades de corte masónico. Hubo quienes le apoyaron y así viajó Clark a España.

El candelabro existía. Pero sus charlas con Boix le habían llenado de dudas. Había vuelto el primero por mar, desde Alicante, y luego los dos fueron a Villarreal, donde se estaban montando telares, negocio que les interesaba a ambos.

En la diligencia hablaron de templarios y de órdenes militares. Del candelabro y de la astilla de la Vera Cruz. De la guerra entre los templarios de Ascó y los señores de Mora, así como del origen del baucan que ondeaba el capitán Miralles en su falucho.

Hoy volvían a comentar el asunto en Castellón de la Plana, en un café de la plaza de Mallorca. Uno en el que podían beber café colombiano, jugar al billar e incluso leer algo de prensa extranjera, cosa que para Clark había sido una sorpresa agradable.

Estaba concurrido esa tarde el café. No se hablaba de otra cosa que de la invasión carlista del Alto Aragón. A los forasteros —había muchos por la cercanía del parador de diligencias— les preocupaba el corte de caminos y a los locales que eso recrudeciera la guerra en sus tierras. Y a Boix las consecuencias de todo eso para Cataluña, que parecía ser el objetivo final de la ofensiva.

Viendo cómo Clark escuchaba perplejo las discusiones, quiso aclarar:

—No se asombre. En España, cualquier mozo de cuerda sabe de guerra más que un general, de mar más que un capitán y de gobierno más que un ministro.

—En España y en todas partes. Se creen ustedes demasiado diferentes.

Sonriendo, se fueron a una mesa a jugar al ajedrez. Fue Clark el que sacó el tema

de las banderas negras, porque Boix no creía que tuvieran su origen en las piratas.

—Las banderas negras con calaveras y huesos blancos comenzaron a usarlas partidas carlistas de Tortosa. En ellas se inspiró Cabrera para diseñar la suya.

—En Tortosa hay muchos marinos. ¿No? Ellos pudieron dar la idea a esas partidas, a partir de las banderas piratas.

—Podría ser. Pero hará veinte años, José Boves, que era un caudillo realista de América, levantó banderas negras con calaveras y fémures en su guerra contra Simón Bolívar. Por eso creo que es costumbre de los tradicionalistas y de los realistas. Esas banderas no indican rebelión, sino lealtad a los valores de siempre, así como la decisión de luchar sin cuartel.

—¿Y el capitán Miralles? El también lleva bandera negra.

—Bandera negra... sí, podría llamarse así. Pero es distinta. Es un baucan, aunque curioso. El baucan normal era blanco por la fe cristiana y negro por la guerra contra el infiel.

»El del capitán es un cuarto blanco y tres negros. Según don Joaquim Bastús, los templarios de Ascó querían indicar así su decisión de guerrear sin piedad contra los señores de Ascó, que les agraviaron muchos años. O esa es la leyenda. Todo eso lo sabemos por la orden de Sant Mateu y creo que debemos tomarlo con reservas...

—¿Qué motivos tendría ese hombre para usar esa bandera? —Clark desvió la conversación, porque le agobiaban las dudas que expresaba Boix.

—Indicar deseo de venganza. Ese es el motivo.

—¿Y el tesorillo?

—Ayer me vi con Miralles, en El Grao. Me ha dado palabra de que lo tendrá pronto en su poder.

El americano asintió con alivio secreto, porque cada vez le costaba más encontrar excusas para seguir con Boix.

—Si son solo unos días, me quedaré, si no le importa. Me gustaría ver con mis ojos ese famoso candelabro. Estar presente en los sucesos le convierte a uno, en cierta medida, en protagonista de ellos.

En la mar

El padre natural de Ramón Cabrera, José, era marino mercante de Tortosa. Hombre sin cultura pero laborioso y emprendedor, acabó adquiriendo su propio falucho. Con la invasión napoleónica, se trasladó a Vinaroz. Allí murió de enfermedad en 1812, lo que dejó en muy mala situación a su viuda, María Griñó, que estaba sin recursos y con varios hijos pequeños a su cargo. Juan Miralles, Ferrer Furtabous y Francisco Subirats, entre otros que habían tenido trato con su difunto esposo, la ayudaron a volver a Tortosa, donde se casaría tiempo después con Felipe Calderó, también patrón de falucho.

El *Bien Parecida* se vio inmerso en batalla naval de la forma más inesperada. Habían navegado más al norte que de ordinario, para patrullar la costa de Alcanar, ya en Cataluña. Los carlistas se habían apoderado de barcas y lanchas allí y en San Carlos de la Rápita, más al norte. Parte de esas embarcaciones se las habían llevado por tierra, unas en carros y otras sobre rodillos. Y eso hacía temer que las tropas de Cabrera podían cruzar el Ebro, a engrosar el ejército navarro de don Carlos de Borbón. O al revés.

Pero otras naves se habían armado para piratear por el Delta del Ebro y las aguas al sur de Tarragona. Y también para hostigar el tráfico mercante a Tortosa, al punto de que las barcas que remontaban el río necesitaban la escolta de faluchos armados.

En cuanto a lo de que los carlistas se habían hecho por la fuerza con las naves, el capitán Miralles se carcajeaba. Muchos de San Carlos y de Alcanar eran partidarios de la facción y la requisa no era, a su entender, más que una farsa para evitar represalias y fusilamientos.

Navegaban algo distantes de la costa y alertas, pues era día de niebla. No esa espesa y cerrada que lo oculta todo, sino la que flota en bancos sobre el mar, como nubes a ras de agua. La singladura se había convertido en un viaje fantasmal, en el que tan pronto bogaban por un claro como a través de vapor blanco que no dejaba ver casi la proa.

Así estaban cuando oyeron un cañonazo que llegó retumbando sobre la faz de las aguas. Miralles mandó virar en dirección a aquel sonido lejano, y cargar cañones y repartir fusiles. Un segundo estampido. Por allí estaban combatiendo. Al oeste-noroeste parecía, aunque la niebla siempre distorsiona el origen de los sonidos. Seguro que era por los Alfaques, apuntaron los veteranos.

Mandó Miralles cargar el cañón de proa, el de doce, con bala, palanqueta y dos sacos de metralla. A Jerónimo le causaba asombro y espanto esa costumbre de llenar hasta arriba los cañones. Un día le preguntó a Bonachera, el condestable, si metía también más pólvora y si no temía que un día reventase la pieza. El malagueño se había reído, antes de recurrir a un viejo dicho de la marina. «De pólvora poca y de munición hasta la boca». Jerónimo tuvo que conformarse con eso y se quiso tranquilizar diciéndose que esos hombres sabían lo que se hacían.

Navegaron de esa forma entre bancos de niebla, oyendo cañonazos sueltos. Luego les llegó, cada vez con mayor nitidez, el crepitar de fusiles. Ya era seguro que al noroeste, invisibles, peleaban barcos. Más de dos, a juzgar por los sonidos que les llegaban.

En el centro de la nave habían aprestado también el cañón de ocho, listo para apuntar a una u otra banda, según se necesitase. Jerónimo, desde su lugar junto al timón, con el fusil cargado, observó esa precaución y, enseguida y sin poderlo evitar, los ojos se le fueron a Mercedes, que aguardaba acontecimientos junto a la pieza.

El capitán Miralles —con guerrera azul, sable y el gorro frigio negro común entre marineros del reino de Valencia— se percató de tales miradas.

—Teniente, baje de las nubes. Que no está usted a lo que tiene que estar.

—Disculpe, capitán —musitó, avergonzado.

Casi enseguida, por culpa de la niebla, podría decirse que fueron a caer en mitad de la batalla. Una estampa que Jerónimo no olvidaría jamás.

Cuatro barcas valencianas, en ruta hacia Barcelona con cargas de arroz y habichuelas, habían sido atacadas por una flotilla carlista, formada por un místico y tres barcas de *bou*. El místico llevaba cinco cañones y dos de las barcas uno, y todas iban abarrotadas de fusileros. Pero las barcas de *mitjana* valencianas, a su vez, contaban con más tripulantes que de ordinario, armados también, como se había hecho costumbre desde que los carlistas comenzaron a piratear las rutas de cabotaje. Y no estaban por la labor de entregar sus naves sin defenderse.

Pese a la disparidad de fuerzas, se organizó una pelea encarnizada, con gran gasto de pólvora. Los valencianos tuvieron además la suerte de que uno de los dos faluchos de la milicia nacional de Vinaroz acudiera en su auxilio, alertado por los tiros. Y después, al sonido de los cañonazos, se presentó el *Bien Parecida*.

Cuando este hizo acto de presencia, saliendo de la niebla como un ánima de la nada, con el baucan ondeando en el palo mayor, navegaban todos a medio trapo. Se disparaban entre los bancos de niebla y los claros. A banderas desplegadas. Todos con grandes enseñas rojigualdas ondeando a popa, muchas con lemas bordados. Y los carlistas además arbolando banderas negras con calaveras y fémures blancos.

Tras una ojeada rápida a babor y otra a estribor, para hacerse cargo de qué ocurría, mandó Miralles apuntar ambos cañones a la primera de esas bandas. Pasaron las órdenes con voces tan recias que temió Jerónimo que eso alertase a los enemigos, si es que todavía no les habían visto. Pero se preocupaba en vano. Entre la niebla y que estaban atareados combatiendo con aquellos valencianos tenaces, a lo que había que sumar el estruendo de disparos, no se apercebieron de su llegada.

No tardó en comprender Jerónimo la maniobra del capitán. Las cuatro barcas valencianas combatían agrupadas, defendiéndose las unas a las otras contra el ataque de las carlistas. Más lejos, el falucho de los nacionales de Vinaroz se cañoneaba con el místico, que llevaba las de ganar por su mayor artillería. Se bombardeaban a distancia sin dejar de navegar entre los jirones de niebla, siempre en movimiento.

El *Bien Parecida* puso proa a interponerse entre las barcas de *mitjana* y dos de las de *bou*, que las atacaban por babor. Llegaron a todo trapo y, a los que allí se disparaban, les debió parecer que se materializaba como un fantasma. Barco grande, de enormes velas, abarrotado de combatientes. Nadie tuvo tiempo de maniobrar, ni de pasar aviso u órdenes.

Bonachera, a discreción, disparó su cañón contra la barca carlista más a tiro. O era excelente artillero o un tirador de suerte enorme, porque les dio de lleno. La lluvia de munición causó un destrozo enorme en borda, cubierta y trinquete. Desgarró la vela, hizo volar por los aires un diluvio de astillas y abatió a más de un tripulante.

La irrupción y ese tiro lo cambiaron todo.

El falucho adrizó —cañonazos así desde la proa, en un barco de las dimensiones del *Bien Parecida*, causaban unas guiñadas y escoras impresionantes— y, según tuvieron la barca ya tocada por el través, Mercedes disparó su pieza. Un tiro que no fue tan atinado, aunque tampoco malo del todo, pues dañó todavía más el trinquete.

Se produjo un cruce de fusilazos entre ambas naves al cruce. Los tiradores de la barca se tocaban con grandes boinas azules, por lo que debían ser soldados embarcados. Pero el patrón era marino avezado y, como tal, viró para alejarse. Lo mismo hizo la otra barca que estaba por esa banda. Una que, además de la bandera nacional a popa y la negra en mesana, ondeaba en el trinquete una muy grande, roja y con el Sagrado Corazón bordado.

Miralles, que había tomado él mismo el timón, la señaló sañado.

—¡Ah! ¡Esa, esa! ¡Ya quisiera yo tener a tiro a esa!

Luego sabría Jerónimo que aquella barca de *bou* con la bandera del Sagrado Corazón era el *Nuestra Señora de la Humildad*, a la que todos llamaban el *Catorce Apóstoles*, porque estaba tripulada por ese número de apostólicos. Catorce absolutistas furibundos contra los que el capitán albergaba aborrecimiento enconado.

Pero en esos momentos el teniente estaba mucho más interesado en el barco grande. El místico, que también había cambiado de rumbo y se dirigía al cruce con ellos, sin que el falucho de los de Vinaroz hiciera maniobra para perseguirles.

—¡Atentos hombres, que vamos a cambiar saludos con el *Toscano*! —voceó Miralles, señalando a la nave—. Ese es el *Toscano*, teniente. Lleva bandera del reino de Cerdeña, pero la mayor parte de sus tripulantes son españoles. Han estado pasando armas a los facciosos por las costas de Sant Carles y de Alcaná. Las recogen en alta mar, de otros barcos. Y luego él los acerca a la costa... ¡Fuego proa!

Se produjo un intercambio de disparos de cañón y fusil entre ambos buques, al paso. En efecto, el *Toscano* iba bien armado, pues hasta tres bombazos les soltaron. Todos cortos. Dieron en el mar, reventando la faz de las aguas a escasa distancia de su costado y cubriéndolos de salpicaduras. También fallaron sus propios dos disparos, que se quedaron largos y se perdieron entre los mástiles del enemigo. Y los fusiles de unos y otros tampoco hicieron mucho daño.

El místico siguió a rumbo y se esfumó entre la niebla. Los de Vinaroz habían virado, pero para dirigirse hacia ellos, a conferenciar. Y los de las barcas valencianas cambiaban impresiones a gritos, para saber quién estaba bien y quién había resultado herido.

—Disculpe, capitán. ¿No los perseguimos? —se interesó Jerónimo.

—No voy a meter mi falucho en esa niebla. No señor. Dentro de ese puré puede ocurrirle a uno cualquier cosa y es de imbéciles arriesgar así un barco. Ya se nos presentará mejor ocasión.

—Y, entre tanto, seguirán atacando a nuestras naves.

—La vida es así. Estamos desbordados, tratando de acudir a todos lados. Se lo dije el otro día: hasta ahora solo metían armas por la zona de Cataluña y pocas,

porque ahí está la armada de la reina vigilando. Pero ahora que los facciosos llegan como quieren a la costa de nuestra provincia entran fusiles y cañones por todos lados. Y, encima, los cabrones atacan a nuestras barcas aquí, en el Delta, en el tramo de río hasta Tortosa... No. No damos abasto.

—¿No iban a mandar los ingleses una flota para ayudar al bloqueo?

—Eso dicen. Pero dicen muchas cosas. De momento, mejor contar con lo que tenemos y no con quimeras.

Señaló en dirección a las barcas.

—A ver cómo están esos, cuántos heridos tienen y si han sufrido muchos daños. Creo que lo mejor será darles escolta unas millas hacia el norte. Y a usted habrá que curarle el brazo.

—¿El brazo?

Jerónimo bajó los ojos y, con gran asombro, advirtió que tenía la manga rasgada y que la sangre le resbalaba por los dedos, al punto de que le había goteado de rojo en el pantalón blanco. Y no se había dado ni cuenta.

—Ya veo que no se ha enterado. Será un roce. Si le hubiera dado bala en hueso, estaría dando brincos de dolor.

Se puso un cigarro en los labios.

—Y caramba. Es el segundo combate en el que participa en este barco. Y en los dos ha sido herido. Mira que si es usted uno de esos que tienen imán para las balas...

Castellón de la Plana

La primera Legión Extranjera Francesa se creó para la conquista de Argel. Una vez conseguida esta, las autoridades francesas no sabían qué hacer con esa unidad de mercenarios extranjeros, que eran buenos soldados pero pendencieros y borrachos. Al estallar la Primera Guerra Carlista, las enviaron de buena gana en ayuda del gobierno liberal, pagando este último las soldadas, que eran de una peseta al día. Fue un verdadero traspaso de la unidad desde el ejército francés al español.

El primer brigadier de la Legión Extranjera Francesa en España fue el coronel Bernelle, un sinvergüenza que se apropió de la paga extra de veinticinco francos que otorgó la regente Cristina a cada soldado cuando la tropa desembarcó en Tarragona. Bernelle era corrupto, despótico y grosero, y tenía el complemento perfecto en su propia esposa, una gastosa extravagante que se paseaba vestida de torero o generala mientras los legionarios pasaban necesidad por culpa de los robos de su marido.

Lámparas y espejos. Máscaras y baile. Giraban las parejas, y el capitán Miralles y Andrés Boix observaban sus evoluciones desde la galería, mientras caminaban despacio junto a la balaustrada del piso de arriba. Al capitán le fascinaban las fiestas de máscaras. Y aquella era especial. Se notaba en las actitudes, en las caretas elegidas. También en la decoración, pues los anfitriones habían mandado colocar espejos para crear la ilusión de sala inmensa en la que bailaba una muchedumbre. Hasta se sentía en las piezas que tocaba la orquesta, que esa noche eran sobre todo bailes movidos.

Esa noche no se celebraba ninguna victoria. Bailaban para apurar el vaso de la vida, puesto que el gran ejército de don Carlos de Borbón estaba a punto de unirse al del general Cabrera. Y temor de todos era que esa gran armada se dirigiera a la conquista de Castellón de la Plana.

—¿Sabe, don Andreu? Cuantos más años sumo, más me asombran las fiestas de máscaras.

—¿Por qué, don Joan?

—Porque la gente se pone caretas para librarse de las mil reglas de esta sociedad nuestra. Y no se da cuenta de que esas reglas no son más que otro tipo de careta.

—No sé si le entiendo.

—Hasta que volví a España, me dedicaba al curso por las Américas. Eso ya lo sabrá. Allí conocí a todo tipo de personas y costumbres, lo que me dio que pensar.

»En esta sociedad nuestra los burgueses han impuesto modales y formas de vestir que no son más que variantes de las que tenían los aristócratas de antes. Tengo suficientes años como para darme cuenta de ello. Los burgueses de España, Francia, Portugal, Italia, siguen etiquetas iguales y visten de forma idéntica. En cambio, las gentes del pueblo tienen costumbres, ropas, comidas y bailes propios, según cada lugar.

»Lo gracioso es que los burgueses salen del pueblo. Y, para hacerse burgueses, tienen que abandonar sus costumbres, y adoptar los atuendos y los modos de la clase superior.

»¿No es eso ponerse máscaras? Y lo más interesantes es que luego se buscan otras máscaras, como las que llevan hoy, para aliviarse de esa carga.

—Caramba, don Joan. Es usted todo un filósofo.

—¿Yo? No, caballero. Líbreme Dios. No soy más que un hombre de mar.

Boix sonrió bajo el borde de su máscara de fantasía.

—Algún día tendrá que dejar los barcos.

—Ni lo sueñe. La gente como yo, cuando la sacan del mar, se marchita. He visto cómo pasaba con otros, mayores que yo. Me juré hace mucho que no cometería su error. Me gustaría morir en la mar y que me enterrasen en tierra, como buen cristiano.

Comprendió Boix. Un corsario tenía una probabilidad razonable de morir en alta mar, por causas naturales o en combate. Y, en ese caso, su ataúd sería un saco y su sepultura el mar.

El capitán se detuvo. Desde arriba, observó a los que bailaban multiplicados por los espejos. Buscó en vano a Mercedes y a Jerónimo. Le desorientaban las luces, los reflejos, las máscaras, la multitud.

—Don Andreu. Quisiera pedirle algo.

—Usted dirá.

—Pronto sabré dónde ocultó mi hermano el maldito *tresoret*. Quisiera que se embarcase conmigo el día que vaya a buscarlo. Que esté presente cuando lo rescate y que me haga el favor de hacer una relación de las piezas.

—¿No se va a ocupar de eso el teniente González?

—Sí. Pero verá... —Se golpeteó con dos dedos su máscara, que era poco más que un antifaz—. El teniente y mi sobrina... en fin. Yo pedí al mando de la milicia nacional que me mandasen a alguien de fuera de Castellón para que hiciera esa relación. Quiero que quede bien claro y de una vez que mi hermano nunca fue ladrón ni sacrílego. Que se apoderó de las alhajas para protegerlas. Y que yo, Joan Miralles, voy a devolver hasta la última, sin guardarme ni una medalla.

»Pero ahora, dada la relación entre mi sobrina y el teniente, relación que es bien sabida, yo sé lo que dirán los de siempre. Pondrán en duda el documento que levante.

—Pues llévese usted un notario.

—No, señor. Eso sería como cuestionar al teniente en público. Lo que le pido es que me acompañe con la excusa de la cruz que le tengo que entregar. Y una vez allí, como si se me ocurriera, le pediré que haga una relación para su amigo don Joaquim Bastús.

—¿Será muy largo el viaje?

—Unas horas.

—Entonces, de acuerdo.

Resuelto ese tema, el capitán volvió de nuevo su atención al baile. De nuevo, no consiguió encontrar a Mercedes. Y, resignado, asumió que esa pareja, aprovechando las máscaras y los espejos, se había escabullido y ya no estaba allí.

Al mismo tiempo

«Mi alma se prendó de la tuya y ahora el corazón le sigue detrás».

Gerard de Nerval, *Historia de la reina de la mañana
y de Solimán, príncipe de los genios.*

Ya podía buscar el capitán hasta que llegase el alba. Hacía mucho que aquellos dos se habían escabullido del baile para refugiarse en un alojamiento discreto, lejos de todo. Ahí dormitaban ahora, abrazados, al resplandor de una simple vela.

Fue entonces, cuando él, adormilado, dejó salir sin pensar:

—¿Cómo es posible que una mujer como tú esté con alguien como yo?

Ella, con los ojos cerrados, había sonreído como una gata.

—Eso me pregunto a veces. Aunque... ¿a qué te refieres con eso de «alguien como yo»?

—A que tú eres pasión, eres fuego. Y estás dispuesta a morir por tus ideales... yo no soy tan entusiasta. Tengo los pies en el suelo.

—Yo también tengo los pies en el suelo, querido.

Abrió los ojos para mirarle, a dos dedos de su rostro.

—Pero sí que me desconciertas. Sufriste el exilio con tus padres. Has vivido en París. Has conocido a las grandes figuras del destierro, has frecuentado a políticos y artistas... sí que habría esperado que fueras más revolucionario, más lleno de ideales románticos.

Tuvieron, días antes, una discusión agria acerca de la Constitución que estaba a punto de promulgarse. Tan enconada que a punto estuvo de dar al traste con su relación. Ella echaba sapos y culebras de esa Constitución aguada. La veía como una traición a todo aquello por lo que muchos habían luchado, sufrido y muerto en las décadas pasadas. Y él, en cambio, lo consideraba la única forma de evitar que el bando de los cristinos se partiese en dos y todo acabase con la victoria carlista y una vuelta al absolutismo, la opresión religiosa y los fueros.

Esa noche era la de su reconciliación tras la tormenta, por lo que había mucho de qué hablar.

—Tal vez es todo eso lo que tiene la culpa de que sea tan prudente. O tibio, como dices tú cuando te enfadas. El exilio. He visto cómo mi padre y muchos como él, hombres que lo sacrificaron todo por la nación, se quedaban sin nada. Ellos lucharon y, cuando llegó la hora, fueron apartados y olvidados. No son ellos los que ocupan ahora los puestos importantes. Ni siquiera los medianos. Son otros que han sabido culebrear mientras ellos luchaban.

»En el fondo, es lo que decía tu tío. Al tratar a ciertas personas admiradas, te das cuenta de que no son tan grandes ni...

Ella se estrechó más contra él.

—Me da igual, idiota. Basta de eso esta noche. ¡Dime que me quieres!

—Te quiero.

—¡Por Dios, qué hombre de sangre de horchata! Dime algo bonito. ¿Qué serías capaz de hacer por mí?

—¿Por ti? Bajar a los infiernos.

Ella sonrió.

—Repite eso.

—Por ti bajaría a los infiernos y los quemaría. Quemaría los siete. Y le tiraría al Diablo del rabo hasta que te me devolviese, si fuera preciso.

Castellón de la Plana

Las barcas de bou y las barcas de mitjana no son más que dos embarcaciones de la gran familia de los laudes. Las primeras se usaban en la pesca de arrastre, en tanto que las segundas servían en el tráfico mercante costero. Los nombres y las características de todas estas naves hay que tomarlas con cierta precaución, ya que todas eran iguales en lo básico y se diferenciaban por sus dimensiones y algunos detalles. De hecho, los hay quienes consideran que los faluchos no son más que barcas de mitjana muy grandes.

Pero todas son de palos inclinados, velas latinas y muy marineras. Por poner ejemplos, la de Furtabous era una barca de mitjana de 15 metros de eslora, con dos palos y bauprés, en tanto que el Bien Parecida de Miralles era un falucho de tres palos y bauprés que alcanzaba los 25 metros de eslora.

Hay calamidades que, aunque se consideren posibles, sorprenden al ocurrir en el lugar y momento menos esperados. Así fue con aquello que temía Miralles. Secuestraron a su sobrina Mercedes a plena luz del día, mientras se dirigía al cementerio de Castellón, que distaba no mucho de la ciudad, al este, fuera del perímetro de lo poco que quedaba de murallas. Y sucedió en presencia de testigos, que no pudieron hacer nada.

Mercedes acompañaba esa mañana a una amiga, a poner flores a la tumba de su madre. Dada la poca distancia, fueron caminando, a pesar de que estaba el cielo cubierto de nubes grises. De improviso, las atacó una docena de hombres. Paisanos con pañuelos en la cabeza y algún sombrero, armados con fusiles. Varios se les echaron encima mientras el resto amenazaba con sus armas a los viandantes.

Fue visto y no visto. A la amiga de Mercedes la derribaron, más por prisas que por mala intención. Cayó la pobre chillando de miedo. En cambio, Mercedes reaccionó con viveza. Le dio tiempo a echar mano a una de las agujas del pelo y clavársela en el pecho a un atacante. Y lo hizo con tanta furia que le dejó muerto sobre los charcos. Pero eso no evitó que los demás la redujeran y se la llevaran a la fuerza.

Había dos hombres del capitán siguiéndola. Y estaban armados, como algunos transeúntes. Pero no se atrevieron a disparar, por miedo de herir a las mujeres. En cambio a ellos sí que les tiraron varios balazos. No les dieron, pero les obligaron a salir del camino en busca de refugio.

Así fue cómo, entre la ciudad y el cementerio, secuestraron a la sobrina del capitán Miralles.

Este, que había salido a la mar sin Mercedes, no se conformó hasta no tener todos los detalles. Rosita Peiró, la amiga, le había pedido días antes a Mercedes que le acompañase al cementerio. Por eso no embarcó ella ese día. El motivo ya lo conocía el capitán, claro. Pero sabría más tarde que Rosita lo había comentado en una velada de café y piano. Así que era de suponer que alguna de su círculo, por chismorreo o por afinidad a los facciosos, había soltado el dato a los oídos precisos.

Porque el secuestro estuvo bien preparado. Suficientes hombres como para reducir a una mujer capaz de defenderse, así como para tener a raya a sus escoltas y a cualquiera que pudiera salir en su defensa. Un lugar propicio donde esperar ocultos el paso de su víctima. Y caballos esperando, por supuesto. Huyeron con tanta rapidez que, cuando alguien llegó a la ciudad a dar la alarma y salieron los nacionales en su persecución, ya se habían esfumado.

El Grao de Castellón

Entre Castellón de la Plana y El Grao median varios kilómetros, y tal distancia explica por sí misma que fueran dos poblaciones diferentes. Pero, además, la composición de las tierras en esa parte de la costa dificulta el drenaje de las aguas, por lo que todo aquel terreno intermedio era pantanoso. Originariamente un gran marjal, lo sembraron luego con arroz. Eso llevó a que las plagas fuesen endémicas en la ciudad, al punto de que hubo épocas que la población descendió por culpa de las epidemias. Las crónicas están llenas de apuntes sobre la muerte de personalidades locales por culpa de esas enfermedades causadas por las aguas estancadas.

El problema se palió cuando sustituyeron parte de los arrozales por naranjales. Y ya en épocas tan tardías como la segunda mitad del siglo xx se remedió de manera definitiva desecando toda la zona.

Cuando al arribar conocieron el secuestro, a pie mismo de playa, Jerónimo guardó la compostura. Pero se le veía demudado y atosigó a preguntas a los nacionales que les dieron la noticia. Tanto preguntó que, al final, Miralles le pidió que se retirase a su barraca. Que él se iba a Castellón, a informarse con detalle y que, a la vuelta, lo primero que haría sería pasar a informarle.

De regreso, aunque el capitán llevaba el estómago en un puño y la cabeza hecha un caldero de temores por la suerte de su sobrina, aún tuvo hueco para preguntarse si su petición había sido acertada. El teniente era joven, sus sentimientos por Mercedes eran obvios y, como le había dicho días atrás a *Furtabous*, estaba convencido de que los de esa generación sufrían una epidemia de desafuero llamada Romanticismo, que los empujaba a cometer cualquier disparate a la menor ocasión.

Jerónimo no le había hecho caso. Mejor. En su día tuvo el capricho —muy de malditos románticos, pensaba el capitán— de alquilar una barraca en el propio Grao. Y no se había dado mala maña para acondicionar esa vivienda de pescadores. Pero, incapaz de esperar allí dentro noticias sobre Mercedes, había salido a deambular por la orilla de los arrozales.

Allí le encontró. Había cambiado el uniforme de la milicia por pantalón, botas, levita y chistera, aunque iba con la camisa entreabierta, sin lazo de corbata. Fue ver llegar a Miralles e irse a él con preguntas atropelladas. El capitán le pidió sosiego con la mano abierta.

—La vida de Mercedes no corre peligro, al menos de momento. Esté usted tranquilo.

—¿Cómo voy a estar tranquilo?

—Dentro de lo que pueda, hombre. La han secuestrado los facciosos. Seguro. Alguna de las partidas que andan rondando por toda la Plana. Testigos que estaban en ese momento en el camino reconocieron a dos de ellos...

—¿Cómo está seguro de que no la van a matar? A los carlistas no les importa matar mujeres.

—Tampoco a los nuestros. Déjeme hablar, hombre. No la matarán porque no la han raptado por sus ideas liberales, sino para obligarme a entregarles el *tresoret*.

—¿Y qué piensa hacer?

—De entrada, conseguirlo de una dichosa vez. Si cuando yo decía que traía mala suerte... En fin. Quédese tranquilo. Sepa que no me voy a quedar de brazos cruzados, esperando a que los que la han secuestrado se comuniquen conmigo. Tengo una idea de quiénes pueden estar detrás de esto y voy a dar los pasos necesarios para arreglar el asunto lo antes posible.

Le miró, ceñudo.

—En cuanto a usted, me va a hacer el favor de mantener la compostura. Entiendo que es joven, que Mercedes y usted... y que ahora están de moda las actitudes excesivas. Pero cálmese. Hecho un manojo de nervios, no va a servir de nada ni podrá ayudar a nadie.

»Y vámonos de aquí, hombre. Ya sé que ustedes, los románticos, son aficionados a suicidarse respirando los miasmas de lugares malsanos. Pero yo quisiera vivir hasta los cien años y, si no, morir de una bala y no de vapores envenenados.

—Ya será menos, hombre.

—Usted mismo. Pregunte a los de aquí. Todos le dirán lo mismo: el arroz nos da de comer y a la vez nos mata. ¿Por qué se cree usted que me mudé cuando tuve dinero a Castellón? ¿Por gusto? No. Para alejarme de estas malditas aguas estancadas.

Costa de Ascanar, Tarragona

La de Montegaudio fue una orden militar del siglo XII, de existencia gloriosa pero breve, ya que acabó siendo absorbida por el Temple. Dicen incluso que fue fundada en Jerusalén. Caballeros de dicha orden participaron en la batalla de los Cuernos de Hattin, en la que los cruzados fueron derrotados por Saladino. Todos los de Montegaudio presentes murieron combatiendo. En esa batalla se perdió una astilla de la Vera Cruz, que es la que los de la falsa orden de Sant Mateu decían custodiar, así como el Menorá del Templo de Salomón. No explicaban cómo uno de los caballeros de Montegaudio pudo rescatarla, si murieron todos.

Recorrer caminitos junto a piscinas saladas, entre revuelo de las aves marinas. Ver mar abierto más allá. Notar esa sensación de aridez y sequedad, pese a estar rodeado de agua. Todo eso devolvió al capitán Miralles, por unos instantes, a su niñez. A los días, ya lejanos, en los que se escapó de la casa de sus padres para enrolarse en un barco corsario y hacer vida de mar.

Chico de tierra adentro, todo lo relacionado con la mar le resultaba entonces nuevo y prodigioso. Y, entre aquellas maravillas con las que se topó en la costa, estaban las salinas, con sus piscinas de evaporación y sus montones de sal.

Aquellas sensaciones volvían hoy, como si fuera de nuevo el niño criado entre olivos y almendros. Así se sentía mientras deambulaba entre las piscinas, con un barrilete al hombro, tocado con su gorro frigio pero vestido de paisano.

Las remembranzas de la niñez se esfumaron al ver al hombre que le aguardaba algo más adelante, solo. Sentado a la sombra de un tejadillo de cañas. Fuerte, cincuentón, muy feo y con un parche en el ojo. Felipe Calderó, padrastro de Cabrera, que le aguardaba fumando una pipa y con una tercerola al alcance de la mano. No porque recelase malas intenciones de su visitante, sino porque la vida le había enseñado a ser prevenido.

Calderó era de poca paciencia y menos cavilar. Por eso, al poco estaban los dos sentados a la sombra de ese tejadillo, contemplando las piscinas humeantes y, más allá de sus vapores, el oleaje del mar. El capitán había sacado un vaso de metal de su casaca y se turnaban para beber el ron del barrilete. Calderó, al primer trago, había chasqueado los labios.

—Está bueno. Y está fuerte. Tú sí que sabes vivir, canalla.

Porque Calderó, que era patrón de falucho y había pasado mucha vida en la mar, sabía apreciar el valor de los pequeños lujos. Consciente de ello, Miralles le instó a dejar la pipa, al tiempo que sacaba dos cigarros de los suyos.

Envueltos en humo, charlaron del tiempo, de cómo estaría la navegación y de cómo les iban los negocios. A Calderó las autoridades liberales —no contentas con fusilar a su esposa por ser madre de Ramón Cabrera— lo habían desterrado a San Carlos de la Rápita. Y ahora vivía de explotar salinas en la costa de Alcanar.

Todos sabían que estaba con los carlistas en cuerpo y alma, aunque solo fuera por vengar a su mujer. Se sospechaba que participaba de manera muy activa en el contrabando de armas por mar. Pero, cosa curiosa, lo protegía el fusilamiento de su mujer, ya que las autoridades dudaban en prenderle, luego del escándalo que produjo aquel asesinato legal.

El caso es que se alargaba el hombre al hablar de sus hijos, tanto de los que eran del primer matrimonio de María Griñó como de los que tuvieron los dos. Que si sus hijas andaban ya todas ennoviadas. Que si, en cambio, el hijo que tuvo con María, que ya tenía diez años, era un diablo que no daba más que disgustos.

Rezongaba:

—No sé por qué la gente se empeña en tener hijos varones. A mí dame hijas,

Bocapeix. Dame hijas. Han sido siempre los chicos los que me han traído de cabeza. No sé cómo meterlos en vereda.

Aludía sin duda a que Ramón Cabrera, de pequeño, era un trasto al que no consiguió enderezar. Quizá eso le hizo recordar la muerte de su mujer, porque se le oscureció algo el humor. Cambió con brusquedad.

—Bueno, *Bocapeix*. A lo nuestro.

Lo dicho. Calderó no era de sutilezas. Miralles fumó antes de responder.

—¿Cómo podemos arreglar lo de mi sobrina?

El otro no intentó hacer como que no sabía de qué hablaba.

—No tengo ni tuve que ver nada con eso. Ya me conoces. Las cuentas con un hombre se arreglan con ese hombre. No con su familia. Y menos con niños o mujeres.

Ganas le dieron a Miralles de replicar que era una lástima que no hubiese transmitido a su hijastro esos principios. Porque se pasaba el día haciendo fusilar y bayonetear a gente, por el simple pecado de ser padre o hijo de. Pero, aunque se estaban desayunando con ron americano y ya tenía suelta la lengua, se contuvo porque no sería prudente.

—No des largas, *Arrienbanda*, que no es propio de ti. Ya sé que no tuviste nada que ver. Pero conoces a mucha gente. —No se le ocurría forma más sutil de decir que estaba con los facciosos—. Te agradecería que mediases en el asunto. Mercedes es la única familia que tengo.

Eso tocó una fibra en el otro.

—Te entiendo. Ya sabes que no soy hombre de perder el tiempo. Así que, en cuanto me mandaste mensaje pidiendo vernos, supuse que era por este asunto. He estado tocando algunos palos. Sabrás que todo esto es por las reliquias que robó tu hermano...

—Mi hermano, que en paz descanse, no robó nada. ¡Coño! ¡Maldita sea! Salvó todo eso. Lo protegió. Incluso rescató algunas alhajas que se llevaban los franceses, jugándose la vida.

—Perdona. Era una forma de hablar. Bueno: han capturado a tu sobrina para cambiarla por las alhajas. Así que tú verás qué es lo que te interesa más.

«Capturado». Vaya forma de decirlo.

—A mí el *tresoret* de las narices me importa un rábano. Le costó la vida a la familia de mi hermano. Y se la costó muchos años después al hombre que hizo la lista de las alhajas. Trae muy mala suerte y yo lo único que quiero es librarme de él. Mi intención era entregar cada alhaja a su dueño y, las que no lo tengan, al gobierno. Es más: si me dan recompensa por ello, pienso donar el dinero para asistir a los huérfanos, que con esta puta guerra abundan como setas. No quiero nada con todo eso. Nada.

»Si no queda otro remedio, no tengo problema en entregárselo a los facc... a los de don Carlos, sí con ello recupero a mi sobrina. Que se arreglen luego ellos con los propietarios de cada alhaja. Y allá se las compongan también con la mala suerte.

—Siendo así, no habrá problema en arreglar un canje. Tú deja que yo me ocupe. Ya verás cómo en unos días lo tenemos todo acordado.

Titubeó.

—Sabrás que en todo este negocio anda metido Subirats *Potagranota*.

—Lo sé de sobra.

Se pasaron el vaso de metal para otro trago. Fumaron con los ojos puestos en la distancia. La imagen del mar rielaba por la evaporación de las piscinas y las aves volaban en todas direcciones.

—Mataste a sus dos hermanos.

—Porque ellos mataron al mío. Y a mi cuñada. Y a mis sobrinos. Y a todos los que estaban con ellos en la masía.

—Y ahora, él te quiere matar a ti. Y tú a él. Parece mentira. Si erais como hermanos.

—Son cosas de la guerra.

—La guerra, la guerra... me cago en la guerra.

En la mar

La Olla de la Plana es un plato tradicional de Castellón que pertenece a la amplia tradición de platos de cuchara existentes por toda España. Como muchos de ellos, la Olla de Castellón se hace con legumbres y hortalizas. Las primeras son alubias o garbanzos y las segundas varían según la estación. La Olla, como casi todos los platos de este tipo, conoce multitud de variantes locales y disputas sobre la pureza o impureza que supone añadirle ciertos ingredientes.

A Marcelino Tamayo, al que llamaban *Pocarrialla*, y que mandaba la barca *Nuestra Señora de la Humildad*, a la que llamaban *Catorce Apóstoles*, se le subió la sangre a la cabeza al descubrir que Mercedes Nebot andaba libre por cubierta del *Toscano* como si fuera la reina del barco. Y, para colmo, vestida de hombre, descalza y con el cabello en moño.

El místico había recogido en alta mar una carga de fusiles, de un barco austríaco, para luego acercarse con ellos a unas millas de la costa, a la altura de Alcanar. Allí estaba trasbordando las armas en plena noche, a dos barcos. Era el método que solían usar para evitar que un barco del gobierno o los faluchos de Vinaroz se presentasen de improviso y los atrapasen entre ellos y la costa.

En esta ocasión, además de las dos barcos, se acercó el *Catorce Apóstoles* al punto de encuentro, pues Tamayo quería discutir el asunto de las alhajas. Ya llegó a bordo del *Toscano* de malas pulgas, porque, como trasbordaban fusiles por ambas bandas, tuvo que abarloar su barca a una de las otras y pasar a través de ella. Y, como no era hombre de mar, aunque mandase en su nave, lo hizo con dificultades, sin dejar de advertir que los marineros se reían de su torpeza.

Por eso ya subió de humor atravesado. Y explotó al ver que trataban a la prisionera como a una invitada.

—Es que la considero mi invitada —respondió con calma el patrón Subirats.

Él mismo había estado a su lado, viendo cómo jugaba al ajedrez con el padre Onetto, un cura italiano que se haría cargo de algunas de las alhajas para llevarlas a Roma. Por esas piezas, y por ayudar a la causa, habían financiado los Estados Pontificios parte de los gastos de ese barco. Cuando vio el patrón que Tamayo traía ganas de camorra, rogó a Mercedes que se retirase al camarote. Hizo bien.

—¿Invitada? ¿Ese marimacho que viste de hombre y dispara cañones?

—Oiga. Haga usted el favor de, en mi barco, no faltarle al respeto a nadie.

—¿Qué le pasa? El tío de esa mató a los hermanos de usted.

—Y ellos mataron al suyo. Dios los tenga a unos y a otros en su Gloria. Y usted no se meta en mis asuntos de familia.

El otro se echó atrás, pillado a trasmano. Subirats, no queriendo tensar más, le informó:

—Lo que importa es que el asunto por el que la señora está a bordo de mi barco va rápido. Todo gracias a don Felip Calderó, aquí presente.

En efecto, el padre de Cabrera se había acercado en una de las dos barcos de las armas. Allí estaba, cruzado de brazos, observando la discusión con su ojo sano, con cara de pocos amigos. Y también estaba Miguel Allende, en un segundo plano. El visitante no se había apercebido de su presencia antes porque estaban en penumbra, con los fanales bajos de llama, para evitar que barcos liberales les detectaran desde lejos.

Subirats no le dio tiempo de acercarse a saludar al tuerto.

—Atienda. Ya está todo hablado con Miralles para canjear a su sobrina por el

tresoret.

—Usted lo conoce. ¿Cree que nos lo dará por las buenas?

—Ni por asomo. Vendrá con ellas, eso seguro, porque no las quiere para nada. Pero se liará a cañonazos, esté a bordo o no a su sobrina. Joan Miralles es Joan Miralles. Juró devolver las alhajas a sus propietarios y solo la muerte le impedirá cumplir su palabra.

—Entonces, será mejor que me entregue a esa mujer.

—¿Por qué motivo?

—Estará mejor custodiada en mi nave. Miralles espera que esté en este barco.

—La suya es una barca de *bou*. No hay camarotes ni intimidad. No es lugar decente para una mujer.

—Aun así...

—No insista. De este barco no va a salir.

—Le voy a recordar que soy coronel. Tengo mando sobre usted.

—Eso será en tierra. En un barco, primero manda Dios y después el patrón, y ese orden se puede discutir.

—No me gustan las blasfemias.

—Pues se tapa los oídos o se vuelve a su barca. En este barco somos todos buenos cristianos y por eso mentamos tanto a Dios. No oirá usted a ningún mahometano jurar contra el Señor. Contra su falso dios sí, pero contra el nuestro no.

Se quedó el otro cortado con la respuesta. Buscó con la mirada al cura italiano. Pero ese, como buen cortesano vaticano, se había dado la vuelta y contemplaba, asomado a la borda, el rielar de la luna sobre el mar. Así que *Pocarrialla*, que era cerril pero no tonto, desvió la discusión para no quedar en evidencia.

Más tarde, cuando ya la barca de este se había marchado, y también una de las de las armas, el cura se acercó al patrón. Este se quitó el sombrero en señal de respeto.

—Usted disculpe, padre, si lo que dije antes le molestó. Es como hablamos en los barcos. No se lo tome a mal. Y, además, ese hombre me saca de quicio.

Pero el cura, que era hombre refinado y acostumbrado a comodidades, por lo que llevaba mal la vida dura de los barcos, se lo había tomado a bien. Respondió con humor, en su español titubeante.

—Esto lo tengo que contar cuando vuelva a Roma. Me recuerda a lo que le ocurrió a Casanova justo aquí, en España. Por su mala vida, acabó preso del Santo Oficio. Y uno de los cargos contra él fue justamente que, cuando jugaba y perdía, maldecía al Diablo, en tanto que los demás jugadores lo hacían contra Dios. Por eso le acusaban de servir al Diablo, porque cada uno en los apuros blasfema contra aquel a quien sirve.

Se tomaron a broma Subirats y Calderó esa salida airosa del cura, que no tardó en retirarse, suponiendo que esos dos tenían cosas que discutir. Y el segundo aprovechó para decir rápido:

—No se te ocurra entregar a la mujer a ese animal. Que la fusila o la degüella en

cuanto tenga ocasión.

—Descuida. No pienso hacerlo.

—Una cosa. ¿Y si con Miralles vienen los dos faluchos de Vinaroz?

—Ya he pensado en eso y he tomado mis medidas. No sucederá.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Deja que tenga mis secretos, hombre. Que contando, contando, al final se enteran todos de todo.

Calderó le echó una mirada atravesada con su único ojo.

—Pues muy bien. Quédate con tus secretos, que yo me llevo las armas. Están acabando el trasbordo y, cuanto más tiempo nos quedemos aquí, más peligro.

Dio un paso hacia la borda. Se detuvo.

—Oye, ¿quién es ese Casanova que decía el cura?

—Ni idea. Algún aragonés, supongo.

En la mar

Los de la Legión Extranjera francesa pasaron muchas fatigas en España. Mercenarios como eran, los enviaban a los destinos más duros, y no era lo mismo combatir en los Pirineos que en Argelia. Los mandos españoles pedían a los suyos que enseñasen a los legionarios, pero los españoles, indignados porque aquellos cobraban cuatro veces más que ellos, se negaban, por lo que perdieron muchos hombres. Además, eran camorristas y ladrones, y la población los odiaba.

Su primer brigadier fue Bernelle, al que echaron por ladrón. El segundo fue Joseph Conrad, un alsaciano que sabía ser buen jefe en el combate y como un padre para sus soldados en los momentos de paz. Era también apreciado por los mandos españoles, que llegaron a darle el mando del centro del ejército en la batalla de Barbastro.

En su día el capitán Miralles aseguró a Andrés Boix que no había mucho viaje desde El Grao de Castellón al lugar en el que su difunto hermano ocultó el *tresoret*, al comienzo de la guerra civil. No mentía y, si la singladura se alargó, fue por las precauciones que tomó el capitán.

Zarparon con las primeras luces para navegar varias millas al este, como si quisieran llegar a las Pitiusas. Después, con el sol levante, mandó Miralles virar a babor en demanda de su verdadero destino. Así pues, el primer rumbo fue una maniobra de distracción. Sospechaba Boix que navegó en esa dirección y a esas horas también para que, en caso de que alguna nave pequeña los siguiera, les diese el sol en los ojos al otear el horizonte marino.

Bogaron al nordeste unas cuatro horas. Tiempo que se le hizo a Boix de lo más corto y sabroso que había vivido. También estaba Clark a bordo. El americano se mostraba curioso pero, para Boix, aquello era una aventura como las que gustaba de leer. Siempre fue devorador de libros de viaje y exóticos. Una de sus debilidades eran justo las historias marítimas, las de exploradores, corsarios y piratas, desde la *Vida del capitán Contreras* a las vidas de piratas escritas por el capitán Charles Johnson. Pocos sabían que aprendió a leer inglés para poder disfrutar del libro de ese último.

La extensión del mar, tan azul, las costas lejanas, las nubes blancas. Sensaciones de aventura que cobraron fuerza cuando el falucho arribó como a una legua al norte de Oropesa. Arriaron el bote. Habían fondeado tan cerca de tierra que los hombres pudieron saltar con las tercerolas sobre la cabeza y vadear hasta la playa. Casi la mitad de la tripulación acompañó a Miralles a tierra.

En aquella costa, si no se había equivocado al reunir e interpretar las pistas que su hermano Onofre dejó dispersas entre amigos, le aguardaba el *tresoret*. Ese que tenía en vilo a unos cuantos. El formado por alhajas sacras que otros habían codiciado. El que, según creía con firmeza, daba mala suerte a todos los que entraban en contacto con él.

Miralles guio a los suyos unos doscientos pasos hacia el interior, hasta una línea de árboles que servía de linde entre campos. Señaló el espacio entre el tercero y el cuarto, a contar desde el norte.

—Aquí tenemos que cavar, hombres.

Aquellos no eran parajes incultos, sino sembrados de legumbres. Por suerte, no apareció ningún campesino a discutirles el derecho a cavar en su tierra. Aunque ver a tanto sujeto fiero y armado hasta los dientes, desanimaría a cualquier persona cabal de discutir sobre derechos. En todo caso las armas no eran para intimidar a labriegos. La provincia estaba en guerra y el capitán temía la aparición de partidas carlistas.

Sus hombres debían compartir sus recelos, porque cavaron con suma diligencia. La tierra estaba dura pero, contando con ello, el capitán ya se había ocupado de bajar a tierra buenos picos. Y el tesoro tampoco estaba a profundidad abismal. Como a una vara de hondura, calculó Boix. Lo bastante como para que alguien no lo descubriese por azar.

El *tresoret*. Por fin. Dos arcones envueltos en telas de saco. En perfectas condiciones. Onofre Miralles los había enterrado hacía solo cinco años, sin duda con la ayuda de sus hijos, porque un solo hombre no podía transportar cajas tan pesadas.

Cuando abrieron, con las llaves que uno de aquellos amigos había entregado al capitán, no encontraron ese alegre revoltijo de riquezas que tanto les gustaba a los pintores románticos. Nada de objetos de gran valor asomando en un estanque de monedas de oro. Onofre Miralles era meticuloso y, dentro de los arcones, cada pieza estaba a su vez en caja o estuche, dependiendo de su tamaño.

El capitán mismo abrió un par de esos estuches. En su interior, las alhajas estaban envueltas en paños finos y, además, cada una acompañada de documento con detalles sobre su procedencia y dueño. Miralles se dio por satisfecho. Él mismo cerró los arcones. Echó las llaves.

—¡Al barco!

Los arcones pesaban una barbaridad. Pero, previsor, Miralles había hecho traer varas largas. Las pasaron por debajo de las varas, a lo largo y a lo ancho. Y, entre varios, se las echaron a los hombros para transportarlos como si llevaran un paso de procesión. Una imagen —la de los marineros con los arcones a cuestas— que acentuó en Boix la sensación de aventura pirata.

De los árboles a la playa y de ahí al barco. Mandó zarpar Miralles y, como según comenzaban a alejarse de la orilla, avistaron velas, ordenó que guardaran los arcones en su cámara y que aprestasen la artillería.

Pero no era ninguna barca enemiga y sí la de *Furtabous*, que venía en su búsqueda. No se sorprendió nadie de que les hubiera encontrado. Era lógico que el capitán, antes de partir, confiase a su compadre el secreto del escondrijo del *tresoret*, por si a ellos les ocurría algo.

Cuando las dos embarcaciones se abarloaron, el propio *Furtabous* pasó presto a la *Bien Parecida*. Ambos patrones se fueron a popa, a cuchichear largo rato con rostros graves, mientras todos a bordo les observaban a hurtadillas, sin hacer comentarios pero comidos de curiosidad.

Un rato después

El gayato es lo que en español se dice cayado: un garrote de mango curvo. De uso tradicional en toda España —pues sirve para apoyo, defensa si hace falta e incluso en algunos lugares da dignidad—, sigue empleándose en la provincia de Castellón de forma asidua. Uno puede ver en poblaciones como San Mateo a los abuelos sentados en la plaza, con los gayatos colgados en las pilastras. El gayato además tiene un alto valor simbólico en lugares como Castellón de la Plana, por una tradición demasiado larga para explicar aquí.

La curiosidad de todos no hizo sino aumentar cuando el capitán reclamó su atención. Su discusión con *Furtabous* había terminado y la barca de este se apartaba del falucho. Largaban velas para aproar al norte.

Una vez todos congregados, distribuidos de tal forma que no pusieran en peligro la estabilidad de la nave, habló sin rodeos y con aspavientos.

—¡Hombres! Ya sabéis qué contienen esos dos arcones que acabamos de embarcar. Y también sabéis que los facciosos tienen secuestrada a mi sobrina. Muchos sospecharéis que es para canjearla por los arcones. Y tenéis razón.

»Y, hablando de sospechas... está claro que hay espías en El Grao, avisando a la facción de las idas y venidas de nuestros barcos. Seguro que esos espías se han dado cuenta de que esta vez hemos partido con dos paisanos y habrán supuesto, con acierto, que salíamos a recuperar el *tresoret*.

»A mi compadre *Furtabous* le han dado recado para mí, de parte del patrón del *Toscano*, que es el que retiene a mi sobrina. *Potagranota* me conoce bien. Sabe que me comprometí a devolver las alhajas a sus dueños y que he jurado servir al legítimo gobierno de la reina con este barco.

»Como me conoce, sabe que, aunque Mercedes sea mi única familia y lo que más quiero en este mundo, no entregaré el *tresoret* sin pelear. No por lo que vale, que eso no me importa nada, sino porque he jurado. Y la palabra de Joan Miralles va a misa.

»El recado de *Potagranota* es el siguiente: porque fuimos amigos y porque no es hombre de esconderse detrás de mujeres, me ofrece liberar a mi sobrina si salgo al mar a pelear con él. Si juro por Dios ir a su encuentro con el *tresoret*, él jura trasbordar a Mercedes a la barca de *Furtabous* antes de la lucha.

»Por supuesto, he aceptado.

»Os lo explico a todos para que, en el futuro, nadie pueda atribuirme otras razones. He aceptado para liberar a mi sobrina. Y porque *Potagranota* y yo tenemos cuestiones que arreglar. No niego eso. Pero también es una oportunidad para destruir o dañar barcos enemigos. Barcos que nos están perjudicando, atacando barcas mercantes y contrabandeando armas.

»Digo barcos porque imagino que el *Toscano* no nos buscará solo. Seguro que lo acompaña el *Catorce Apóstoles* y puede que alguno más.

»Esto me lleva a lo siguiente de lo que os quiero hablar. El *Bien Parecida* es una nave rápida y marinera. Con ella no temo a nada y a nadie. Pero solo cuenta con dos cañones. El *Toscano* tiene cinco. Y a eso hay que sumar la pieza del *Catorce Apóstoles*. La desventaja es evidente. Y no quiero yo meter a nadie en algo así contra su voluntad. Menos a los de la milicia nacional, que no se enrolaron para esto.

»Cada cual conoce sus circunstancias y hay hombres que tienen que pensar en sus familias. Así que ahora vamos a recalar en Vinarós. Allí podrán desenrolarse los que les convenga. Piénsenlo, hombres. El que quiera que venga a decirme su decisión. Sin apuro, que en Vinarós seguro que les encontramos relevo.

Paseó la mirada por la tripulación.

—Es todo, hombres. Cada cual, a su puesto. Proa al norte. Simó, al timón. En cuento tengamos un momento de sosiego, vamos a sacar los arcones y, a la vista de todos, levantar acta de su contenido. El señor teniente y don Andreu harán de notarios, y el resto seréis testigo. Así todos sabrán lo que mi hermano guardó, sin querer quedarse nada para él.

Después

El estandarte de los templarios era una especie de pendón cuadrilongo dividido de arriba abajo en dos colores blanco y negro... al que dieron varios nombres. Los más comunes fueron balza, baucan, beuceant o bien parecida.

Vicente Joaquín Bastús, *Historia de los templarios*, 1834.

Al discurso del capitán siguieron horas de frenesí. La suya no fue una arenga encendida y altisonante, llena de invocaciones a la libertad y a la patria, como se había hecho costumbre entre los mandos liberales en esos años de guerra. Pero funcionó. Al pensar en ello más tarde, Boix llegaría a la conclusión de que lo había hecho más que bien, pues tocó la fibra de su gente.

No bien acabó, se adelantaron varios, impetuosos, a decirle al capitán que ellos iban con él a donde hiciera falta. Arrastraron con ellos al resto. Y, como el entusiasmo es plaga contagiosa, enseguida estaban todos a bordo gritando vivas a la libertad y muera a los facciosos.

El capitán se metió entre ellos a estrechar manos y a palmear espaldas, con esa actitud de padre benevolente que saben tener, en los momentos precisos, los jefes que lo son de verdad. No se olvidó de mandar que no se agolpasen, para no comprometer la estabilidad del barco. Después, ordenó al despensero sacar buen vino de Málaga de su pañol particular.

No flaqueó nadie. El americano Clark dijo que él les acompañaba si le daban un fusil. Hasta Boix se dejó arrastrar como el resto. Si el *tresoret* iba hacia el norte, él lo acompañaría también.

—Pero ¿sabe usted disparar, don Andreu?

—Claro que sé. Pero, si no me gusta tirar contra pichones, imagine usted contra hombres...

En la pleamar del entusiasmo, calientes por el vino de Málaga, pusieron proa a Vinaroz. Allí fondearon, como prometió el capitán. No fue necesario ir a buscar relevos, porque ninguno se quiso bajar, cosa que tampoco sorprendió a nadie.

En aquel falucho con patente de corso y al servicio de la milicia nacional de Castellón de la Plana, media tripulación estaba a sueldo del capitán, que era también el armador. Costeaba los gastos con fletes que le salían, indemnizaciones, recompensas y presas. También con sus ahorros, fruto de sus años de corsario y de la herencia de su hermano.

La otra media tripulación eran nacionales que se iban turnando. Voluntarios con negocios propios o empleados. Muchos eran pescadores y otros fueron corsarios, antes de buscar una vida más pacífica en tierra. Y algunos jóvenes eran hijos de corsarios. Se criaron oyendo las historias de aventuras y batallas y, deslumbrados, ansiaban emular las hazañas de sus mayores.

No es sorprendente que nadie se desembarcase.

Pero la recalada no fue en vano. Ajustaron lastre para el combate. Ni mucho porque, aunque la exposición a los tiros enemigos sería menor, eso los volvería lentos. Ni poco, porque eso comprometería la estabilidad del buque. También llamaron a un cura, para que los hombres se confesaran, pues iban a la batalla. Y enrolaron a un cirujano.

E hicieron inventario del contenido de los cofres. Por fin se levantó acta de lo que contenía cada estuche y cada caja. Una relación la hizo Jerónimo y otra Andrés Boix,

a petición del capitán, que puso la excusa de que siempre era mejor hacer las cosas por duplicado.

De paso, el capitán aprovechó para desplazar los cañones. El de doce lo sacaron de proa, donde tenía mucho estorbo de jarcias, drizas y foques. Lo emplazaron tras el palo mayor. Y, como ahí tenían el de ocho, a este lo pasaron al espacio entre el palo mayor y el trinquete.

Fue laborioso, aunque a Jerónimo le sorprendió la facilidad con la que liberaron las piezas y pasaron la plataforma de proa al centro del buque. Ya en su día le llamaron la atención esas plataformas, que permitían apuntar a una u otra banda con rapidez, a conveniencia. El capitán, al advertir cómo miraba las operaciones, se explicó orgulloso:

—Es uno de los inventos de don Antoni Barceló. El capitán Carbonell lo aprendió de él y a su vez me lo enseñó. Como me enseñó a leer, escribir y echar cuentas. Me quería mucho el viejo Carbonell. Un día, siendo yo todavía grumete, me llevó con él en una visita que hizo a don Antoni, que para entonces vivía en Mallorca, ya retirado.

Estaba Miralles de un humor extraño, puede que por tanto giro de situación y los tragos de vino.

—«Don Antoni», recuerdo que le dijo, «este chico es Joan Miralles y es grumete en mi barco. Le llaman *Bocapeix* porque es de tierra adentro y, al comienzo, no hacía más que mirarlo todo con la boca abierta. Le he traído para que conozca a uno de los marinos más grandes que ha dado España y pueda guardar memoria de todo cuando yo me haya ido. Hágame usted un favor, D. Antoni: dele usted su bendición al chico, porque creo que llegará a ser un gran marino».

»Eso mismo le dijo. Sí. Y don Antoni me dio su bendición. Fue muy emocionante todo aquello. El capitán Carbonell era tan buen hombre como marino. Y el capitán Barceló fue el marino más grande de su tiempo. Combatió con toda clase de enemigos y a todos los derrotó. No era muy instruido. Por eso los oficialotes de buena cuna se burlaban de él. Pero no le llegaban a la altura del talón y le tenían envidia, por sus victorias y porque el rey le apreciaba.

»No tenía estudios, no. Pero era muy inteligente e inventó toda clase de artefactos útiles. Cuando yo le visité estaba ya retirado y, por supuesto, el gobierno de la nación se había olvidado de él, como ocurre siempre aquí con los grandes hombres. Murió al poco. Que Dios le tenga en su gloria. Era un hombre de pies a cabeza.

Cambió de humor. Lanzó una mirada aviesa a Jerónimo. Se lo llevó aparte, junto a la borda, para que no les oyesen los que estaban montando cañones.

—Ya que hablamos de hombría, teniente. Hágame usted el favor de aguantar el tipo, hombre.

—¿Por qué me dice usted eso?

—¿Cómo que por qué? Porque está usted hecho un manojito de nervios, de un lado para otro y con cara de funeral. Los hombres lo ven. Y eso no es bueno.

Algo abochornado, a Jerónimo no le salieron otra cosa que frases inconexas sobre

la situación, sobre la preocupación por Mercedes... Al oír el nombre de su sobrina, el capitán levantó la mano, no seco y sí casi paternal.

—Quieto. No me miente usted a Mercedes. Que es lo único que tengo en este mundo. Así que figúrese cómo me siento yo. Guarde usted la compostura, por lo menos en público.

—Eso es fácil de decir.

—Y difícil de hacer. Ya lo sé. Pero, si no es capaz, no vale para llevar galones. Que ustedes, los de su generación, los románticos, se emborrachan con grandes palabras y grandes gestos. Que si sentimientos encendidos, que si amores eternos, que si amores trágicos. Bla, bla, bla...

»¡Coño! Se creen que han inventado el mundo. Esto rodaba antes de ustedes y después seguirá rodando. Aquí, todos cargamos con lo nuestro. Yo, en el año cuatro, iba a casarme con una chica del Grao a la que amaba más que al sol y al aire. Y, al volver de la mar, me encontré con que se le había llevado la epidemia de calenturas.

»Volvía yo a casarme con ella y no pudimos ni despedirnos. Ni siquiera pude enterrarla.

Cambió de nuevo de humor.

—¿Y yo por qué le cuento todo esto? A usted no le interesa para nada. No es más que una historia antigua, que se irá conmigo. Como todas mis historias, por otra parte.

»En fin, teniente. Que es duro. Pero mantenga el tipo. Si necesita un trago de algo fuerte, yo le convido con gusto. Y a dos. Pero que no le vean los hombres pasar por cubierta como alma en pena.

A la tarde

Tras derrotar a los liberales en Huesca y Barbastro, el ejército carlista dirigido por Carlos de Borbón pasó a Cataluña. Por la estafalaria hiperterritorialización que suele aquejar a las arquitecturas administrativas españolas, el general Oraá tuvo que detenerse, pues ya era competencia del capitán General de Cataluña, el general Meer. En Cataluña, las ciudades estaban en su mayoría con los liberales y el campo con los carlistas. Es decir, los carlistas eran mayoría abrumadora. Pero sus jefes eran mediocres y territoriales —caciques, llegó a llamarles algún testigo del propio ejército carlista— que se negaban todos a aceptar ningún mando que no fuera el suyo propio. Quizá eso impidió la victoria carlista, porque los catalanes podían alzar muchos batallones de voluntarios; corajudos pero sin entrenar y con poco armamento.

Los carlistas pretendían atacar Barcelona y el general Meer salió a hacerles frente con todo lo que tenía. Se trabaron en batalla el día 12 de junio, cerca de Guisona. Justo las tropas de Meer lograron romper la línea y flanquear por un punto en el que había una unidad de carlistas catalanes bisoños.

Los carlistas sufrieron un gran desastre. No lograron coordinar a los carlistas catalanes y, tras una humillante derrota ante Sampedor, un pueblo sin fortificación ni tropas, donde dos centenares de milicianos nacionales contuvieron a todo el ejército de Carlos de Borbón, este decidió pasar el Ebro para unir sus fuerzas a las de Cabrera.

Ya entrada la tarde, la barca de *Furtabous* arribó a Vinaroz. Se abarloó al falucho y el patrón pasó sin dilación a bordo. Venían del norte, de cerrar el acuerdo para liberar a Mercedes. Y ese acuerdo era el siguiente: el *Bien Parecida* debía navegar hasta un punto determinado —que *Furtabous* confió por lo bajo a Miralles, para que nadie más lo oyese— y la barca se adelantaría a por Mercedes. Así el falucho y el místico se podrían medir a tiros, en igualdad de condiciones.

Al saberse el arreglo, Jerónimo se fue al capitán, a pedirle pasar a la barca. Miralles le miró con la condescendencia del que no se sorprende.

—¿Para qué quiere usted ir?

—Tengo que ir a buscarla. Usted lo sabe.

—No va a ser de ninguna ayuda. Y lo mismo acaban matándole.

—Ese riesgo lo corremos todos.

—No. Veo que no lo entiende. En el *Toscano* hay paisanos nuestros y *Furtabous* es compadre de *Potagranota*, el patrón. Fue padrino en el bautizo de dos de sus hijos. Usted no es paisano ni pariente de nadie. Es oficial de nacionales. Y, por si todavía no se ha dado cuenta, se lo explico yo: en esta puta guerra civil se mata por menos que nada.

—De todas formas le pido licencia para ir.

Torcía el gesto Miralles. Intervino *Furtabous*, irritado.

—Coño, *Bocapeix*. El teniente quiere ir por lo que quiere ir. Deja de joder —se volvió a Jerónimo—. Pase usted a mi barca y no se hable más.

Miralles lo miró atravesado.

—¿Así que no se hable más? Pues no se hable más. De acuerdo, teniente. Recoja usted sus cuatro cosas y pase a la barca de este condenado. Esto tiene sus ventajas. Si no le matan, podrá entregar la relación de alhajas, si es que nos derrota el *Toscano*. Y, si lo matan, podrá hacerlo *Furtabous* por usted. Asegúrese de decirle dónde la guarda. Y vaya usted con Dios.

No bien se dio la vuelta Jerónimo, *Furtabous* hizo amago de pegar un puñetazo a Miralles. Un gesto por lo bajo, porque les estaba mirando la tripulación.

—¡Serás cabrón! Ese quiere venir conmigo porque le importa Mercé. ¿Qué ves de mal en eso? Y tú a meterle miedo.

—Ya. Lo menos que puedo hacer es probar el temple del hombre que se lleva a mi sobrina. Y no me hace pizca de gracia que acaben los dos en tu barca. Así que vente para acá, que te voy a dar un par de instrucciones al respecto.

Al sureste de Punta Baña

Hasta que en el siglo XIX se impusieron los fusiles y los cañones de retrocarga y ánima estriada, el tiro de las armas de fuego era siempre incierto. Al introducir los proyectiles por la boca, existía siempre cierta holgura entre el diámetro de estos y el del cañón del arma. Eso causaba que, al disparar, la bala se impulsase rebotando a lo largo del tubo y saliera con un ángulo que, al cabo de los metros, podía provocar una desviación considerable de la trayectoria, no importa lo bueno que fuese el tirador o el artillero.

Todo eso de los tiradores de puntería prodigiosa, en épocas previas a las armas de ánima rayada, tiene mucho de fantasía. Los ejércitos valoraban mucho más la rapidez en recargar las armas que una puntería imposible de afinar. Para hacernos una idea, una de las claves del éxito del ejército prusiano durante el siglo XVIII estaba en que sus soldados eran capaces de disparar y recargar sus mosquetes tres veces más rápido que sus enemigos, lo que les permitía abrumar a las líneas contrarias con sus descargas.

Cuando *Furtabous* abordó el *Toscano* y se vio cara a cara con *Potagranota*, ambos titubearon. No coincidían desde el comienzo de la guerra, ya que las negociaciones se hicieron mediante intermediarios en barcas de pesca. Luego se abrazaron, porque eran compadres y fueron íntimos muchos años.

Navegaba el *Toscano* al resplandor de una gran luna casi llena, a poca vela. La barca de *Furtabous* lo avistó en el punto convenido. A unas dos millas al sureste de la Punta de la Baña, al sur del Delta del Ebro.

Habrían tenido mucho que contarse, pero no había tiempo de nada. *Furtabous* se fue a abrazar a Mercedes, porque fue su padrino en su bautizo y también en su boda. Tampoco cambió más que unas pocas palabras con ella, antes de volver junto a *Potagranota* para asegurarle que *Bocapeix* estaría con su falucho en la hora y punto acordados.

Después, los dos compadres se despidieron, deseando cada uno al otro que Dios le guardase. Y Mercedes y su padrino se descolgaron a la barca del segundo.

Subirats, con las manos sobre la borda, se quedó observando cómo se apartaba la barca a la luz de la luna. Cómo caía a babor y comenzaba a dejarlos por la popa, al largar todo el trapo. Hizo intención de mandar meter timón a estribor cuando sintió que había alguien a sus espaldas. Miguel Allende, el peruano.

—Aplaudo su acción, patrón, que es propia de un hombre de bien. Pero ¿no tendrá problemas por ello?

—No creo. Si venzo al *Bien Parecida* y me hago con el *tresoret*, ¿qué van a reprocharme? Y, si ellos nos vencen a nosotros, los liberales me ahorcarán, si es que no caigo en combate. Así que, por ese lado, no tengo de qué preocuparme.

—Es una forma de verlo. Pero ¿está usted seguro de que Miralles acudirá?

—Pondría la mano en el fuego.

—¿Y si vienen con él los dos faluchos de los nacionales de Vinaroz?

—Pierda cuidado. Por aquí, cuando uno es patrón de barco, la palabra es la carta de crédito de cada uno. Uno nunca sabe cuándo puede necesitar cabuyería o provisión a cuenta. Y, al que no tiene palabra, no le fía nadie.

»Conozco a Joan Miralles. Vaya que si lo conozco. Empezamos los dos de pajes con el capitán Carbonell, que fue para nosotros como un segundo padre. Y conozco a Mercedes desde que era una niña, porque la recogió Onofre, el hermano de Miralles. El que mataron mis dos hermanos, a los que Dios haya perdonado...

—Creo que ya bastante daño nos hemos hecho. Y, aunque no fuera así, andar secuestrando mujeres son métodos de piratas y no de soldados de una causa santa.

—Estoy de acuerdo. Si salimos de esta, si tiene problemas, pese a toda su confianza, no dude de que hablaré en su favor.

—Se lo agradezco. Y, hablando de hablar, ¿me haría el favor de pedirle al padre Onetto que confiese a mis hombres? Somos buenos católicos y vamos a la batalla. Pídaselo usted y así me voy yo al timón. Tenemos que encontrarnos con el *Catorce Apóstoles* algo más al norte, cerca de la isla de Buda, y se nos hace tarde.

El peruano, hombre meticoloso, había estudiado la cartografía de esas aguas. Por eso se quedó perplejo.

—¿Qué hace el *Catorce Apóstoles* tan al norte? Ahí corre bastantes riesgos de toparse con un barco del gobierno.

—No lo sé. Lo que se traigan esos apostólicos entre manos, es cosa de ellos. Yo me meto en lo mío y ojalá que ellos hicieran lo propio. Lo que importa: una vez reunidos, pondremos proa al sur de nuevo para enfrentarnos con el *Bien Parecida*.

—Al coronel Tamayo no le va a gustar el que usted haya liberado a Mercedes.

—No tiene por qué enterarse. No se lo voy a decir y no pienso dejarlo subir a bordo. Lo avisaré de que me han confirmado que Miralles viene a la batalla y de que tenemos poco tiempo. Si quiere, que me siga la estela. Y si no, que se largue con viento fresco.

En la barca de Furtabous

El color blanco (del baucan) suponen quería indicar la caridad y la blandura con la que debían comportarse con los cristianos, y el negro el furor y la rabia con que tenían que pelear contra los infieles y enemigos de la fe.

Vicente Joaquín Bastús, *Historia de los templarios*, 1834.

En su barca *Furtabous* se las arregló para dar a la pareja intimidad, dentro de lo posible en una nave de esas características. Gracias a la noche, no costaba nada dejarles a proa a solas, mientras no hubiera que hacer con los focos. Fue un reencuentro volcánico, desde luego. Y, al entrever sus efusiones, *Furtabous* no pudo por menos que sonreír, pensando en el disgusto que se habría llevado el cascarrabias de *Bocapeix* de haber estado presente. No por melindres, sino porque lo habría considerado una demostración exagerada, propia de esa moda del Romanticismo que tanto detestaba.

Navegaban al suroeste, en demanda de Vinaroz. Tras largo rato de arrumacos y cuchicheos, se les acabó la intimidad, pues roló el viento y los marineros tuvieron que acudir a las velas, incluidos los focos. Mercedes aprovechó para acercarse al patrón y preguntarle dónde se encontrarían con el *Bien Parecida*.

Ese momento estaba él temiendo. Cuando respondió que en ningún lado, que Miralles había dado instrucciones de otra cosa, ella protestó. Cuando él volvió a negar, ella quiso discutir con tanto ardor que, al final, *Furtabous* perdió la paciencia.

—¡A mí no me levantes la voz y menos en mi barca! A ver si te vas a ganar un tortazo. ¡Anda a proa!

Mercedes se echó atrás, cortada. Se retiró sin acertar a otra cosa que musitar un «perdón, padrino».

Al poco fue Jerónimo el que se le acercó.

—Así que Mercedes es su ahijada.

—Pues sí.

—Ya veo que usted colecciona bautizos, como el capitán Miralles revoluciones.

—Casi, casi. —Sonrió en la penumbra lunar, pues seguían navegando sin luces.

Un silencio.

—¿De verdad que estuvo en todas esas intentonas?

—¿No lo oyó usted de sus propios labios? ¿O piensa que inventa? Ni se le ocurra sugerir eso delante de Mercé, que es capaz de sacarle los ojos.

—Hombre, no digo que mienta.

—Entonces, ¿qué?

—Como a veces se equivoca... recuerde aquella vez que creyó recordar que estaba usted en la expedición de Torrijos. Me preguntaba si no será que a veces confunde los recuerdos.

—Ni se le ocurra tampoco insinuar delante de Mercé que su tío está senil. El que se confunde es usted. Joan Miralles tiene la cabeza clara. Y no se equivocaba: yo estaba en esa expedición.

—Pero usted dijo...

—Ya sé lo que dije. A mí tampoco se me va todavía la cabeza. Estuve allí y las pasamos tan mal como contaba *Bocapeix*. Miento: las pasamos peor. Salvamos la piel de milagro. Gracias a Dios que nos escondió Bonachera en su casa de Málaga. Bonachera *el Viejo*, el padre del condestable del *Bien Parecida*.

Tomó la barca una ola especialmente fuerte por la amura, de forma que el golpe de mar hizo resonar la nave como un tambor y lanzó espuma sobre cubierta.

—Cada uno es como es, teniente. A *Bocapeix* le gusta alardear y a mí vivir tranquilo. Le tengo prohibido que me mencione cuando cuenta sus batallitas. Porque, en este país, por lo que un día te elogian, al siguiente te fusilan. Pero de vez en cuando, como se encandila contando, se le escapa. Le gusta pelear y le gusta contarlo.

—No tiene que convencerme de ello.

—¿Por qué se cree que ahora navega en demanda del *Toscano*? Esos dos no van a pelear por el *tresoret*, ni por la reina ni por don Carlos. Ni siquiera por las deudas de sangre. ¡A mí me van a engañar! Esos dos eran como hermanos y toda la vida se la han pasado disputando sobre quién es mejor marino. A mí no me la dan. Aprovechan para dirimir de una vez por todas quién es mejor capitán de mar y guerra. Son como niños, solo que, en vez de arreglarse a pedradas, lo van a hacer a cañonazos. Malditos fanfarrones.

Tomaron otra ola igual de fuerte y él se apartó para dar órdenes. Luego se le acercó, entre el rumor de olas y chascar de velas, con las ropas alborotadas por el viento nocturno.

—En fin, teniente. Tengo que hacer y me da la impresión de que usted quería decirme algo. Hable y, si no es así, me voy a atender a la navegación.

—Tiene razón. ¿Qué es eso de que va a dejar a Mercedes en Vinaroz y a mí en Castellón?

—Eso quiere *Bocapeix*. Yo soy un mandado. Su sobrina a Vinarós y luego usted al Grao, a que recoja sus cosas y disponga su vuelta a Madrid. Porque ya remató lo que vino a hacer aquí, ¿no?

»Ya que estamos, le aconsejo no viajar por tierra. Tome un barco para Valencia y de ahí, ya por tierra, a Madrid. Con los facciosos sueltos por la Plana, sería un suicidio...

Le cortó el otro, con un ímpetu que raras veces mostraba.

—¡Llévenos a los dos al Grao!

Su interlocutor se quitó el sombrero de ala redonda para rascarse la cabeza, cubierta con pañuelo de colores vivos. Le contempló, al resplandor de la luna, casi como un tío benévolo a un sobrino inmaduro.

—Eso no puede ser, hombre.

—Déjenos usted en El Grao. Estamos en guerra. Si nos separamos así y ahora, puede que tardemos años en reunirnos, si es que lo hacemos alguna vez.

—¿Cree que no lo sé? Eso quiere *Bocapeix*: separarlos. No es cosa mía. Si por mí fuese...

—¿Es que le tiene miedo?

—Mida usted sus palabras. Que Martí Ferrer no tiene miedo a nada ni a nadie. Pero, si los dejo juntos en El Grao, *Bocapeix* me mata. Y, si no lo hace él, lo hará mi mujer en cuanto sepa que ayudé a que Mercé se escapase con un hombre para vivir en

pecado. No puede ser.

—Pero nosotros...

—Que sí. Ya sé. No puede decirme nada que no sepa. Le entiendo, pero no insista.

Aunque agitado, Jerónimo no había alzado la voz, al contrario que Mercedes. Hablaba bajo, cosa que agradeció *Furtabous*. Este último se encasquetó disgustado el sombrero. Bien calado, no fuera que se lo arrancase el viento. Se arrimó a él para susurrarle.

—Mire. A mí me disgusta tanto impedimento que les pone mi compadre. No está bien. Pero soy buen cristiano y tampoco me parece católico que se escapen los dos.

Le puso la mano en el antebrazo, para que no le interrumpiese.

—Deje que acabe. Desde que *Bocapeix* me mandó separarles, he estado pensando. Mercé es mi ahijada y su padre era para mí... Bueno. Al grano. Le voy a proponer algo: si ustedes dos se casan por la iglesia, les dejo en El Grao. Entonces sí que podré hacerlo con la conciencia tranquila.

Mercedes, cerca de proa, observaba el cuchichear de esos dos, comida por la curiosidad, estorbada en el mirar por el trinquete y el trasiego de marineros. A veces, le alcanzaba algún roción, pero casi no se daba cuenta.

Vio a *Furtabous* apartarse de Jerónimo para encender con sus manos los fanales, pues navegaban sin luces. Sabía de qué hablaban, pero no qué. A punto estuvo de morderse las uñas cuando su padrino regresó junto a su amante.

—Como le dije, no tengo toda la noche. ¿Qué decide?

—Que de acuerdo.

—Bien. Así responden los hombres. Pero estos negocios son cosa de dos, así que vaya a hablar con Mercé. Vaya, que a esa le va a dar algo. Lo discuten y luego venga usted con lo que hayan decidido. Usted, teniente, no ella. Que no estoy esta noche para discutir.

En el Bien Parecida

Los carlistas, sabiendo que los de la Legión Extranjera Francesa eran buenos soldados, les ofrecían recompensas por pasar a su bando. Muchos aceptaron y, así, se puede decir que se formó una segunda en su bando. Los llamaban los Argelinos y estuvieron en la expedición que marchó contra el Alto Aragón y Cataluña. Quiso la suerte que, en la batalla de Barbastro, quedasen cara a cara. Según contaron testigos, al verse ante compañeros, unos y otros se pararon, se saludaron, se preguntaron por sus cosas y, acto seguido, se mataron como lobos. Fue una carnicería. Murió el jefe de la Legión, el brigadier Conrad, al que el general Oraá había confiado el centro del ejército liberal. Ambos cuerpos de ejército quedaron casi exterminados en la lucha fratricida.

Tiempo después los supervivientes ayudarían a crear en Francia una nueva Legión Extranjera, que es la de hoy en día. Y, cosas de la vida, no pocos carlistas fugitivos encontrarían plaza en ese cuerpo de mercenarios.

A toda vela hacia el noreste en la noche, con el viento silbando entre las jarcias y haciendo restallar las lonas. Hacia el punto acordado. Se encontrarían con el *Toscano* a unas seis millas al sureste de Punta Baña, quizá porque allí era menos probable que aparecieran por azar faluchos de la milicia, navíos del gobierno o barcas carlistas.

O eso oyó Boix a Simón, el timonel de los momentos críticos. También le oyó rezongar que «vaya noche para batalla, con ese ventarrón del demonio». Miralles pescó el comentario y se echó a reír, con la brasa del cigarro brillando roja en la negrura.

—¡Cuervo! ¿Nunca te cansas de protestar? Tenemos atmósfera despejada, viento en las velas y luna casi llena para vernos bien al pelear. ¿Qué más se puede pedir?

En efecto, con ese viento tenían buena visibilidad. Y, al oeste, lucía una luna grande y blanca. A su resplandor el mar era una extensión de sombras que se agitaban, salpicadas de espuma blanca. Un paisaje fantasmagórico, muy de la estética romántica, que no podía por menos que apreciar un pintor como Boix.

Pintor que ahora estaba descalzo, siguiendo los consejos de la marinería.

«Descálcese, señor. En cubierta se pelea descalzo. Con el mar, el viento, las escoras de cañonazos y las bordadas para despistar al enemigo, es fácil resbalar y caer al agua».

También le animaron a desnudarse de cintura para arriba, apenas avistasen al *Toscano*.

«Que, con los cañonazos y fusilazos, la cubierta se va a llenar de brasas. Si eso es malo en un día normal, esta noche de viento... Siempre hay viento al sur del Delta, pero hoy lo sopla el mismo Diablo. Nos empuja a la batalla. Tiene prisa el cabrón por cobrarse su ración de almas».

«Usted es hombre de educación, don Andreu. Imagine la batalla con este viento y las bocanadas de brasas volando. Si se le cuela una por el cuello desabrochado de la camisa... Quítesela o abróchela bien, como el patrón. Y quítese la levita, que le va a estorbar. Pero, si se deja la camisa, deje también el chaleco para que lo proteja un poco».

Se preguntaba Boix cómo iba a parar el chaleco las balas. Pero, como aquellos hombres le hablaban con buena intención, no replicó nada.

Al final, no le entregaron un fusil. El patrón le había rogado que atendiese a los heridos, junto con el cirujano y el criado, «que los criados saben de todo un poco». Y él aceptó encantado, contento de pelear sin pelear.

No llevaba sus útiles de pintor, ni le habrían servido de nada, con tanto oleaje. Pero pintaba cuadros en su cabeza mientras el falucho volaba hacia el noreste, con las velas hinchadas de viento y la mar rompiendo estruendosa contra la amura. Atronaban las velas, chascaban los cabos. Y la mar abierta se agitaba de manera imponente al claro de la luna. Todo eso lo guardaba él, en acuarelas y óleos en su mente.

En algún momento el patrón, que iba por cubierta supervisándolo todo, se le acercó por si necesitaba algo. Él aprovechó a preguntar si no izaban banderas para la batalla, aunque fuese de noche. Lo hizo quizá porque se había imaginado un cuadro de barcos a la luz de la luna, con banderas ondeando en los mástiles.

—No, don Andreu. Las banderas se izan al amanecer y se arrían al ocaso. Sus colores no se distinguen en la oscuridad. De noche, todas las banderas son negras.

Y seguían a rumbo, a través de la noche, entre agitar de grandes velas triangulares. Allí aprendió Boix que navegar a todo trapo es moverse en todas direcciones, sentir el viento, embarcar agua. Y que todo es ruido: atronar de velas, crujir de cabos, rechinar de maderamen, golpes de mar, voces de mando. Pese a todo y para su posterior asombro, se adormiló. Se sentó en un rincón donde no molestaba y, abrigado con la levita, dormitó.

Le espabiló un grito desde lo alto del trinquete. Allí el grumete, encaramado como un mono, sufriendo viento y frío, hacía de serviola. Lo que gritase, no lo entendió Boix, pero sí los marineros, que pasaron el aviso. Y la reacción de Miralles fue llamar a las armas.

Eso acabó de despejarle. Sin duda, el chico había avistado al *Toscano* a la luz de la luna, aún invisible para los de cubierta.

La marinería se descamisaba con la rapidez que da la práctica. Lo mismo estaba haciendo Clark. Boix, tras quitarse la levita, se cerró bien la camisa con el nudo del pañuelo. El *Bien Parecida* estaba virando a estribor y los encargados repartían tercerolas, balas y pólvora. Era costumbre en ese falucho no entregar armas hasta el último instante. Miralles prefería el riesgo de la demora a que sus hombres anduvieran por la cubierta de un barco en movimiento con fusiles cargados, con el peligro de accidentes que eso comporta.

Simón estaba ya al timón. Cerca de él, Miralles oteaba por estribor, asomado a la borda. En algún punto por la amura, si el grumete no había visto espejismos, navegaba el enemigo. Y era de suponer que ellos les habrían avistado a su vez y estarían también cambiando de rumbo.

Colgaba la luna a occidente, a sus espaldas. Gritaba el grumete que el *Toscano* estaba tres cuartas por estribor. Alguien de cubierta también lo vio y enseguida los demás. Mandó el patrón, aunque los suyos eran veteranos, que cada cual aguantase en su puesto, no fuese que pasaran todos a esa banda y causaran escora.

A Boix y Clark se lo tuvieron que señalar. Sí. Allí estaba. Una nave sin luces, proa a ellos. Con velas triangulares blancas a las que la luna daba resplandor espectral.

Luego, todo se aceleró. Si la singladura nocturna le había resultado a Boix casi intemporal, después fue como si, de golpe, el tiempo acumulado corriese en torrente.

Ambos buques llegaron al cruce con las velas hinchadas, a toda velocidad, separados varios cables. Se dispararon cañones y fusiles en descarga cerrada. Comenzó ahí la batalla entre el *Bien Parecida* y el *Toscano*. La que había de decidir

el destino del tesorillo y quién de los dos patrones era mejor capitán de mar y guerra.

Fue un combate que los pasajeros no pudieron entender. Hecho de maniobras, bordadas, cambios de rumbo repentinos. Boix, entre el fragor, el ajetreo y el griterío, se pintó por un momento un cuadro del falucho y el místico bombardeándose en mitad de la noche, en un paisaje marino agitado, descolorido por la luna y salpicado por el resplandor rojo de los disparos.

Miralles y Subirats empezaron en la mar juntos. Con el capitán Carbonell aprendieron a leer y a escribir, a navegar y a batallar. Por eso combatían de igual manera. A toda vela, dando bordadas de continuo para desconcertar a los artilleros enemigos. Buscando una distancia en la que los tiros hicieran daño, pero no tan cerca como para que un único disparo enemigo afortunado les destrozase.

Los antiguos navíos de línea —que ambos patrones llegaron a conocer—, los de dos y tres cubiertas de cañones, eran castillos flotantes que se cañoneaban. Esos dos barcos eran avispas que navegaban sin descanso, buscando el mejor viento, con golpes de timón y maniobras de velas. Entre disparos, estampidos, fogonazos, gritos y batir de lonas.

Los marineros no habían exagerado. Los cañonazos expulsaban nubes de pavesas que, a veces, los golpes de viento lanzaban a cubierta, sobre los hombres medio desnudos que, en esos momentos, parecían fogoneros del infierno.

Se buscaban, se cruzaban sin tregua, a veces casi dando vueltas uno en redor del otro. Silbaban balas y metralla. Cuando los tiros quedaban cortos, alzaban surtidores de agua salada junto al casco. Si iban altos, pasaban aullando, rasgando velas y dañando obenques. En ocasiones una bala de cañón reventaba parte de la borda con un diluvio de astillas. Otras, daba alguna contra el costado, haciendo retemblar y retumbar el barco.

Había bajas y desperfectos. Pero Clark, que no dejaba de disparar su fusil, se percató de que los tiros buscaban sobre todo dañar la arboladura y las jarcias, los cabos que sujetaban los palos. Si conseguían romper las suficientes, estos perderían estabilidad y el buque quedaría en inferioridad ante el enemigo. Por eso, parte de los marineros se afanaban como locos en sustituir los rotos por nuevos cabos.

Aunque el *Toscano* armase cinco cañones frente a dos del *Bien Parecida*, su ventaja no era tanta. Tenía dos a proa, a cada banda, y lo mismo a popa, y solo uno en el centro capaz de disparar en todas direcciones. Así que, en realidad, eran tres piezas contra dos en cada enfrentamiento.

Cada vez que se cruzaban, el místico era una sombra sin luces que cortaba las olas, con las velas rasgadas ondeando como fantasmas, alumbrado por los disparos. Ellos, como los del falucho, estaban ya medio ciegos de tantos fogonazos y chispas, ensordecidos por las explosiones, atufados por el humo, quemados por las pavesas.

Iban a cruzarse de nuevo, esta vez estribor contra estribor. Miralles iba a mandar meter más a esa banda cuando advirtió un relumbrar rojo a babor. Un disparo que delató la presencia de otra embarcación, más pequeña. Un instante después, les llegó

el retumbo del cañonazo.

—Patrón. Otro barco a babor.

—Ya lo he visto. Será el *Catorce Apóstoles*. Pero, ahora, atento al *Toscano*.

Advertidos por el tiro, pudieron columbrar una barca de dos palos, también sin luces. Su proyectil debió perderse. Se cruzaron con el *Toscano* a varios cables, cambiando bala y palanqueta entre estruendo, chispas y humo. Luego siguieron a rumbo algo más que otras veces, antes de virar.

—Atento, Simó. Que esto se complica.

—Tú ordena, que aquí estoy yo con siete ojos y ocho manos.

Eran ya altas horas de la madrugada. Se estaba poniendo la luna. Mandó Miralles poner proa a la del *Toscano*, que ya acudía tras virar también. Mandó que los dos cañones cargasen bala, palanqueta y doble de metralla. Y apuntar los dos a estribor. Eso era que iban a pasar entre los dos barcos carlistas. Todos se apercebieron, pero nadie dijo nada. El patrón sabría lo que se hacía.

Iba cayendo el *Bien Parecida* a estribor. A babor lo hacía a su vez el *Toscano* y, sin duda, el *Catorce Apóstoles*. Estos dos últimos tratando de atrapar al primero entre su fuego cruzado y aquel, en apariencia, tratando de evitarlo. Era una treta de Miralles, claro, y así lo entendieron enseguida los veteranos. Aquello era un juego de estrategia, en el que cada patrón trataba de imaginar cómo iba a maniobrar el otro.

Mandó Miralles timón a babor. El *Bien Parecida* entró en la trampa, pasando esta vez bastante más cerca del *Toscano* que en anteriores ocasiones. Que era lo que Miralles pretendía desde el principio. Convertidos en dos sombras recortadas contra las estrellas, se dispararon una vez más. Y esta vez, por el ocaso de la luna, los fogonazos lo alumbraron todo con más crudeza si cabe. Acertó el patrón del falucho al cargar sus cañones y no tanto el del místico. Este lo había hecho con balas que rompieron la borda y abrieron una vía de agua en el costado. Pero la descarga de aquel, a distancia corta y con esa munición, fue un huracán de proyectiles que barrió la cubierta enemiga, rompiendo obenques, astillando obra muerta y derribando hombres.

No se había disipado el humo ni el eco del estruendo de la descarga cuando, a babor, se produjo una gran deflagración que, por un instante iluminó la superficie del mar. Un instante después les llegó el sonido de la explosión. El cañón del *Catorce Apóstoles* —por defecto, accidente o porque le metieron pólvora de más— había reventado.

—Un problema menos, patrón.

Seguir a rumbo. Recortar bajas. Reparar daños y recargar armas. Ya se iba la última luz de la luna. A ese resplandor final, trataba Boix de taponar el balazo que acababa de recibir Clark, que maldecía en inglés y en algún idioma indio.

—¿Los hemos dañado?

—¡Yo qué sé! Calle y déjeme hacer, que se me acumula el trabajo.

Pese a los muchos proyectiles caídos sobre el *Bien Parecida*, no había tantas

bajas. Grandes destrozos y heridos muchos, casi todos por astilla o rebote. Se dijo Boix que la probabilidad de recibir un balazo a esa distancia, en la mar y de noche era baja. Sobre todo si se estaba atento a los destellos de las descargas y se agachaba uno a tiempo. Otra cosa eran los rebotes y las esquirlas, porque las balas eran de plomo y las maderas de las naves duras.

Ya viraban al resplandor de las estrellas, que luna no quedaba. Miralles tuvo la sensación de que el enemigo maniobraba lento. Eso pensó también Simón.

—A ese le hemos aviado, patrón.

—Pues vamos a rematarlo.

Mandó granada en el cañón de doce, y palanqueta y tres de metralla en el de ocho. Se la jugaba y acertó. Porque el *Toscano* se les enfrentó a poca velocidad y maniobrando con dificultades. Aprovecharon eso para pasar por estribor, que era la banda donde más destrozo habían causado. Esta vez el intercambio, en esa oscuridad sin luna, fue como el llamear en las cocinas del infierno. Gritos, explosiones, silbido de balas. Bonachera, el condestable, con el cañón de doce, no perdonó. La granada explotó en plena proa del *Toscano*.

El *Bien Parecida* también se llevó lo suyo. Más daños y más heridos. Uno de los que cayó fue el timonel, alcanzado por una bala. Miralles tomó la rueda y solo cuando tuvo la nave a rumbo, y dejaban ya por popa al enemigo averiado, preguntó en la oscuridad:

—¡Simó! ¿Estás vivo?

—Date por contestado.

—¿Puedes levantarte?

—Te habrás creído que estoy aquí tirado por gusto.

—¿Será posible? ¿Ni medio muerto se te quitan las ganas de seguir gruñendo?

Gritó que había un herido junto al timón. Acudieron Boix y el criado a sacarlo. Miralles maniobró para virar en redondo. Como la noche era despejada y llena de estrellas, pudo columbrar al *Toscano*, que navegaba con obvias dificultades. Pero Miralles no se iba a arriesgar. Conocía a Subirats y todo podía ser una trampa. Mejor vigilar. Si trataban de huir los seguiría. Pero, si no, se mantendrían al paio hasta el alba. Gritó que cobrasen velas y que todos los que pudiesen acudieran a reparar jarcias.

Del *Catorce Apóstoles*, ni rastro. Debió irse a pique tras la explosión. Se limpió los ojos, que lagrimeaban por culpa del humo de pólvora. Silbaba el aire y hacía frío, como suele ocurrir antes de amanecer. No era momento de echar un trago, porque había que dar ejemplo a la tripulación. Pero un cigarro sí que se lo había ganado. Llamó para que alguien se pusiera al timón y se fue a inspeccionar el estado de su barco.

A Boix le relevaron tripulantes que sabían de curar y que antes estuvieron ocupados combatiendo o a las velas. Encendieron algunos faroles para atender mejor a los heridos, con llamas al mínimo. Y Boix, libre de obligaciones de golpe, luego del

ardor del combate, pudo alzar los ojos para contemplar esa bóveda de millones de estrellas. Un espectáculo imposible en tierra. Por un instante, imaginó un cuadro de ese firmamento, uno que le llevaría años, si quería retratar a cada una de las estrellas.

Pero no había sosiego ni silencio a bordo. A los ruidos de los trabajos y a los golpes de mar, se sumaban las exclamaciones de los heridos, las invocaciones a Jesús, la Virgen María y los Santos, así como los ruegos de los que se consideraban en peligro de muerte, que pedían a los compañeros que trasmitiesen unas últimas palabras a la mujer, los hijos o los padres.

Boix se lavó las manos con agua de mar. Fue a interesarse por el balazo de Clark y dejó luego que le atendiesen sus heridas de astillas. Se dio cuenta de que, en efecto, el chaleco le había protegido de las pavesas, al precio de quedar arruinado. Alguien le había dicho que, entre el ocaso de luna y el alba debía transcurrir una hora, pero a él se le hizo una eternidad.

Pero comenzó a amanecer al cabo, con viento gélido y agitar de olas grises. Y allí, entre dos luces, a pocas millas, aguardaba al paio el *Toscano*.

Ahora sí mandó Miralles izar banderas. A popa la roja y gualda, con la divisa de *Libertas et Felicitas*. Y, en el palo mayor, el baucan blanco y negro. Todos a sus puestos y a navegar, no proa al enemigo sino alejándose para luego virar. Para tener mejor viento y llegar al intercambio de disparos con más velocidad.

La maniobra se le hizo larga a Boix. Y no solo a él. Al aproar al buque enemigo y acercarse, conforme había más luz, fueron distinguiendo detalles. Si el *Bien Parecida* iba tocado, el *Toscano* mucho más. El trinquete había cedido y reposaba sobre el mayor. Por toda la nave había destrozos mayores, visibles a distancia. Pero la cubierta hormigueaba de hombres y enarbolaban, a popa, una enorme bandera nacional. Y, en lo alto del palo mayor, otra igual de grande, negra con calavera y huesos largos blancos. La de los realistas furibundos de Cataluña y el Maestrazgo.

Les aguardaba sin navegar, puede que porque no podía con la arboladura así dañada. Aunque eso no les hacía inofensivos, pues los artilleros podían igual disparar. El *Bien Parecida* se les acercaba buscando el ángulo más favorable. En silencio, sin más voces que las de mando.

Y, cuando ya estaban casi a tiro efectivo, los del *Toscano* arriaron banderas para izar otras blancas. Miralles se fue a la banda para otear con el catalejo. En cubierta del *Toscano*, los tripulantes agitaban lienzos, sábanas, camisas. Dio una voz bronca que todos oyeron en aquel buque que navegaba en silencio:

—¡Atentos! ¡Desarmatillen armas y que no se le escape un tiro a nadie! ¡Blanca, hombres! ¡Bandera blanca!

Poco después

Formaron sus cadáveres una enorme pirámide, que si bien frágil y de poca duración, quedó su memoria consignada en los anales de nuestra patria... eterno monumento que recuerde a las futuras generaciones los horrorosos resultados que se debe prometer el hombre de esas terribles luchas provocados en los pueblos por la ambición de unos pocos en perjuicio de muchos y para oprobio de la humanidad.

Dámaso Calvo, *Historia de Cabrera y de la guerra en Aragón, Valencia y Murcia*, 1845.

Juan Miralles se inició en el corso con el capitán Carbonell, que a su vez navegó con el capitán Barceló. Heredero de siglos de tradiciones corsarias, lo primero que hizo fue asegurar la presa. Abarló el *Bien Parecida* al *Toscano* y mandó desarmar a los supervivientes. A los, más o menos, ilesos los encerraron para no correr riesgos. Atendieron a los heridos por simple humanidad y conforme a las leyes de la guerra. Entre estos últimos estaba el patrón, Francisco Subirats, *Potagranota*, que tenía una pierna rota y heridas de metralla.

Luego, contra las costumbres corsarias antes aludidas, Miralles pasó a bordo del barco capturado. Anduvo por cubierta, examinando los destrozos causados por las balas y la metralla. El viento agitaba los jirones de velas rasgadas. Resplandecían las aguas con esa luz tan propia del alba en la mar. Olía a salino, a pólvora y serrín.

Se llegó a saludar a Miguel Allende, del que ya había oído hablar.

—Sé que se portó usted bien con mi sobrina y quiero darle las gracias.

—No las merece. Hice lo que hace un hombre que se considera hombre. Si le viene bien, cuando la vea, trasmítale mis respetos.

—Con gusto. Sé también que usted vino a buscar el pomo con la astilla de la Vera Cruz para don Carlos. Tendrá que entender que no puedo dárselo.

—No siempre se gana, capitán. Lo entiendo. Entre usted y yo no hay agravio por esto.

Se interesó luego Miralles por un par de heridos que eran paisanos y conocidos, y les deseó un pronto restablecimiento. Y, al fin, se animó a acercarse a dónde atendían a Subirats. Iba incómodo como un niño. Es mal trago verse las caras con un antiguo amigo convertido en enemigo, sobre todo si ninguno de los dos lo buscó.

Estaban curando a Subirats de heridas en brazo, torso y cadera. Miralles lo observó desde arriba, sin saber qué decir. El otro le devolvió la mirada con ojos empañados. A falta de algo mejor, el patrón del *Bien Parecida* se dirigió a los que le atendían.

—¿Saldrá de esta?

—Sí, capitán. Saldrá —le respondió uno, catalán del Delta a juzgar por su habla.

Volvió a observarle. Sentía el aire marino en las mejillas. Y no se le ocurrió nada mejor que decir que:

—Coño, *Potagranota*. Siento encontrarte así.

—Y yo.

—Ha sido una gran batalla.

—De las que uno cuenta a los nietos, si es que los tiene y llega a sentarlos en las rodillas.

—Mi barco está hecho astillas, casi tanto como el tuyo.

Se quitó de golpe el frigio negro para blandirlo en dirección al caído.

—¡Queda claro quién de los dos es mejor capitán de mar y de guerra!

—¡Por los cojones queda claro! —Subirats tosió del enfado—. La mayor parte de mi tripulación son pescadores y mercantes, y los tuyos veteranos del corso.

—Si ya lo sabías, ¿por qué te metiste en una pelea nocturna?

—Porque tenía la ventaja del *Catorce Apóstoles*. ¿No recuerdas lo que contaba siempre don Damiá Carbonell? Cómo el capitán Barceló usó naves minúsculas para bombardear Gibraltar. Tan pequeñas que los ingleses renunciaron incluso a dispararles.

»Contaba con que, siendo barca de *bou* y de noche, os cañonearían con ventaja. Y van los muy idiotas y el cañón les explota... Lo dicho. Los tuyos son veteranos de la guerra y los míos no. De no ser así, tú estarías en mi lugar y yo en el tuyo.

Luego sabría Miralles que, además, en el penúltimo envite, su descarga derribó tanto a Subirats como a su segundo en el mando, además de causar grandes daños. Por eso, la última vez, el místico maniobró tan lento, por el castigo y la falta de mando.

Volvió a blandir el frigio negro.

—Eso habría que verlo. Ya veo que de bravucón no te cura ni el plomo.

—Mira quién fue a hablar de bravucones...

Aquello hizo sonreír a Miralles. Fue de acá para allá, buscando palabras.

—Mira, *Potagranota*. Estuve pensando. Creo yo que ya tenemos bastantes muertes entre ambos. Tus hermanos mataron a mi familia y yo maté a tus hermanos. Si te mato ahora, tus hijos tendrán que venir a buscarme... En fin. Quiero decir que las cosas tienen que parar antes o después. Te propongo de hombre a hombre que acabemos con esto, si estás de acuerdo.

—Lo estoy. Ya me disculpé con tu sobrina Mercé por todo el mal que le causaron mis hermanos, a quien Dios haya perdonado.

—Así hacen los hombres.

—Y ahora quiero pedirte perdón a ti por lo mismo.

—Y yo a ti por lo de tus hermanos. Debí entregarlos a las autoridades.

—Les habrían fusilado de todas formas.

—Es igual. Uno no debe tomarse la justicia por su mano.

—No sé qué les pasó a mis hermanos. Te lo juro. Tú sabes que ellos no eran así.

—Yo no le daría vueltas a eso. Es la guerra civil, que vuelve a los hombres malos. El otro fue a responder. Miralles agitó el gorro.

—Basta, hombre. Deja que te curen, que te vas a morir aquí, en cubierta. Ya hablaremos. Ahora me voy. Tengo obligaciones que atender. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Manda a alguien para que pueda dictarle una carta a mi mujer y a los chicos. Quiero despedirme de ellos y decirles que ya no hay cuentas entre tu familia y la mía. Y envía a alguien para que me enderece la pierna rota, por caridad. No quiero que me ahorquen a la pata coja.

—No te ahorcarán ni de pie ni sentado. A los que rindieron tu barco les di mi palabra de que se respetarían las vidas. Y la palabra de Joan Miralles va a misa.

Y con esas se volvió a su falucho, a interesarse por daños y bajas. Tenían tres

muertos y algunos de los heridos estaban graves. Fue a saludar a sus pasajeros. A Clark le estaban vendando un tiro en el hombro. Boix estaba casi indemne, aunque cubierto de sangre y con la ropa llena de agujeros chamuscados por las pavesas.

—Don Andreu. Espero que tanta sangre no sea suya.

—Casi toda es prestada. —No alardeaba, porque alguna astilla le había lacerado.

—Quiero agradecerle que siguiera atendiendo a mis heridos cuando el combate se puso duro de verdad.

—Gracias, patrón. Pero, para mí, el combate se puso duro desde que se disparó el primer tiro.

Sonreía Miralles ante la salida cuando se aproximó Simón, con el pecho vendado y apoyándose en el grumete. El tiro que recibió era un rebote y, aunque le dejó malparado en el momento, fue más la contusión que el desgarró. Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Patrón. ¿Qué hacemos con esos?

«Esos» eran los supervivientes del *Catorce Apóstoles*. La explosión de su cañón había destrozado el centro de su barca y estuvo haciendo aguas mientras el falucho y el místico seguían su pelea hasta ponerse la luna. Al alba, se partió por fin por la mitad. Casi todos los supervivientes del estallido se fueron al fondo. Quedaban tres o cuatro a flote, sobrenadando agarrados a los restos del naufragio.

—No es de cristianos dejar que los hombres se ahoguen. No está bien y da mala suerte. Manda al bote a recogerlos y, según los subáis a bordo, ahorcadlos.

—¿Y de qué verga quieres que les colguemos? No queda una sana.

—No me vengas ahora con detalles, coño. Si no hay vergas, les dais garrote.

Advirtió la expresión de Boix.

—No se apure, don Andreu. Esos son apostólicos, así que habrán venido a la lucha comulgados. Irán de cabeza a la vera de Nuestro Señor, que es bueno y lo perdona todo.

—No como los hombres —gruñó Simón.

—Tú lo has dicho. No como los hombres.

—¿Qué vas a hacer con los del *Toscano*?

—Iremos a Vinarós y los entregaremos a las autoridades. ¿Qué te pasa, hombre? ¿El balazo te ha dado ganas de cháchara?

—No, patrón, pero en el *Toscano* está un primo mío que he visto que ha salido vivo. Me preocupa. Tú les habrás prometido la vida, pero el comandante militar de Vinarós les hará fusilar.

—Parece mentira que no me conozcas. Joan Miralles siempre cumple, ¡aunque no lo quiera el mismo Papa! Tú ocúpate de lo tuyo. Anda a recoger a esos, que se van a ahogar todos y luego tendremos un temporal de castigo por cada muerto.

—Voy, patrón. Pero tú lo has dicho. Son apostólicos. ¿Y si hay algún cura entre ellos?

—Si lo hay, a ese le ahorcáis primero. No le des tiempo a abrir la boca para que

no confunda a los hombres con su palabrería.

Vinaroz

Tres eran los objetos más sagrados del Templo de Salomón: el arca de la Alianza, la mesa de Salomón y el Menorá. La primera desapareció durante el destierro de los judíos en Babilonia. Los otros dos fueron llevados a Roma tras la destrucción de Jerusalén. Alarico el visigodo se llevó la mesa, que acabó en Toledo y desapareció con la invasión musulmana de España. El Menorá fue botín de los vándalos, que lo llevaron al norte de África. De ahí lo rescató el general Belisario, que lo envió a Jerusalén, como símbolo de amistad del emperador romano de Oriente a los judíos. Allí desapareció en algún momento.

Según la falsa orden de Sant Mateu, estuvo oculto durante siglos, hasta que lo rescataron los caballeros de Montegaudio, que lo trasladaron a España. Pasó luego a poder templario y, siempre según los de Sant Mateu, por motivos nunca aclarados, habría llegado a su poder.

Cuando Andrés Boix le mostró el famoso candelabro, Clark tuvo que reírse. Fue en un parador de Vinaroz, a donde arribó el *Bien Parecida* con el *Toscano* como presa. Vinaroz tenía, de antiguo, astilleros afamados, cosa que no dejó de anotar Clark en sus informes comerciales. Además, era el puerto más norteño de la provincia de Castellón y furibundamente liberal. Por todo ello el capitán puso proa hacia allí. Y allí atendieron a los heridos, entre ellos al propio Clark, que ahora andaba con un brazo en cabestrillo.

No bien atracaron para reparar los muchos daños, entregó Miralles la cruz y el candelabro a Boix. Y este enseñó el segundo a Clark, señalándole las pruebas obvias de que aquello podía ser muchas cosas, pero no el famoso Menorá del Templo de Salomón.

Un lego podía engañarse a simple vista, dada su antigüedad. Un candelabro de casi cuatro palmos de altura y siete brazos. Uno recto, central, y seis curvos formando tres semicírculos concéntricos. El típico candelabro hebreo, que tenía ese diseño desde hacía milenios.

Pero, enseguida, el dedo de Boix le señaló las evidencias del fraude.

—Mire aquí. Esto no es oro. Es latón dorado y, de puro viejo, la capa se ha ido en algunos puntos.

En efecto, se apreciaba que, en ciertas zonas sobadas había perdido el dorado. Asomaba debajo un metal distinto. Clark todavía quiso alegar:

—¿Y si la leyenda decía que era de oro y no lo era?

—Buen argumento. Pero fíjese en los adornos de la base. El toro, el león, el águila y el ángel. Los cuatro seres de los evangelistas, que eran simbólicos para los judíos y otros pueblos, como los caldeos. Este estilo no tiene nada que ver con ningún arte antiguo. Es más, aunque no estoy seguro y tendré que consultarlo, me parece que los judíos adoptaron este simbolismo durante su destierro. En tiempos de Salomón, todavía no se usaba.

—¿Cree usted que es de época posterior?

—No lo sé. Podría proceder de alguna sinagoga extranjera. O tal vez lo usaron aquí los judaizantes, en sus cultos clandestinos. Sé muy poco sobre los judíos. Interesarse por ellos era una buena forma de que la Inquisición se fijase en uno y eso ha dejado su huella.

»Pero, por la capa dorada y los adornos, me inclino a pensar que no es más que una falsificación del siglo pasado.

—¿Para qué haría alguien algo así?

—Creo que los de la orden de Sant Mateu lo fabricaron para impresionar a los incautos. Presumían de haber heredado la tradición de los templarios y otras órdenes que estos absorbieron.

A Clark, aquello de la «herencia templaria» le hizo casi gracia. Pensó en el alemán. Aunque hubiese hecho el viaje en balde, tuviera un brazo en cabestrillo y lo que estaba escuchando fuese el tiro de gracia al sueño de Burr, tenía que sonreírse.

Por lo visto, los que se arropaban con la legitimidad de la «herencia templaria» eran legión por todo el mundo.

—¿Por qué guardaría la Inquisición este trasto?

—Porque era una prueba. La Inquisición era un Tribunal que juzgaba casos de herejía, apostasía y cosas así. Creo que prendieron a los de la orden de Sant Mateu por andar jugando con objetos como este. Sospecharían que eran masones o judaizantes, y les metieron a todos en las mazmorras.

»En cuanto a los napoleónicos, eran soldados que obedecían órdenes. Les mandaron trasladar todo aquello a Francia y eso hicieron. Onofre Miralles, a su vez, los atacó por el camino y rescató los objetos sin plantearse si eran genuinos o no.

«Y a mí me mandaron aquí y pretendían que te asesinasen para robarte esta chatarra», pensó Clark. Suspiró.

—¿Qué piensa hacer con esto?

—Lo que tenía pensado. Esto no cambia nada. Iré al Grao de Castellón y, de ahí, a Barcelona. Le entregaré el candelabro a don Joaquín Bastús para que lo examine. Después, no sé qué harán con él. Se supone que debe hacerse cargo el gobierno. ¿Vendrá usted conmigo a Barcelona?

—No. Ahí no tengo nada que hacer. Iré al sur, a explorar las posibilidades comerciales de la costa de Granada. Después, tomaré un barco en Cádiz para volver a mi país. Mi trabajo está hecho. He demorado mi marcha porque quería ver el famoso candelabro.

—Que ha resultado falso y casi nos cuesta la vida.

—No me pesa. Fue una buena pelea y no me la habría perdido por nada del mundo.

—Yo tampoco. Pero no me gustaría repetir la experiencia. Bien, señor Clark. No sé si iremos juntos hasta El Grao. Pero, por si allí no tenemos tiempo, como estamos de despedida, me gustaría invitarle esta noche a cenar. Ha sido un placer viajar con usted y echaré de menos su compañía.

Sabadell

El 25 de octubre de 1836, ante el avance liberal sobre Cantavieja, el jefe carlista de la plaza amenazó con pasar a cuchillo a los novecientos prisioneros que allí custodiaba. Los liberales no hicieron caso de la amenaza y, cuando el 1 de octubre lograron acceder a la plaza, nos cuenta el cronista que se encontraron con:

«... el brigadier López y novecientos desgraciados más de la acción de Jadraque que desnudos, muertos de hambre y en la situación más lastimosa, habrían perecido víctimas del despecho de los carlistas de Cantavieja si no fuera porque... tan bien fueron protegidos por los navarros enfermos que había en el hospital, los cuales, capitaneados por el general portugués Piñeiro, se interpusieron y sublevaron para que no fuesen bárbaramente asesinados. Esta acción fue a su vez recompensada cuando a su vez los protectores quedaron prisioneros de los protegidos».

*Dámaso Calvo, Historia de Cabrera y de la Guerra Civil
en Aragón, Valencia y Murcia.*

Que a Pedro Turull le gustaba la buena vida, se percibía en casi cada detalle de su existencia. Aquella mansión, las obras de arte exquisitas de las que se rodeaba, sus ropas. La casa era un museo, un emporio de tesoros artísticos que quitaban el aliento a Andrés Boix cada vez que la visitaba. Pero, esta vez, el impresionado era el magnate.

No tenía ojos más que para los dos candelabros que su visitante había puesto sobre su mesa. Candelabros hebreos de siete brazos y unos cuatro palmos de altura. Los dos parecían muy antiguos, aunque a uno le delataba su falsedad el que se viera el latón bajo el dorado. Nadie mejor que Turull para percatarse de ello, pues él en persona encargó meses atrás que forjasen esa falsa antigüedad.

El segundo candelabro sí que parecía de veras antiguo. Y ese sí era de oro puro. Turull hizo amago de rozar con los dedos la pieza, pero los retiró casi reverente.

—¿Será de verdad el Menorá del Templo de Salomón?

Boix abrió los brazos. En su viaje por barco, del Grao de Castellón a Barcelona, y después en la diligencia a Sabadell, se había hecho muchas veces esa pregunta. Dudas del que quiere evitarse la ceguera de quien desea a toda costa creer que ha hecho un descubrimiento único.

—No sé qué pensar don Pere. Los caballeros de la orden de Montegaudio estuvieron en Tierra Santa. ¿Pudieron ellos apoderarse del Menorá? ¿Tendría eso algo que ver con el enorme interés de los templarios por absorber su orden?

—Es posible.

—Lo es. Pero también que, al saber todo eso, los de la orden de Sant Mateu tramasen toda la historia, así como la del rescate de la astilla de la Vera Cruz.

Turull se puso unas gafas para examinar la pieza.

—Es antiguo.

—Mucho. Pero ¿cómo saber si es el legendario Menorá del Templo o el producto del saqueo de una sinagoga de Tierra Santa o incluso de alguna de las juderías españolas?

—¿Un candelabro de oro macizo, de este tamaño?

—Eso es verdad. Pero fíjese en que las ornamentaciones son más bien toscas.

—Toscas... o primitivas. Podría ser una prueba de que es de tiempos bíblicos.

Se echó atrás, al tiempo que se quitaba las gafas. Suspiró.

—En fin, don Andreu. No le demos más vueltas. Me temo que, sea verdadero o falso, la duda nos rondará siempre a ambos. Vamos a lo práctico. Me dice que no tuvo problemas en engañar al americano.

—Ninguno. Clark es un hombre inteligente pero... digamos que, desde un principio, se convenció de que yo era un hombre sin malicia y más confiado de lo que soy. Y, una vez que se tragó eso, no me costó nada engañarle.

Contempló de nuevo los dos candelabros. Era curioso el parecido entre ambos, pues el falso se hizo a partir de la descripción vaga suministrada por el capitán Miralles, que solo lo había visto una vez, hacía años.

Turull, magnate textil, fue quien financió esa falsificación de latón dorado, a la que envejecieron de forma artificial y frotaron hasta hacer perder la pátina en algunos puntos. Pero el diseño era del propio Boix.

Con la complicidad de Miralles, todo fue fácil. Clark nunca sospechó que el —en apariencia— inocente Boix dio un cambiazó. Le dejaron ver lo que quería ver y no tuvo dudas de que ese falso candelabro era el que formaba parte del tesorillo que en su día ocultó Onofre Miralles.

Pero eso solo fue el remate de un plan retorcido de meses. Uno en marcha desde que agentes confidenciales del gobierno de Madrid contactaron con ambos, por separado, para pedirles que ayudasen a abortar el intento, de unos extranjeros, de sacar del país una reliquia única.

Aquellos agentes hablaron por un lado con Turull, en su calidad de potentado, mecenas de las artes y capitán de la milicia nacional de Sabadell. Y por el otro con Boix, sabiendo que era un erudito, que estaba al tanto del asunto del tesorillo y que tenía que verse con el capitán Miralles por el asunto de la cruz.

Entre todos urdieron el plan. Se barajaron más opciones, pero fueron dejándolas de lado. Por ejemplo, descartaron eliminar al enviado de ese grupo extranjero, Clark, por más de un motivo. De entrada, Boix se negó en redondo a mezclarse en asesinatos a sangre fría. Y, además, era de temer que su muerte violenta reforzase, en sus jefes, la creencia de que el candelabro del tesorillo era el Menorá del Templo. Algo que les llevaría a insistir en su búsqueda, a enviar más agentes.

La mejor forma de poner a salvo la reliquia era hacer creer a los americanos que no era lo que estaban buscando. Y, a partir de ahí, lo tramaron todo.

Vinaroz

La Primera Guerra Carlista fue también un conflicto entre potencias europeas. Francia e Inglaterra apoyaban a los liberales. Austria, Prusia y diversos estados italianos hacían lo propio con los carlistas. Unos y otros suministraron a ambos bandos dinero, armas y voluntarios. Sin los recursos enviados por Inglaterra y Francia, es muy posible que el gobierno liberal hubiese sucumbido.

En Italia en concreto había pánico a que España acabase gobernada por liberales exaltados y a que eso provocase un contagio revolucionario en sus tierras. Ya había ocurrido con la revolución de 1820, vista como un modelo a seguir por parte de muchos patriotas italianos. El reino de Piamonte y Cerdeña fue en especial beligerante a favor de los carlistas y tuvo mucho que ver con el contrabando de armas a su favor por el Mediterráneo. Su intervención fue tan escandalosa que el gobierno español reaccionó bloqueando su tráfico mercante, lo que provocó grandes pérdidas económicas a los italianos. La tensión llegó a tal grado que España y Piamonte estuvieron a punto de entrar en guerra, algo que podría haber arrastrado al resto de naciones europeas a un conflicto continental (una especie de anticipada I Guerra Mundial de consecuencias imprevisibles).

Encontró *Furtabous* a su compadre Miralles en los astilleros de Vinaroz. Allí estaban reparando su falucho y allí dejaba pasar el tiempo sin prisas. Que los carpinteros de ribera hicieran su trabajo a conciencia. Así tendría tiempo de charlar con viejos conocidos. De escribir a los propietarios de las distintas alhajas, para que fueran haciéndose cargo de ellas. Y, ¿por qué no?, también para comer bien, beber vino y holgazanear al sol, que se lo había ganado.

A su vez, *Furtabous*, como no era de gastar en vano, no había puesto proa a Vinaroz hasta que no le salió una carga para ese puerto. Por eso tardó días en arribar allí.

Encontró a Miralles en una tabernucha de ribera: una caseta de tablones pero con buena cocina y mesas fuera. Estaba sentado cara al mar, dando cuenta de una Olla de la Plana, acompañada con vino en porrón. Reparó en todo eso *Furtabous*, así como en la garrota que tenía al lado. Le asombró eso. Pero, lo primero, la olla.

—¿Convidas?

—¿Cuándo te he negado yo plato?

El recién llegado echó un vistazo al interior del recipiente de barro.

—¿Desde cuándo la olla lleva tanta carne?

—Desde que yo me la como. ¿Quieres o no sentarte? ¡Cojones!

Le trajeron escudilla de barro y cuchara de palo. Y se sentó a su lado. Se estaba a gusto aquel día tibio, al pie casi del mar, con viento, como casi siempre en esa costa, oyendo las olas y próximos a los botes varados.

—Está bueno, ¿eh? Prueba el vino.

—Para bueno, el combate que tuvisteis. Me alegro de que vencieses, animal. Y también de que *Potagranota* saliera con vida.

—Casi no lo conseguí.

—Pero lo hiciste. Es lo que queda. ¿Te vas a retirar ahora de la vida activa? Lo digo por el *gayato*.

—Menos bromas, que se me clavaron astillas en la pierna izquierda. Al principio ni lo noté, pero se me infectaron y ando medio cojo. Por eso uso *gayato*.

—Cuidado con eso. A ver si, a tus años, vas a acabar con una pata de palo.

Mascó a dos carrillos, ignorando el enojo de su anfitrión.

—A lo mejor por eso, porque estás cojo, se te escaparon los prisioneros. Me han dicho que huyeron todos.

—Todos. Hasta el último.

—¿Treinta hombres?

—Treinta y dos.

—¿Treinta y dos, incluidos heridos? ¿Y se te escaparon todos? Qué cosas.

—No sabes lo peor. Había un cura italiano con ellos. Se escapó como los otros y, además, se llevó algunas alhajas.

—Malditos curas. Mira que son malos...

Los pescadores y carpinteros de ribera que por allí andaban, les miraban de lejos,

sentados a la sombra de las palmeras. Y se preguntaban de qué se reirían a mandíbula batiente aquellos dos viejos piratas. Pero se iban a quedar para siempre con las ganas de saber.

Luego, *Furtabous* cambió de tema.

—Lo de tu sobrina y el teniente está hecho. Hecho como tú querías, ¡liante!

—¿Salió todo bien?

—Bien no sé. Salió como tú pensabas. Tengo que reconocer que sabes cómo reaccionará la gente.

—No es difícil ni tiene mucho mérito. Me he pasado la vida tratando de adivinar por dónde van a salir los hombres. Es parte del oficio de patrón corsario. Adivinar qué hará el patrón de un barco enemigo al que persigues o te persigue. Adivinar qué harán los tripulantes cuando están descontentos...

»Era obvio que esos dos se iban a escapar juntos, tarde o temprano.

—Lo sería para ti, que no les quitabas ojo.

—Lo que tú quieras. El caso es que acerté.

—Eso no puedo negarlo —empinó el porrón—. En fin, *Bocapeix*. Mira que hace tiempo que somos amigos. Solo por eso hice lo que me pediste. Le dije a la pareja que de desembarcarlos juntos en El Grau, nada de nada... a no ser que pasasen por el cura. En cuanto dijeron que sí, puse proa a Peñíscola y, por si acaso, no los dejé salir del barco hasta que llegó el cura.

—¿No puso ese dificultades? Es lo único que no tenía claro.

—Se prestó contento. Estamos en guerra. Las cosas van rápidas. Además, mandé a buscar a uno que es primo lejano de mi mujer. Los casaron en mi barco y yo fui el padrino.

—¿Por qué no me sorprende?

—Pues ya lo sabes. Has conseguido casar de nuevo a tu sobrina.

—Cualquiera que te oyese, pensaría que yo buscaba eso.

Sabadell

Durante la Década Ominosa, Fernando VII sustituyó la milicia nacional por su propia versión absolutista: los Voluntarios Realistas. En esas unidades se enrolaban los elementos más conservadores de la sociedad y justo muchos de ellos fueron los primeros en alzarse contra el gobierno de su viuda Cristina. Tenían armas, estaban entrenados y así, de la noche a la mañana, aparecieron ejércitos a favor de don Carlos. Por tanto, se puede decir que el propio Rey Felón plantó la semilla de la rebelión que a punto estuvo de impedir que su hija Isabel se sentase en el trono.

— **E**n fin —remató Boix—. Espero que los que nos encargaron todo esto queden satisfechos.

Asintió Turull con expresión del que comparte secretos. Y así era. Ellos dos actuaron por cuenta de terceros que hablaban en nombre de «hombres influyentes del gobierno de Madrid», cuyos nombres no mencionaron. Y asumían que no conocían la historia completa.

El capitán Miralles se había puesto en contacto con Joaquín Bastús, de Barcelona, para consultarle sobre alguna de las piezas del tesorillo. También informó al gobierno, a través de oficiales de la milicia nacional, a la que pertenecía. Y agentes confidenciales se comunicaron entonces con Boix y con Turull.

Si algo tenían claro los dos industriales, era que esos agentes no trabajaban para el gobierno en sí, y sí para alguna de las facciones que se disputaban el poder en esos días. Al hilo de eso, vino la reflexión en voz alta de Turull.

—Me pregunto para quiénes hemos llevado de verdad todo este asunto. ¿Cree usted que puedan ser masones?

—No creo. Si fueran masones, querrían el candelabro. Opino que, más bien, podrían ser antiguos caballeros comuneros.

—¿Por qué?

—Porque la milicia nacional del Trienio estaba plagada de comuneros, acuérdesese. Y las noticias sobre el candelabro llegaron, a quien sea en el gobierno, a través de nacionales. No se me quita de la cabeza que los comuneros sentían gran afición a los objetos simbólicos antiguos, o supuestamente antiguos. Acuérdesese de cómo, durante el Trienio, la prensa hostil se reía de la forma en la que llenaban sus logias de armaduras viejas y estandartes medievales. Y de que paseasen por Madrid unos huesos vetustos y unas armas oxidadas, afirmando que eran los restos del comunero Padilla.

Asintió Turull, porque era una opinión razonada.

—Puede que tenga razón. Y, ¿sabe? No pienso escarbar en el asunto.

—Yo tampoco. No creo que sea prudente.

—No. Con que nuestros contactos cumplan con lo acordado, me daré por conforme.

«Lo acordado». Sospechaba el visitante que el anfitrión iba a sacar mucho más que él de ese enredo. Era sabido que pretendía ser alcalde de Sabadell, sin olvidar que era capitán de nacionales. Y los nacionales estaban en el meollo de la conjura. ¿Quién sabe si no fingía haber sido contactado por los agentes de Madrid? Tal vez, en realidad, era uno de ellos. Visto lo visto, Boix no pondría la mano en el fuego.

«Lo acordado» era apoyo institucional y trato de favor como contrapartida a sus esfuerzos. A Turull le costó su buen dinero el candelabro falso. Y a Boix fatigas y algún que otro susto. Al segundo le prometieron que no le faltarían contratos de suministro de tejidos para confeccionar uniformes. Y, lo que sacase Turull, no le interesaba. Si los agentes del gobierno cumplían con él, su taller tendría trabajo para

una buena temporada. Eso le daría tiempo para dedicarse a sus verdaderas vocaciones. ¿Qué más podía pedir?

Pero todavía no estaba todo hecho. Quedaban cabos sueltos y, por uno de ellos, se interesó Turull: hacer llegar el candelabro al destinatario que les indicaron. A sus preguntas, Boix meneó la cabeza.

—El problema es que el capitán Miralles tardó más de la cuenta en recuperar el *tresoret*. Para cuando me lo entregó, y después de convencer a Clark de que no valía nada, el ejército carlista señoreaba la Plana y tampoco era seguro viajar por la Huerta valenciana. Consideré que lo mejor era embarcar para Barcelona y esperar mejor momento.

El plan trazado era hacer su viaje sinuoso, visitando parcelas. Llegar a Castellón de la Plana, recibir la cruz y el candelabro para, acto seguido, seguir por Valencia y Alicante. De camino, parar en Liria para saludar a José Bonaplata, como había hecho. Y entregarle el candelabro a él, cosa que fue imposible.

Saber de la participación de este último, dejó atónito en su día a Boix. Más tarde, ya no le pareció tan inverosímil. Dejando de lado que Bonaplata pudo verse involucrado de la misma forma que él, siempre fue hombre bien relacionado. Consiguió en su día apoyo de las más altas esferas, y subvenciones, para montar su taller mecanizado. Y, tras la destrucción del mismo, no le costó que ese mismo gobierno reconociera que había sido un atentado político y le concediese una indemnización.

Pero ¿qué haría a su vez Bonaplata con el candelabro? Seguro que no era más que otra etapa en su viaje hacia un destino final que Boix ignoraba... y sobre el que prefería no indagar. Habló.

—¿Qué cree que debemos hacer?

—Esperemos, a ver si nuestros «amigos» de Madrid se ponen en contacto con nosotros. Si no lo hacen, cuando se apacigüen las cosas por el reino de Valencia, creo que debería tomar un barco para Valencia y llevar el candelabro a Bonaplata.

—Eso, si no cae todo aquello en manos carlistas.

—Quiera Dios que no. Dicen que don Carlos se dirige con todas sus fuerzas y las de Cabrera contra Castellón. Pero su objetivo final es Madrid, ya que no han podido hacerse con Cataluña.

—Cataluña era el paso previo para el ataque a Madrid. —Advirtió la mirada del otro—. No, don Pere. No es que me haya vuelto un estratega de café. Pero, he estado viajando por el corazón de la guerra, he visto, he oído, y me he hecho ciertas ideas.

»Los carlistas han salido de Navarra porque allí las cosas se les estaban poniendo feas. Los del gobierno han ido bloqueándoles por tierra y mar, y cada vez les costaba más abastecerse. Atacaron Cataluña para sublevar a sus partidarios, que todos sabemos que son muchos. Y, una vez logrado eso, unirse a las tropas de Cabrera y hacer lo mismo con el Bajo Aragón y el Reino de Valencia. Levantar así un gran ejército y marchar sobre Madrid, que es lo que supongo que harán, aunque en peores

condiciones.

—Malditos facciosos. Aquí nos hemos salvado por los pelos. Ya me veía fusilado. Usted viene de Castellón de la Plana. ¿Cree que resistirán el ataque?

—No sabría decirle. El ejército de don Carlos es muy fuerte y Castellón no tiene casi murallas.

Turull resopló.

—Basta. No nos calentemos más la cabeza. Que sea lo que Dios quiera. ¿Quiere una copita de jerez? Así me muestra usted esas acuarelas que ha estado pintando durante su viaje.

Vinaroz

Las filas carlistas y liberales estaban formadas por grupos dispares con intereses distintos y objetivos a veces antagónicos. El conflicto sucesorio fue la excusa para que diversas facciones se polarizasen y resolvieran sus diferencias a tiros. Se produjo un choque múltiple de ideologías, clases sociales y territorios.

Podríamos decir que aquella se convirtió en la primera de varias guerras civiles en la que la población española ha tenido que elegir entre dos bandos para matarse los unos a los otros. O, visto desde otra óptica, tal vez la Primera Guerra Carlista fue el primer episodio de una única e interminable Guerra Civil que libran los españoles desde hace casi 200 años —reinventando bandos y recomblando facciones dentro de ellos— y en la que, cada cierto tiempo, se llega al conflicto armado.

La conversación se había apagado. Comían en silencio, oyendo las voces lejanas de los carpinteros y el golpeteo de las olas contra la playa. Miralles echó un trago al porrón.

—¿Qué pasa, *Furtabous*?

—¿Qué va a pasar? Que me debes una explicación. No eres un descreído, pero tampoco eres de los de misa diaria. Nunca pensé que le dieras tanta importancia a que Mercé pasase por el altar si quería estar con el teniente. Y, ya puestos, no sé por qué te disgustaba tanto que anduviera con ese hombre.

—No me disgustaba.

—¿Que no? ¡Cacho bruto! Pero si la pobre chica se ha escapado sobre todo por respeto a ti. Para no tener que decirte a la cara que se iba con el teniente. Porque, conociéndote, lo mismo discutíais y os separabais enojados. Justo antes de que la secuestrasen, vino a hablar conmigo...

—¡Qué! ¿Y por qué no contaste nada?

—Porque no tengo obligación de hacerlo. Solo faltaría. ¡Y deja que acabe! Soy su padrino y vino a pedirme consejo. La he tratado desde que nació y bastante más que tú, que siempre has estado navegando en altura.

»Temía que, si lo hablaba contigo, te ibas a dejar llevar por tu mal genio y ella por el suyo, y os ibais a retirar la palabra. Y no quería. No quería porque eres su único pariente.

—O sea, que sabías que se iba a escapar.

—Sabía que esa idea le rondaba la cabeza. No quise que me contase detalles. Pero que sepas que le dije que eso era lo mejor que podía hacer.

—Pues sí que puedo contar contigo, desgraciado.

—Puedes contar conmigo para lo que puedes contar.

Miralles volvió a darle al porrón mientras el otro mascaba una cucharada de Olla.

—*Furtabous*, te equivocas conmigo. No tengo nada contra el teniente, salvo que es un flojo en ideas políticas. Tampoco estoy en contra de que Mercedes y él se emparejen. Y no le doy tanta importancia a que pasen por el cura. Sobre todo en estos tiempos, en los que a lo mejor lo único que consigue la pobre Mercedes es quedarse viuda por segunda vez.

—Entonces, ¿por qué enredas tanto?

—No eres capaz de ver más allá de tus narices. Sé que esos dos están muy enamorados. Eso es lo que a ti te pone de su parte, necio. Malditos románticos, con sus absurdas ideas sobre amores eternos, más fuertes que la muerte, bla, bla, bla... Pero la realidad es otra. Todo eso no es más que literatura para señoritas y lechuguinos.

—Al grano, pesado.

—No me atosigues, que ya llevo. No podía consentir que esos dos se fueran a Madrid amancebados. Mucha pasión, mucha miel, mucho arrullo de tórtola y todo eso. Pero, en Madrid, él volverá a su ambiente, a su círculo de amistades y a su

familia. Y lo mismo algunos piensan que Mercedes es un peligro para su carrera política, por sus ideas exaltadas.

»Si los de su círculo comenzasen a envenenarle el oído... No me niegues que habría bastantes probabilidades de que se distanciasen y de que ella se quedase sola.

—Visto así...

—¿Hay otra forma de verlo? Mi temor era que la relación se rompiera. No es que el teniente sea malo, ni débil. Es que las cosas son así. Y, si sucediera, Mercedes se quedaría perdida en la capital, sin nadie a quien recurrir. Y no querría volver porque es orgullosa como siete diablos.

»No, compadre. Yo no podía consentir que pasara eso. Cuando uno es joven, no mide las consecuencias de sus actos. Desprecia los tópicos sociales. Cree que todo eso es de poca monta y, cuando cae en la cuenta de su error, ya es tarde.

»Ya me olía yo que se iban a escapar. ¡Vaya que si me lo olía! Tú mismo lo dijiste hace tiempo: querer parar ciertas cosas es como intentar pescar con redes al mar. Por eso tramé este “enredo”, como tú lo llamas. ¿Se quieren escapar? Pues que se escapen, pero pasando por el cura. Que se vayan los dos para Madrid, pero como marido y esposa.

»Los que podrían malmeter y animarlo a dejar a Mercedes para preservar su carrera política, en caso de estar amancebados, ahora harán lo contrario. Porque mandan en Madrid los condenados moderantistas. Son ellos, maldita sean sus almas, aunque están en minoría. No sé cómo se las arreglan para acabar partiendo siempre el bacalao. Ya has visto qué birria de Constitución han promulgado...

—Divagas.

—Cierto. A lo que iba: mandando los moderados, como son unos beatos, se vería mal que un hombre formal abandonase a su legítima esposa. Eso perjudicaría la carrera del teniente. Porque, entre nosotros, para mí que la mitad de los diputados moderados no son más que absolutistas que han cambiado de levita con el nuevo régimen.

—Eso seguro. Oyéndote, tengo que darte la razón. Pero sigues siendo un liante.

—He tenido que serlo por el bien de todos.

Otro chorro al gaznate. Apartó la escudilla.

—Estoy lleno. Supongo que esos dos se habrán demorado un poco en Castellón, como buenos recién casados. ¿Cuánto hace que se fueron para Valencia?

—No se fueron. Siguen en Castellón.

—¿Cómo es eso?

—Traigo noticias frescas. El ejército de don Carlos y Ramón Cabrera se dirige a atacar en masa Castellón de la Plana. ¡Hay un follón del demonio, compadre! Están organizando compañías a toda prisa, levantando parapetos que quieren llamar murallas...

Miralles se incorporó de un brinco.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que has dejado a mi sobrina en Castellón sabiendo

que los facciosos van a caer sobre la ciudad a sangre y fuego? ¡Burro!

—Burro tú. Hice lo que me mandaste, para empezar. Y entonces no se sabía que los de don Carlos iban a atacar con todo lo que tienen.

El capitán fue de un lado a otro, maldiciendo. Se volvió hecho una furia.

—¡Y tú sin avisarme!

—Acabo de hacerlo.

—Serás... Bueno. Mueve el culo. Tenemos que acabar las reparaciones imprescindibles en el *Bien Parecida* y conseguir relevo de los que se fueron.

—¿Para qué?

—¿A ti qué te parece? ¡Para hacernos a la mar! ¡Nos vamos a Castellón!

Epílogo

Juan Miralles se hizo a la mar con el *Bien Parecida*, a participar en la defensa de Castellón de la Plana, amenazada por un gran ejército carlista. En la ciudad las autoridades civiles y militares habían llamado a la defensa. Se organizaron compañías y, ya que la muralla había desaparecido, levantaron otra de fortuna con escombros, tierra y cuanto hubo a mano. Del 7 al 10 de julio los carlistas atacaron en masa ese perímetro. Pero Castellón resistió y, al cabo, los carlistas se retiraron al saber que barcos liberales estaban desembarcando en El Grao a las tropas del brigadier Borso di Camminati. El falucho de Miralles fue uno de los que participaron en esa operación.

Tras eso Miralles siguió al servicio del gobierno, sobre todo patrullando para evitar el tráfico de armas. Acabado el conflicto, no volvió al corso. Cumplió su palabra de no jubilarse jamás y armó una barca de *mitjana* con la que pasó el resto de su vida dedicado al tráfico mercante.

En 1844 el coronel Pantaleón Boné se rebeló en Alicante contra el régimen autoritario de Espartero. Harto de sangre y decepciones, Miralles no participó en el alzamiento. Pero estuvo con su barca, llevando víveres y sacando a civiles de la ciudad asediada. Más tarde amigos bien colocados se las arreglaron para que esa actuación humanitaria no le acarrease consecuencias.

En 1851 murió como deseaba. Falleció de repente, mientras llevaba una carga con su barca a Tortosa y le sepultaron en su pueblo natal de Cuevas de Vinromá. Cumplió por tanto su deseo de morir en la mar y ser enterrado en tierra bendecida.

Clark volvió a los Estados Unidos. La conjura por un nuevo estado al Oeste quedó en nada y él siguió su vida errante. Llegó a ver reverdecir ese sueño diez años después, cuando los mormones trataron de crear al oeste su estado independiente de Deseret. Clark desapareció en 1849 en el actual estado de Oklahoma, se cree que asesinado por comanches.

Carlos Allende abandonó España tras el abrazo de Vergara, que supuso el fin de la guerra en el norte. Viajó por Europa y residió un tiempo en París, antes de cruzar el Charco. No volvió a su país natal, sino que se instaló en Nueva Orleans, donde libró varios duelos. En 1854, tuvo una disputa con varios cubanos independentistas. En el duelo consiguiente, uno de sus padrinos fue el entonces famoso José Llulla, de Mahón, el mejor espadachín de su tiempo.

Según su costumbre, Allende no había dudado en retar a todos los que, a su juicio, habían insultado a España. Mató a los dos primeros y el tercero le mató a él. Llulla tomó su lugar entonces y mató a ese y a los dos que quedaban. Los padrinos de los muertos, prudentes, decidieron no cruzar aceros con el menorquín.

Al día siguiente Llulla, como tenía por costumbre, asistió al entierro de los muertos y sufragó parte de los gastos.

Felipe Calderó, *Arrienbanda*, abandonó a finales de ese año 1837 su supuesta

neutralidad. Su hijastro Ramón Cabrera, convertido ya en el jefe absoluto de los carlistas del este, le encargó crear una armada en el Mediterráneo. Consiguió barcas y marinos, con los que hostilizó el tráfico mercante de cabotaje, aunque los faluchos de la milicia nacional de Vinaroz le infligieron reveses muy duros. Tras la derrota final del carlismo en 1840, pasó a Francia. Lo último que se supo de él fue en 1855, año en el que estaba en Marsella e, irreductible, aún defendía la causa carlista.

Francisco Subirats, *Potagranota*, fue de los que estuvieron con Calderó en la armada carlista. También él huyó a Francia al acabar la guerra. Miralles le consiguió el indulto y fue él quien le adelantó dinero para comprar una barca. Con el tiempo, consiguieron reanudar su vieja amistad. Murió en su casa de Tortosa en el año 1856.

Furtabous siguió con sus negocios de cabotaje. Se retiró en 1845 y vivió en su barraca de El Grao hasta su muerte, en 1848.

Josefina de Comerford volvió a su casa de Sevilla y nunca más volvió a participar en aventuras militares. Murió en 1865 en esa ciudad.

Andrés Boix viajó por barco a Valencia, y de ahí a Liria, a entregar el verdadero candelabro a José Bonaplata. Nunca supo qué hizo con él y no sabemos cuál pudo ser su paradero. Para su decepción, las heridas recibidas durante la batalla naval curaron sin dejar cicatriz. Escribió el relato de todo aquello pero, al poco, se arrepintió y quemó el manuscrito. Es otra de las personas que no volvió a participar por propia voluntad en más aventuras. Sin embargo, se vio atrapado en Cartagena en 1873 por la revolución cantonal. Había viajado a esa ciudad por negocios y fue testigo de primera mano de los sucesos. Murió allí durante esos días, de muerte natural.

Uno de sus sobrinos heredó la colección de acuarelas que pintó durante su viaje del 37 y tampoco sabemos qué fue de ella.

Mercedes y Jerónimo estuvieron en Castellón de la Plana durante el asedio del 37. El segundo se enroló en la compañía de incendiarios creada ex profeso para destruir edificios, fuera del perímetro defensivo, que pudieran servir de refugio a los tiradores carlistas. Después, se instalaron en Madrid.

Jerónimo no hizo carrera política, más que nada porque Mercedes consiguió inocularle sus opiniones, más radicales de lo que gustaban a los que mandaban y que podían haberle ayudado en su ascenso. Sin embargo, no participaron en ningún intento revolucionario. Viajaban a menudo a Castellón, para que Mercedes se viese con su tío. A la muerte de este, se marcharon a Filipinas. Él murió en 1881 y ella en 1882. Estuvieron siempre unidos. Los tres o cuatro primeros años los vivieron con pasión intensa y, el resto, fueron razonablemente felices juntos.

Notas finales

Es cierto eso que dicen de que «El secreto de aburrir está en contarlo todo». Pero a veces merece la pena ofrecer algunas explicaciones adicionales a la novela, sobre todo porque tampoco conviene dejar al lector con demasiadas dudas. Y este —siendo *Bandera negra* una amalgama de hechos y personajes reales y de ficción— es uno de tales casos. Miren:

Los personajes principales de esta novela son ficción, al igual que las aventuras que protagonizan. Pero el marco histórico en el que se desenvuelven es real; y no solo en sentido amplio —la Primera Guerra Carlista—, ya que las luchas entre corsarios liberales y carlistas en las costas del Mediterráneo tuvieron lugar y están documentadas. Los carlistas hostigaban el tráfico de cabotaje con barcos de hasta dos palos, a veces artillados, dificultando la navegación en aguas de Castellón y Tarragona, y obligando a remontar el Ebro hasta Tortosa en convoyes protegidos. En respuesta, voluntarios liberales armaron por su cuenta varios buques para combatirlos. Ejemplo de ello fueron los dos faluchos que fletó la guardia nacional de Vinaroz y que lograron victorias notables.

Esas aguas fueron conflictivas desde el comienzo de la guerra. El gobierno de la regente Cristina optó por enviar el grueso de la flota al Cantábrico, para bloquear el suministro a los carlistas en esa zona. Allí se encontraba el pretendiente Carlos de Borbón y era donde la rebelión le parecía al gobierno más peligrosa. Tal decisión dejó en el Mediterráneo a un par de barcos que vigilaban sobre todo las aguas de Cataluña, al norte del Delta.

Prueba de que aquellas eran «aguas calientes» es el hecho de que, ya al comienzo de la guerra, los navíos liberales interceptaran al *Aurora*, un mercante toscano que trataba de hacer llegar cañones de contrabando a los carlistas de Levante.

Pero la guerra corsaria se libró con gran intensidad a partir de finales del año 1837. Es decir, unos meses después de cuando se desarrollan los acontecimientos de *Bandera Negra*. En tales fechas Ramón Cabrera, elevado ya por Carlos de Borbón a comandante supremo en la zona, encargó a su padrastró, Felipe Calderó, que organizase una armada rebelde para el Mediterráneo. El hombre procuró cumplir con todos los medios a su alcance, desde el robo y requisita de barcas a la construcción de embarcaciones. A partir de ese momento podemos decir que, en esas costas, se vivió una guerra corsaria repleta de abordajes, escaramuzas e incendios de buques.

Igual de activos se mostraron los carlistas en el Ebro, que amenazaban a los buques de altura que remontaban hasta Tortosa. Y, desde Ascó al Delta, nunca faltaron, hasta el final de la guerra, barcas que ayudaban al paso de hombres y suministros de un lado al otro del río. De todo ello quedan noticias escritas, muchas veces en medios no oficiales, como las noticias del *Diario mercantil de Valencia*, que dio cuenta de algunos de los enfrentamientos. Datos que han sido recogidos y

estudiados en obras modernas como *El ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón (1833-1840)*, de Antonio Caridad Salvador. PUV 2013 o *Las operaciones navales en las guerras carlistas*, de Juan Pardo San Gil. Itsas Memoria 2006.

La misma noción de «corsario» suena ahora bastante exótica al público general. Pero los corsarios fueron, durante siglos, factor clave del poderío naval español. Los corsarios eran armadores privados que, tras conseguir la consiguiente licencia, artillaban sus buques y salían a atacar a los mercantes de naciones con las que estaba España oficialmente en guerra. Si se les ocurría asaltar una nave de país amigo o neutral, los declaraban piratas y los ajusticiaban. Por ejemplo, las presas que los españoles hicieron durante siglos a los ingleses fueron muy superiores a las que estos hicieron a aquellos, pero todas aquellas hazañas se han olvidado, como tantas otras. El corsario Juan Miralles será inventado, pero desde luego no lo es Antonio Barceló ni tampoco Juan Ponsetí, al que se menciona de pasada; un corsario menorquín que se atrevió a atacar en solitario el puerto de Tolón, con su falucho, aprovechando un día de nieblas.

Son solo dos de los muchos personajes reales que me he dado el gusto de hacer pasar de manera tangencial o incluso anecdótica a lo largo de la novela. Me fue imposible resistirme a ello —de haber querido hacerlo—, ya que el siglo XIX español es una época fabulosa, llena de personajes a cada cual más portentoso, para bien o para mal. Personaje real fue Josefina de Comerford, enfebrecida guerrera de la causa ultraabsolutista. Pedro Turull, iniciador de una saga de potentados textiles, cuyo palacio rebosante de arte aún puede visitar en Sabadell. El visionario José Bonaplata, que montó el primer taller textil mecanizado de España y más tarde fue firme impulsor del llamado Canal de Tamarite.

Miguel Allende es un personaje de ficción, pero se inspira en un curioso personaje de la Tercera Guerra Carlista: Carlos de la Jara y Allende, verdadero aventurero romántico que liquidó sus bienes en Arequipa para armar un buque y ponerlo al servicio de los carlistas. Fue después maestro de esgrima y espadachín a sueldo. Murió en Francia, en un duelo con el mariscal de Castellane. Tan pintoresco como Aaron Burr que, de vicepresidente de los Estados Unidos a filibustero, conspiró para crear un estado independiente en las vastedades del oeste norteamericano.

Son reales otros personajes que se mencionan en la obra, entre los que cabe citar: José Ballester, que era en esos días comandante de la milicia nacional de Castellón de la Plana. O José Llulla, que asoma en el epílogo y que merece varias novelas para él solo. Nacido en Mahón, se instaló en Nueva Orleans en 1835 y allí se convirtió en el espadachín más consumado de su época. Participó en más de cien duelos, como contendiente o padrino —cosa entonces, a menudo, implicaba acabar también luchando—, a espada, a pistola, a cuchillo Bowie. Él nunca empezó ninguno y los ganó todos. En cierta ocasión defendió con dos espadas al cónsul español de una turba de cubanos independentistas que querían lincharlo. En otra, ofendido porque esos mismos independentistas habían quemado una bandera española, los retó a

todos, pero ninguno se atrevió a medirse con él. Murió de vejez en su cama.

Borso di Carminati también aparece de manera tangencial. Otro sujeto único. Nacido en Málaga, de padres italianos, siempre se consideró de esa nacionalidad y no español, pero hizo carrera militar en España. Seguidor de corazón de Mazzini, durante la Primera Guerra Carlista mandó a los Cazadores de Oporto —o Brigada Mixta Portuguesa o Legión Portuguesa— y dirigió grandes contingentes de tropas. Al poco de acabar la guerra, en 1841, descontento con el autoritarismo de Espartero, se sublevó, fracasó y lo fusilaron en Zaragoza.

La ejecución fue el destino de unos cuantos de esos personajes prodigiosos de los que hablaba antes. Los había liberales y los había absolutistas, luego convertidos en carlistas. Eran soñadores, valerosos y «echados para adelante», que decimos ahora. Con un puñado de hombres, se atrevían contra el mundo entero. Borso di Carminati se rebeló con un único regimiento. Pablo Iglesias y Torrijos desembarcaron ni con cien hombres, convencidos de poder derrocar a Fernando VII. También los rebeldes carlistas creyeron, al tomar las armas, que encenderían una insurrección general en defensa de la fe, las tradiciones y los fueros.

Algunas de aquellas aventuras y otras, como la extraña peripecia de la primera Legión Extranjera Francesa en España, figuran en algunos de los encabezados que preceden a los capítulos. Eso es así porque quise que la historia española de esas décadas turbulentas, más bien una fracción de ella, fuese una protagonista más. Y lo hice a través de ese artificio, en una novela ya llena de muchos hilos. También de personajes.

Espero que las andanzas de todos ellos les hayan hecho disfrutar tanto como disfruté yo escribiendo *Bandera negra*.

Cronología de la guerra en las fechas de la novela

25 abril. Las tropas del general carlista Cabañero entraron en la estratégica plaza de Cantavieja, a través de un agujero abierto en la muralla por partidarios que tenían dentro. Los liberales habían conquistado esa misma plaza el año anterior, luego de un asedio muy duro. Para defenderla, dejaron una gran guarnición y un respetable parque artillero. Para su desgracia, dieron el mando a un teniente joven, sin experiencia, que no supo ordenar la vigilancia ni la defensa, hasta tal extremo que sus tropas se albergaban dispersas por las casas del pueblo.

Los carlistas de Cantavieja abrieron un boquete a través de la casa de un eclesiástico, que estaba pared contra muro con la muralla. Por allí entraron las tropas de Cabañeros. Algunos defensores lograron refugiarse en el reducto de San Blas. Se rindieron a cambio de que se les respetase la vida, pero el general Cabrera, muy en la tónica de aquella guerra salvaje, no respetó el trato e hizo matar a todos los oficiales y sargentos. Solo se salvó un oficial, gracias a que su familia era amiga de la de Cabañeros, de donde se comprueba que la ventaja de tener amistades bien colocadas viene de lejos en España.

30 de abril. Las tropas del general liberal Oraá avanzaban desde la Huerta valenciana, en auxilio las plazas de San Mateo y Benicarló, asediadas por los carlistas Forcadell y El Serrador. Para ello, los liberales comenzaron a concentrar tropas en Castellón de la Plana. Se encargó al brigadier Cayetano Borso di Carminati que restableciese la disciplina en su Legión Portuguesa, que amotinó semanas antes, ya que esta unidad de mercenarios era de las más preparadas para la lucha que se avecinaba.

1 de mayo. Las tropas de Oraá se pusieron en marcha hacia Castellón de la Plana, para unirse a las allí ya congregadas. Las fuerzas carlistas no se atrevieron a enfrentarse con ellos y se retiraron a Onda, dejando el paso libre.

Sin embargo, ese mismo día cayó San Mateo. Los carlistas llevaban siete días sitiando la plaza, ayudados por una de las piezas de artillería capturadas en Cantavieja. Sus cañonazos lograron incluso abrir brecha en la muralla, pero en una zona impracticable al asalto. Los defensores estaban bien pertrechados y eran lo bastante numerosos como para aguantar hasta que llegasen refuerzos.

Pero San Mateo se perdió por la traición del teniente Cordero, que estaba al mando de la infantería del regimiento de Ceuta destacado en aquella defensa. Cordero convenció a gran parte de sus soldados para que desertasen, con lo que a los defensores restantes les fue imposible mantener el perímetro. Treinta y ocho de ellos se refugiaron en la imponente torre del pueblo, aunque acabaron rindiéndose a las cinco de la tarde de ese mismo día, bajo promesa de vida. Fueron trasladados prisioneros al pueblo de La Cenia, ya en Cataluña, rayando con la provincia de Castellón.

2 de Mayo. Las fuerzas del general Oraá, que habían salido de Castellón de la Plana, al saber que San Mateo había caído, partieron hacia Benicarló para evitar que esa población sufriese el mismo destino. En Benicarló resistían los de la milicia nacional sedentaria con ayuda de doscientos milicianos de Castellón de la Plana y algunos cazadores de la Legión Portuguesa. A primeras horas del día 3, al saber *El Serrador* que llegaban las unidades liberales, levantó el asedio.

3 de Mayo. El general Cabrera se presentó en La Cenia y, pese a las promesas dadas por el general Forcadell, mandó matar a los oficiales liberales capturados en San Mateo. Los sacaron por parejas a un barranco próximo, donde les asesinaron con gran crueldad, a bayonetazos y sablazos. No respetaron ni siquiera la vida del hijo de doce años del coronel al mando de San Mateo. También, según los cronistas, mataron a una vivandera portuguesa y a una hija de Antonio Pitarch Tacó, liberal de Albocacer fusilado junto con otros en San Mateo, dos días antes.

4 de Mayo. Las tropas de Oraá siguieron su avance hacia el norte y expulsaron de La Cenia y Rosell a las fuerzas de Cabrera, que pasó a zonas montañosas. Fue una victoria efímera, pues, apenas se retiraron los liberales, volvieron los carlistas, que en las gentes de esos lugares tenían gran apoyo. Sin embargo, los primeros lograron con esa acción rescatar a cierto número de prisioneros y apoderarse de abastos del enemigo.

9 de mayo. Tras replegarse a Vinaroz, Oraá partió con un convoy de víveres hacia Morella. Las tropas carlistas trataron de cerrarle el paso, pero les derrotó y logró llegar a esa plaza.

15 de mayo. Las tropas de Oraá, tras haber estado en Morella, partieron para aliviar la presión carlista sobre la Plana de Castellón y de ahí marcharon hacia la Huerta Valenciana.

17 de mayo. El ejército del pretendiente al trono, Carlos de Borbón, salió de Navarra con rumbo a Cataluña. En el norte de España, la posición de los carlistas se había ido haciendo cada vez más precaria, debido al bloqueo férreo al que les sometían por mar y tierra las fuerzas del gobierno. Por eso, y por las disensiones internas, el pretendiente optó por aventurarse a una marcha que debía pasar por la conquista de Cataluña y acabar con la toma de Madrid. A tal efecto pasó el río Arga con dieciséis batallones, nueve escuadrones y un gran tren de bagajes y acompañantes. Era lo que más tarde se llamaría la *Expedición Real*.

20 de mayo. Cabrera, sabiendo que Oraá se había dirigido al sur, marchó a reforzar el asedio de Gandesa, empecinada plaza liberal en Cataluña. Durante varios días los carlistas sometieron al lugar a un asedio durísimo, al que los defensores respondieron con enconamiento. Los primeros lograron abrir brecha pero la encarnizada defensa les impidió penetrar en la población.

24 de mayo. Las tropas de la Expedición Real se enfrentaron en Huesca a las del general Iribarren. Infligieron a estas una tremenda derrota. El propio Iribarren quedó malherido por el lanzazo de un jinete carlista y murió poco después.

29 de mayo. Cabrera, avisado de que el general Nogueras acudía en auxilio de Gandesa, retiró tropas y artillería del asedio, pero solo para plantar cara en campo abierto.

30 de mayo. Los ejércitos de Cabrera y Nogueras se enfrentaron en batalla campal. Pese al empuje de los carlistas y a que el primero tenía cuentas que ajustar con el segundo (Nogueras fue quien ordenó el fusilamiento de la madre de Cabrera el año antes), tuvo lugar un suceso inesperado. Los soldados del centro carlista comenzaron a caer sin heridas aparentes. Se expandió el rumor de que habían sido envenenados y cundió el pánico. En realidad, todo se debió a que aquellos hombres, sedientos, no pudieron resistirse a beber aguas estancadas y estaban sufriendo las consecuencias en mitad de la batalla. Pero el resultado fue que el ejército de Cabrera se desorganizó. En medio de tal confusión los atrincherados en Gandesa hicieron una salida y Cabrera se vio obligado a retirarse a Bot, dejando gran número de hombres en el campo.

2 de junio. El general Oraá, al conocer la invasión del Alto Aragón por parte de las Expedición Real, acudió con catorce mil soldados a cerrarles el paso. El 2 de junio se produjo la batalla de Barbastro, en la que los liberales sufrieron otra derrota estrepitosa. Ese combate tuvo la peculiaridad de que se vieron frente a frente la Legión Extranjera Francesa, al servicio de los liberales, y su melliza de Los Argelinos, formada por desertores de aquella que se habían pasado al bando carlista. El resultado fue que ambas unidades quedaron casi aniquiladas y el jefe de la Legión Francesa, el brigadier Joseph Conrad, muy respetado entre los liberales, perdió la vida en el combate.

4 de junio. La Expedición Real cruzó el río Cinca, entrando en Cataluña. Los liberales sorprendieron a su retaguardia, formada por siete compañías del batallón de Castilla y la masacraron. La barca de Estadilla, en la que huían soldados de esas compañías, se fue a pique por exceso de peso. Al ver a los naufragos debatirse, los soldados liberales abandonaron las armas para arrojarse a las aguas a salvarles. El general Oraá a su vez, conmovido por la nobleza del gesto, concedió la medalla de la orden de Isabel II a los que más se distinguieron en el rescate.

12 de junio. El general Meer, capitán general de Cataluña, acudió a cerrar el paso a la Expedición Real. Los dos ejércitos se enfrentaron cerca de Gadesa y los liberales batieron esta vez en toda línea a los carlistas, truncando así sus expectativas de provocar un gran levantamiento a su favor en Cataluña y conquistar Barcelona.

17 de junio. Cabrera, que había ocupado el pueblo aragonés de Caspe, al saber que Oraá llegaba con todas sus tropas —pues, habiendo pasado la Expedición Real a Cataluña, correspondía ya al capitán general de esa región ese asunto—, pegó fuego al pueblo, causando un daño enorme. Los propios soldados de Oraá tuvieron que combatir el incendio que estuvo a punto de destruir la población entera.

20 de junio. Los carlistas de la Expedición Real atacaron el pueblo de Sampedor, pequeña población de defensas endebles y sin más guarnición que su milicia

nacional. Pese a la enorme desproporción de fuerzas, los milicianos defendieron tal empeño su pueblo que los carlistas no lograron conquistarlo. Eso supuso no solo una derrota física, sino un enorme descalabro moral, al extremo de hacer que el mando carlista abandonase sus planes de hacerse con Cataluña y decidiera cruzar el Ebro para unir fuerzas con Cabrera.

29 de junio. Las fuerzas de la Expedición Real llegaron a Cherta y comenzaron a cruzar el río en las barcas que allí tenía concentradas Cabrera. Algunas habían sido tomadas en la costa, en San Carlos de la Rápita, y, según algunas fuentes, contaba hasta con dos buques de altura que marinos de Tortosa habían conseguido llevar hasta allí. Los liberales habían tratado en vano de llegar antes y destruir esas naves. Durante las operaciones de paso, el general Nogueras desde Mora de Ebro y Borso di Carminati desde Tortosa, trataron de atacarlos. Pero la falta de comunicación entre ambos impidió una operación efectiva. Borso llegó a ellos tanto por tierra como por el río, con tropas embarcadas, y se apoderó incluso de dos de las barcas carlistas. Pero los soldados de Cabrera le hicieron frente y, al cabo, los liberales tuvieron que retirarse sin poder impedir el paso.

Quedaban así reunidas las tropas del pretendiente y de Cabrera.

2 de julio. El general Oraá, al tener confirmación del paso del ejército del pretendiente Carlos, se desplazó a Teruel, para poder atacar a los carlistas según hacia dónde se dirigieran. Mandó también aprestar cuanto buque de guerra o mercante, e incluso de países aliados, pudieran encontrar, para poder mover con rapidez las unidades que, como la Legión Portuguesa, tenían los liberales en la costa. Esa orden sería determinante para el transcurso del asedio de Castellón de la Plana.

3 de julio. Sabiendo las autoridades de Castellón de la Plana que los carlistas se disponían a atacar con todas sus fuerzas la plaza, dictaron un bando llamando a la defensa. Según las crónicas, la ciudad contaba entonces con unos diecisiete mil habitantes, en tanto que los carlistas avanzaban con veinte mil soldados. La población respondió en masa al llamado y, como las murallas habían sido demolidas en muchos puntos, levantaron parapetos y barricadas, creando dos recintos defensivos. Al más exterior acudieron los soldados, los milicianos y cuanto vecino tenía un arma, hasta sumar cuatro mil defensores.

6 de julio. Esa noche, llegó a la ciudad un mensaje de Cabrera, exigiendo la rendición de la ciudad.

7 de julio. Al alba, se presentó por mar el 2.º regimiento de Saboya, en una flotilla de buques mercantes. Desembarcaron en El Grao y marcharon de inmediato a reforzar la defensa de Castellón, sin que las bandas carlistas, que ya ocupaban los cerros próximos, tratasen de cortarles el paso. Mientras, el grueso de las tropas del pretendiente, concentradas en Villarreal, iniciaba su avance. A la tarde de ese día, sus avanzadas estaban ya desplegándose frente a la ciudad, en la que durante esa noche siguieron fortificándose.

8 de julio. Los combates comenzaron hacia las dos de la madrugada. Los

sitiadores ocuparon algunos edificios extramuros, como el convento de los Capuchinos o la iglesia del Calvario. Los de dentro, al ver lo comprometida que podía verse la defensa si sus enemigos se hacían fuertes en tales puntos, hicieron una salida a la bayoneta, consiguiendo expulsar a los carlistas, y su compañía de incendiarios pegó fuego a los edificios, para que no pudieran volver a servir a los enemigos de puestos de avanzada. A partir de ese momento ya no se produjeron ataques masivos y sí mucho hostigamiento de guerrilla.

9 de julio. Escarmentados por la defensa férrea de Castellón y sabiendo que más tropas liberales estaban desembarcando en El Grao, los carlistas levantaron el asedio para regresar a Villarreal, aunque quedaron atrás bandas que tiroteaban las defensas, quizá para evitar una salida que pudiera sorprender al ejército en retirada.

10 de julio. Se produjeron algunos últimos cambios de disparos, pero llegó también la noticia cierta de que el ejército enemigo había tomado camino del sur, hacia la Huerta valenciana. Finalizaba así el intento de conquista de Castellón de la Plana por parte de los carlistas.

Agradecimientos

Esta novela debe mucho a gran número de personas. Tantas que es inevitable que se me olvide alguna, por lo que espero que todos los que me han echado una mano acepten por igual mi gratitud, encuentren o no su nombre en estas líneas.

Uno suele reunir para una novela mucha más información de la que al final utiliza. Lo que quizá en la narración queda como un dato suelto o una pincelada, tiene en ocasiones mucha documentación detrás. Por eso, tengo que agradecer (y no sé ya ni cuantas veces van) a Hipólito Sanchiz que me echase más de una mano. También a Fernando Prado, que me habló del más que curioso personaje en el que se inspira mi Miguel Allende. Pascual Boira me suministró información sobre Castellón en general y Cuevas de Vinromá en particular, y tengo que agradecer a Melania Sales que me pusiera en contacto con él. Sandra Lazcano me dio datos sobre Flix y su castillo. Jesús Arnaiz sobre la música en aquella época en la costa (hasta donde se puede saber). No puedo olvidar a Alfredo Lara, que me habló por primera vez de Josefina de Comerford. Armando Boix me aportó asimismo diversa información y se tomó la molestia de corroborar más de un dato.

En sentido general, diversos amigos valencianos me aclararon puntos sobre vestimentas y costumbres de época, y posibles variantes de nombres y vocablos.

Debo una gratitud especial a Patricia Artero, que tuvo la paciencia de llevarme a visitar algunos de los parajes más conspicuos en los que se desarrolla la novela.

También a Sara Ballesteros, que tuvo también la paciencia, en su caso de leerse el manuscrito final y sentarse luego conmigo a señalar detalles concretos. No fue la única, pues hubo una serie de amigos que se tomaron la molestia de leer ese manuscrito y darme sus opiniones sinceras, que no siempre coincidían y eso es lo bueno. *Testers* los llamamos ahora. Tras escuchar sus opiniones, me decidí a introducir las notas finales y la cronología. Algunos de ellos son Jesús Arnaiz, Armando Boix —que aportó otra óptica, pues no por nada es también escritor—, Óscar Cebolla o Juan Ramón Sánchez.

Por último, esta obra y este autor tienen una gran deuda de gratitud con Emilio Salgari, grande entre grandes, rey de la aventura, señor de la imaginación. Se encuentre ahora en un paraíso de soñadores, en un infierno para suicidas, reencarnado en quién sabe quién o incluso disuelto en la Gran Nada, esta, con el mayor de los respetos, va por usted, maestro.



LEÓN ARSENAL (Madrid, 1960). Es el seudónimo de **José Antonio Álvaro Garrido** escritor español que ha cultivado los más variados géneros narrativos. También es traductor y director de revistas literarias. Nació en Madrid y años más tarde residió en La Coruña, ciudad donde cursó estudios en la Escuela Superior de la Marina Civil. Tras navegar durante varios años, desempeñó varios oficios en tierra. A principios de los años 90 comenzó a escribir relatos pero, hasta el año 2000 no publicó su primera novela, *El hombre de la plata*, narración de corte histórico, ambientada en el siglo VI a. C., en Tartessos. A partir de ahí siguió publicando en los más diversos géneros: desde el histórico al ensayo, pasando por el fantástico o el *thriller*. Dirigió también durante tres años la revista *Galaxia*, que obtuvo el premio a la mejor publicación de literatura fantástica en el año 2003. Con su novela de 2004 *Máscaras de matar* ganó la primera edición del **Premio Minotauro**, el premio de literatura fantástica mejor dotado de todo el mundo.

Notas

[1] Barco de dos o tres palos más el bauprés. Trinquete y mayor se inclinan algo a popa. Aparejaba velas latinas excepto en el palo de mesana, que lo hacía con una vela cangreja. <<